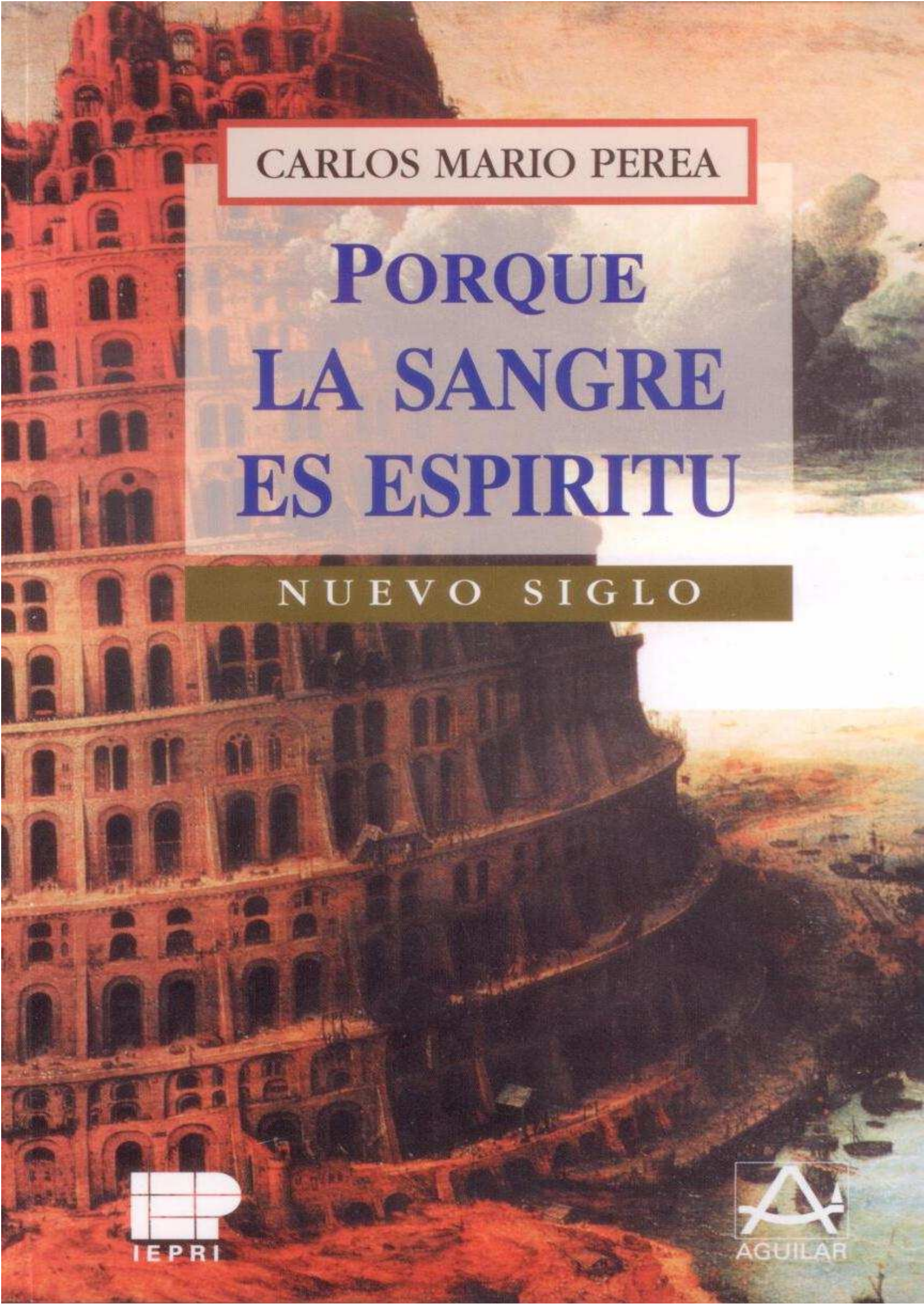




CARLOS MARIO PEREA

PORQUE LA SANGRE ES ESPIRITU

NUEVO SIGLO



PORQUE LA SANGRE ES ESPIRITU

© 1996, Carlos Mario Perea Restrepo

De esta edición:

© 1996, Editorial Santillana, S. A.

Carrera 13 No. 63-39, Piso 12

Teléfono 2496350

Santafé de Bogotá - Colombia

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.

Beazley 3860, 1437, Buenos Aires

• Santillana de Ediciones, S.A.

Avda. Arce 2333,

entre Rosendo Gutiérrez y Belisario Salinas, La Paz

• Santillana S.A.

Eloy Alfaro, 2277 y 6 de Diciembre, Quito

• Santillana S. A.

Juan Bravo, 38, 28006, Madrid

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de C. V.

Avda. Universidad 767, Col. del Valle, 03100, México, D.F.

• Santillana S.A.

Avda. San Felipe 731, Lima

• Editorial Santillana S.A.

4a. Avda. No. 15 Qta. Mari-Ana Urb. Altamira, Caracas

I. S. B. N.: 958-24-0314-4

Primera edición: mayo 1996

Una editorial del grupo **Santillana** que edita en:

España • Argentina • Colombia • Chile • México

Estados Unidos • Perú • Portugal • Puerto Rico • Venezuela

© Cubierta: *La "pequeña" construcción de la Torre de Babel*, de Pieter Bruegel, hacia 1563

© Fotos: Sandra Peña Torres. Tomadas de la Biblioteca Nacional.

Esta obra se llevó a cabo dentro de los programas de investigación del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional y su publicación contó con su auspicio.

Impreso en Colombia

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



PORQUE LA SANGRE ES ESPIRITU
CULTURA POLITICA Y VIOLENCIA EN COLOMBIA

CARLOS MARIO PEREA RESTREPO

A mi Mony, muy amada

*De todo lo escrito amo solamente
lo que está escrito con sangre. Escribe
con sangre y aprenderás que la
sangre es espíritu.*

Así hablaba Zaratustra
Friedrich Nietzsche

INDICE

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

INTRODUCCION

PRIMERA PARTE. La mimesis partidaria

- I. Los discursos de condena del adversario
 - 1. Los ataques de los conservadores
 - 2. Los ataques de los liberales
 - 3. Significantes síntesis
- II. La cuestión religiosa
- III. La política social laboral
- IV. Las materias económicas
 - 1. Los ejes productivos
 - 2. La intervención estatal
 - 3. Los poderes privados
- V. El gesto y la pertenencia primordial

SEGUNDA PARTE. Lo imaginario religioso

- VI. La idea
 - 1. La presencia discursiva
 - 2. La idea sagrada
- VII. La moral
 - 1. Su lugar en el discurso
 - 2. La moral inmanente
- VIII. El sentimiento
 - 1. Sentimiento y política
 - 2. El odio ancestral
- IX. El Mesías refundador y el espíritu de partido
 - 1. La cruzada redentora
 - 2. El espíritu liberal y el espíritu conservador
- X. La guerra teológica

TERCERA PARTE. Lo imaginario de la sangre

- XI. El doble rostro de la violencia
 - 1. La barbarie
 - 2. El sacrificio
- XII. Horror, sordera y quiebre democrático
 - 1. La invasión de la Violencia
 - 2. El horror
 - 3. La argumentación sorda
 - 4. El exterminio de las reservas electorales
- XIII. Ritual, memoria colectiva y guerra simbólica

CUARTA PARTE. Lo imaginario de la ciudadanía fragmentada

XIV. La nación

XV. Entre el pueblo y el electorado

XVI. La historia y el régimen

QUINTA PARTE. Relaciones sociales y rumbos gaitanistas

XVII. Cultura y tejido social

1. La partidización del espacio público

2. La mediación familiar

3. La invasión a lo privado

4. Tiranía cultural y revancha de lo privado

XVIII. El movimiento gaitanista

1. Pertenencia primordial

2. Los nuevos desciframientos

3. El naufragio del nuevo pacto

PARA CONCLUIR

BIBLIOGRAFIA

INDICE DE CUADROS

PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Este libro trata sobre la década de los años 40 del siglo XX, esa década en cuyo seno se incubó el episodio bautizado con el calificativo de la Violencia con mayúscula (1946-1965). Es un libro histórico, versa sobre un período ocurrido hace más de medio siglo. Sin embargo, pese a la distancia temporal, el libro conserva una actualidad asociada a los puentes que conectan la violencia contemporánea con esa otra violencia de la mitad del siglo pasado. Esas dos condiciones justifican la segunda edición del texto: la comprensión histórica de la Violencia es un modo de entender los orígenes de lo que hoy puede ser designado como la “imposibilidad” de conseguir una paz definitiva. A las puertas del inicio de la segunda década del siglo XXI la guerra no cesa, entre otras razones por la poderosa inscripción histórica del ejercicio violento en Colombia.

El tema de la violencia, por fuerza, entraña multitud de debates y desacuerdos. ¿Cómo más puede ser en un país que lleva casi tres décadas ininterrumpidas en el intento de construir la paz, desde cuando en 1982 comenzaron las negociaciones con la guerrilla? Las raíces históricas del conflicto contemporáneo no son la excepción al ambiente de pugnas y controversias. Para unos la violencia colombiana arrancó en los años 70, cuando el narcotráfico regó entre la sociedad sus astronómicos dineros de la mano del homicidio; para otros la Violencia de mediados de siglo es una realidad evidente, pero entre ella y la confrontación actual no existe continuidad en tanto cada período responde a racionalidades por entero diferenciadas. Nuestro punto, según se desprende del párrafo anterior, es otro. Sin discusión hay diferencias abismales: la primera es primordialmente un enfrentamiento entre campesinos liberales y campesinos conservadores, la segunda una guerra entre guerrillas modernas y ejércitos paramilitares. No obstante las continuidades no son nada despreciables. No sólo por el eslabonamiento que personifican las FARC -una fuerza insurgente que nace en 1966 pero cuyos primeros orígenes se remontan a los acontecimientos de fines de los años 40-; sino también por el encadenamiento que supone la construcción de una nación en medio de dilemas nunca resueltos, como es el caso de los conflictos por la tierra¹. Una vez más dilucidar la Violencia es una vía para desentrañar las violencias que todavía nos aquejan, una buena razón para presentar al lector esta segunda edición del texto que en su primera edición apareció bajo el título de *Porque la sangre es espíritu* –en esta ocasión como subtítulo-.

La mirada aquí propuesta parte de una perspectiva desdeñada cuando del asunto de la violencia se trata: la cultura política. Otro motivo para justificar la nueva impresión del libro. En efecto, en torno al estudio de la violencia

¹ En los dos períodos las zonas de colonización son un foco importante de violencias. Un desarrollo del tema en Perea (2009), de donde tomamos elementos para este prólogo.

abundan las analíticas desde las esferas de lo político, lo económico y lo social; en cambio la cultura parece no tener un lugar allí². Entonces cabe la pregunta, ¿la cultura tiene algo que decir frente a nuestra compleja experiencia violenta?³. De manera más específica y en referencia al texto que presentamos, ¿qué veta de comprensión inaugura la óptica de la cultura política en la Violencia de mediados de siglo?

La Colombia de la década de los años 40 del siglo pasado, vista desde una cara, careció de antagonismos insuperables. No tuvo escisiones religiosas entre protestantes y católicos o entre musulmanes y cristianos, la razón de cruentos enfrentamientos en Irlanda, Líbano y la antigua Yugoslavia entre otros. Del mismo modo tampoco hubo enfrentamientos étnicos al estilo de las guerras en Ruanda, el mestizaje de la población se produjo sobre la reducción y marginación de las comunidades indígenas. Asimismo Colombia no fue lugar de masivas migraciones de extranjeros tal como es lo propio del cono sur de Suramérica. Igual no se vivió nada cercano a los autonomismos del país Vasco, regiones que sobre la base de diferenciaciones de lengua y tradición pujan por la secesión y el separatismo. No fue el caso de enemigos externos que amenazaran la unidad de la nación, con la sola excepción de la efímera confrontación con Perú recién despuntaban los años 30. Tampoco fue el caso de una guerra clasista, hasta la mitad del siglo XX los partidos tradicionales agrupaban desde refinados banqueros hasta paupérrimos campesinos sin tierra.

No obstante, vista desde la otra cara, la nación de ese entonces estuvo cruzada por la fragmentación generada por la lucha entre los partidos. No se trató de una simple disputa política con un grado particular de encono; se trató de un antagonismo que derivó en una “guerra civil no declarada” –como se le llamó en esos días-, definida por el historiador Eric Hobsbawm como la movilización campesina más grande de occidente después de la revolución mexicana. Entonces, si la disputa partidista no se funda ni en motivos étnicos o tradicionales, ni en adversarios extranjeros o pugnas clasistas, ¿de dónde abrega la prodigiosa fuerza capaz de movilizar a cientos de campesinos dispuestos a entregar la vida por su partido político?

Las colectividades partidistas fueron los agentes colectivos que construyeron la nación sobre los pilares del régimen político liberal. A lo largo de dicho accidentado proceso histórico surgieron distintas circunstancias provocadoras del enfrentamiento, quizás el más prominente las relaciones entre la iglesia y el estado. Para los años 40 del siglo XX, no obstante, la arquitectura institucional y sus mecanismos esenciales se han establecido con el concurso de las dos fuerzas políticas. La guerra partidista, pues, no nace de los disensos que por fuerza trae la edificación del orden político. Del mismo modo la guerra no se agota en su cara perversa, ni en el clientelismo ni en los complejos

² El mejor balance de los estudios sobre la violencia en González, Bolívar y Vázquez (2006). En él la cultura aparece no más que como referencia simbólica sin que impacte las grandes líneas de interpretación.

³ De la primera edición a hoy han aparecido un conjunto de textos de gran valor para la conexión entre cultura y violencia. Entre otros Rojas (2001), Blair (2004), Uribe y López (2006), Sánchez (2006), Bolívar (2006), Perea (2009).

intercambios que conectaban los poderes locales y regionales con los proyectos del centro y la nación. En cada caso surgen confrontaciones (variables de región a región), cada una de las cuales hace su contribución a la contienda; pero la lucha tampoco se circunscribe a tales canjes perversos. El punto crucial es que el partidismo no se agota dentro de la institucionalidad y sus deformaciones: ni la rivalidad frente al diseño institucional ni el clientelismo terminan de dar cuenta de la animadversión entre liberales y conservadores. Hay un insumo en la forma como el partido se proyecta sobre lo público que escapa a la racionalidad canónica de la modernidad; y en ese insumo descansa el fermento de la violencia.

Entre los miembros de una y otra colectividad se instaló un odio que llevaba a la espalda pasado e historia, así como lo condensó el giro de “los odios heredados” evocado cada vez que se inflamaba el conflicto. Sin duda hay ahí un ingrediente político, el ascenso del contrincante al poder se vive como una fatalidad cierta. Sin embargo para los campesinos movilizados no se trata tanto de un problema político, como de un asunto que se mueve en la identidad que cada colombiano se daba en términos de lo liberal o lo conservador. ¿Qué porta esa definición que hace posible el salto al acto violento?

Tal pregunta define justo el cometido del presente libro. Como se anunció se le aborda desde la óptica de la cultura política. Mediante la analítica de los discursos y la exploración del orden de lo imaginario -ambos puestos en el contexto de las prácticas sociales y los actores colectivos-, se muestra la arquitectura sobre la que se produjo ese particular encuadramiento partidista de la sociedad. Si se trata de condensar en un enunciado el conjunto de la investigación que se abre en las páginas de este libro, se puede afirmar que el nudo reside en los modos como la colectividad política se proyectó sobre el universo social, unos modos fundados tanto en el bagaje de la modernidad como en las significaciones de un orden primordial que para mediados del siglo XX no tuvieron forma de tramitación distinta a la violencia.

La esfera cultural tiene cosas por decir a la prolongada experiencia de la guerra en Colombia. Nuestra trayectoria de violencia y sus excesos no se agotan en las decisiones racionales de los actores, como tampoco en la ingeniería institucional y sus diseños procedimentales. Por supuesto el propósito no es, en ningún caso, la tentativa de acuñar algo parecido a la cultura de la violencia. Colombia no es una nación por definición violenta, ni su historia de muerte nace de alguna condición ancestral a la que esté condenada de manera irremediable. A este chato reduccionismo se suele atar la cultura toda vez que se trata de pensar la violencia. En buena medida porque cultura y violencia remiten a campos de sentido por completo opuestos. Por una parte en el orden temporal, mientras la cultura es el sinónimo de la larga duración, la violencia es una práctica circunscrita cuya apuesta ha de ser contundente y efímera; por otra en el terreno de la significación, la cultura ataña a lo constructivo al tanto que la violencia remite al aniquilamiento. El antagonismo queda resumido en una sola sentencia, pareciera que la violencia emerge allí donde la cultura resulta infructuosa en su papel de mediación.

Más allá del reduccionismo y el antagonismo las tensiones entre cultura y violencia poseen otras formas de conexión. Ciertamente la cultura porta consigo la identidad y lo profundo, pero su eficacia simbólica y normativa se hace valer nada más que dentro de los “rígidos” marcos de los contextos históricos específicos. Asimismo la condición circunstanciada de la violencia se despoja de su volatilidad cuando un proceso social y político la convierte en mediación de los actores colectivos y los avatares de la institucionalidad. Las modalidades mediante las cuales la cultura informa la práctica de la violencia, así como los caminos a través de los cuales la violencia se inserta en la cultura, son cuestiones que sólo la investigación y el análisis pueden determinar.

En particular, el presente libro asume que la cultura opera a la manera de espacio de mediación entre el poder y los arreglos sociales. Entre lo uno y lo otro no hay conexiones directas; en algún punto intermedio se hallan las estructuras de significado que le otorgan legitimidad al poder frente a la sociedad, del mismo modo que le confieren sentido a las prácticas colectivas en su empeño de hacer parte del poder. En los años 40 del siglo XX tales estructuras de sentido proporcionan una clave de interpretación. Las armaduras simbólicas sobre las que se descifró la inserción de los partidos en la sociedad estaban dotadas de la fuerza y el anacronismo que condujo a la Violencia: la fuerza para arrastrar al conjunto de la sociedad, el anacronismo para no hallar otra solución diferente a la violencia. Fue en ese momento y no en otro cuando dicha cultura política desembocó en la tramitación violenta, cuando el país asistía abismado a una vasta movilización social que no logró ser recogida dentro de los cánones del partidismo decimonónico. El empeño, así pues, consiste en poner en juego la cultura política ante el acontecimiento de esos años develando la carga de imposibilidad de entendimiento y violencia que portaba consigo el partidismo de ese tiempo.

Pasados algunos años el pacto del Frente Nacional parecía ponerle remedio a la hecatombe; no fue así, viejas violencias se reciclaron y aparecieron otras nuevas, armando el escenario que el narcotráfico de los años 70 llevó hasta la guerra que se prolonga todavía en el nuevo milenio.

El texto original se mantuvo tal cual en su estructura y contenido. La lectura al día de hoy, pasados unos años y más de una vuelta, dejan intactas la intención y los hallazgos identificados hace un tiempo. La escritura si fue sometida a un proceso de revisión en el intento, tanto de hacerla más ágil, como menos cargada de lo que algunos lectores llamaron cierto lenguaje arcaico que se apoderó del libro a fuerza de leer la prensa de aquellos años.

Ahora que el país vuelve y se polariza en fuerzas extremas y antagónicas bien vale la pena voltear a mirar esa década. Ella fue el escenario de una escisión “insuperable” tras de la cual aguardaba agazapado el fantasma de la violencia, ella fue el escenario de una paz que no logró terminar de exorcizar el engranaje de la guerra y el enfrentamiento. Ante la urgencia de la paz, la más sentida urgencia de Colombia, la década de los 40 del siglo pasado tiene más de una lección por mostrar.

INTRODUCCION

Violencia y cultura política

¿Bajo qué armaduras simbólicas opera la violencia en Colombia? ¿Desde qué discursos hace su histórica presencia en la vida política? ¿Cuáles son, pues, los vínculos entre cultura política y violencia? La formulación de estos interrogantes define el espíritu de nuestro trabajo. Finalmente estas páginas nacen del desconcierto ante una violencia que desde el año de 1946 hasta el comienzo del siglo XXI no abandona ni un instante la escena pública. En el curso de este largo trayecto ha conocido toda suerte de intensidades y transformaciones, como si estuviera dotada de la siniestra capacidad de reciclamiento que le ha conferido esa terca y persistente presencia. Una violencia que parece disolver las formas de la convivencia y aniquilar las mediaciones de la cultura, y que no obstante se exhibe como práctica constante de los aconteceres colectivos.

El intento de comprender ese cruento e interminable ejercicio de la muerte es quizás la más apremiante angustia nacional. Frente a esa tarea nuestra incursión recorre un nuevo trayecto. No pretende identificar y dibujar los actores protagonistas de la violencia; no aspira a encontrar los vínculos entre economía y actos de muerte; menos aún busca reconstruir los hechos que configuran el derramamiento de sangre. La tentativa es, más bien, la de comprender los nexos entre símbolo y política de cara al sistemático ejercicio de eliminación del Otro. Para ello las elites capitalinas de los años 40 del siglo XX nos prestan su discurso como objeto de trabajo. Nuestro proyecto se propone, así, el desciframiento de la cultura política de Colombia a mediados del siglo pasado. Siguiendo a Clifford Geertz en su propuesta simbólica del análisis cultural entendemos la cultura como la trama de símbolos con la que actúan significativamente los grupos humanos¹. Abordar la cultura política quiere decir entonces dar cuenta de los capitales simbólicos que rigieron la escena pública a mediados del siglo XX.

Una reflexión en torno a la cultura política demanda una visión de las relaciones entre cultura y política que parta, según lo resumió el mismo Clifford Geertz, “de una concepción menos expectante de la política y una concepción menos estética de la cultura”². Una noción menos expectante y heroica de la política apunta a entrelazar el poder, menos con los esfuerzos racionales de los actores, y más con los mundos de vida desde donde los miembros de un grupo

¹ “Creyendo... que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”. Geertz (1990, p. 20).

² Geertz (1990, p. 262).

construyen sus sentidos e identidades; a la vez, una comprensión menos estetizante de la cultura liga los universos de sentido, menos a una visión costumbrista y folclórica, y más a los caminos mediante los cuales los grupos sociales luchan por crear y mantener sus lugares en el dominio de lo público.

Modernidad y tradición

Bajo la lógica de este enunciado nuestra reflexión recorre un camino distinto al seguido por la reflexión historiográfica pues, mientras ella supone un firme avance de la política colombiana hacia la modernidad, las presentes páginas muestran, por el contrario, los modos como la vida política de los años 40 encuentra sus formas de desciframiento en un orden de significación distinto al de la modernidad política³. Sin duda el discurso político de la década está atravesado por las referencias a la democracia, el pueblo y la nación; no obstante, como habremos de mostrar, dicho llamado a la modernidad está resignificado desde la invocación a un espíritu esencial codificado en la sangre. Dos perspectivas simbólicas recorren el discurso político de la época. La democracia y el pueblo, nociones ligadas a la visión de un contrato construido sobre la racionalidad, adquieren su sentido mediante el llamado a sentimientos partidarios hundidos en un pasado indescifrable. La sangre y el espíritu se agolpan cuando se trata de establecer las razones de la democracia: «*¿Cómo puede gobernarnos según nuestro espíritu quien no tiene nuestra sangre?*», dice un editorial que bajo el título de «*Porque la sangre es espíritu*» aparece en el periódico *El Siglo* el 3 de mayo de 1946⁴.

Los horizontes de la modernidad y la tradición se dan cita, entreverados, para anudar los textos políticos de aquellos días. El discurso se teje sobre la hibridación de distintas perspectivas significantes y no únicamente sobre el bagaje de la modernidad política⁵. Varios autores han señalado la impronta de lo tradicional en la configuración de la vida política⁶. Numerosos escritores se han referido a los códigos del honor, de la pasión y la herencia para explicar el funcionamiento de los partidos políticos. Otros han hablado de inconsciente arcaico para explicar el peso de viejos y extraños mundos en el funcionamiento

³ Entendemos por modernidad la confluencia contradictoria de cuatro proyectos: emancipador, expansivo, renovador y democratizador. Néstor García Canclini (1989).

⁴ En el contexto de la elección del presidente de la república el editorial se escribe contra Gabriel Turbay por el origen libanés de su familia. El argumento esgrimido es la primera evidencia de los elementos en juego en la política por ese entonces. De este momento en adelante las citas entre los signos « y » son textos o palabras extraídas de manera literal de los discursos de la prensa. Se diferencian de los signos “ y ” que contienen citas de libros.

⁵ La noción de hibridación en Néstor García Canclini (1989).

⁶ Si bien numerosos autores hacen referencia a lo tradicional, la historiografía considera su presencia como un remanente incómodo que es desterrado por la implantación de la modernidad política. Ejemplo ilustrativo es el libro de Mauricio Archila (1991). La convergencia de diversas vertientes culturales en la conformación de la identidad obrera (la herencia artesanal; la tradición revolucionaria; las expresiones contraculturales; las culturas populares locales y regionales; la proyección nacional e internacional), son todas jalonadas por la secularización y modernización de su discurso político. Desde nuestra perspectiva surge la pregunta: la fusión de los obreros con López Pumarejo –sobre la que el autor se interroga copiosamente– ¿no da cuenta de la proximidad de los trabajadores a las formas de desciframiento de los partidos tradicionales, incluida la presencia de distintas temporalidades históricas?

político. Algunos más han mencionado la presencia de un pasado mítico para dar cuenta del enfrentamiento entre las colectividades⁷. Toda la historiografía, sin falta, ha apelado a la idea de la política tradicional para evocar la pervivencia de modos atávicos de poder⁸. Sin embargo el contenido de dichos códigos, la naturaleza de tal inconsciente, las características que configuran ese pasado mítico y los modos de operación simbólica de la política tradicional no han sido abordados de manera sistemática. Se les menciona nada más, sin que se haya emprendido una reflexión que muestre sus contenidos y formas de operación.

En el intento de avanzar sobre este vacío nuestro trabajo se comprende como una analítica del discurso, entendido como “un intercambio social de sentido”⁹. No se asume como una mirada sobre la ideología o la doctrina en tanto pretende instalarse más allá de la relación funcional entre símbolo y acto que suponen aquellas. Según será expuesto, entre la simbólica y la práctica política, entre el proyecto ideológico y el ejercicio de gobierno existe más de un desfase y una incongruencia. Nos interesa una visión sobre el actor político, no al modo del sujeto consciente que instrumentaliza su discurso y su práctica política –o que es víctima de una deformación¹⁰–, sino como el sujeto objeto de discurso. Tampoco nos ocupa la pregunta por una identidad en las elites. La naturaleza híbrida de sus textos políticos plantea, más bien, la búsqueda de las fracturas y las dislocaciones, de las tensiones nunca resueltas. El peso de lo tradicional se erige, pues, en interrogante capital: la presencia de una cultura política ajena a la conflictividad social, embebida en sus añejas pugnas y consignas, se erige en telón de fondo de la violencia que dominó la escena pública entre 1946 y 1965. Nuestras preguntas se delinean. ¿Bajo qué modalidades jugó la cultura política su papel determinante en la marcha de la Violencia?¹¹ ¿De qué modos tiene la perspectiva tradicional un oficio tan decisivo allí?

⁷ Destacaríamos en estas menciones los trabajos de Daniel Pécaut (1987) y Gonzalo Sánchez (1990).

⁸ El clientelismo y sus sucedáneos –gamonalismo, manzanillismo–, se han instituido en fórmula con la que se pretende dar cuenta de las fracturas que exhibe la escena política. Cada vez es más un lugar común al que es necesario llenar de contenido. Por supuesto hay trabajos que avanzan con riqueza sobre la vida clientelista. Para la Violencia Carlos Miguel Ortiz (1985). Para un estudio de una época más reciente Francisco Leal y Andrés Dávila (1990).

⁹ Jorge Lozano, Cristina Peña-Marín y Gonzalo Abril (1993).

¹⁰ La tendencia a desconocer el papel de lo tradicional encuentra su excepción en Fabio López, interesado en los modos como las construcciones doctrinarias de las elites dejan sus marcas en la cultura política. En este propósito lo tradicional se comprende como “un falseamiento o deformación de los valores propios de la modernidad”; el catolicismo, impulsado por el movimiento Regenerador del siglo XIX, se convierte en el caldo de cultivo de los rasgos de intolerancia predominantes en el tejido social. Si bien lo tradicional es aquí abordado de manera explícita, tanto la asociación con la religión católica como la visión deformadora de lo ideológico oscurecen la presencia del mundo tradicional en el discurso político: la doble reducción de lo tradicional a lo cristiano y de lo arcaico a “falseamiento” provoca el obscurecimiento. Así se termina por ejercer el mismo desconocimiento dominante en la historiografía, aunque de forma negativa. López (1990 y 1993).

¹¹ Acogemos la fórmula de hablar de violencia con minúscula cuando se evoque el fenómeno en general y de Violencia con mayúscula en aquellos casos en que se trate del episodio histórico de mediados del siglo XX (1946-1965).

«Si la sangre es espíritu... ¿cómo puede gobernarnos según nuestro espíritu quien no tiene nuestra sangre?», exclamaba el mencionado editorial conservador del 46. No se trata, para definir nuestra analítica, ni de mantener la concepción de una modernidad que es siempre idéntica a sí misma, ni de exhumar una tradición que palpita secularmente igual bajo el ropaje de una modernización en últimas fracasada¹². La puesta en escena discursiva de la tensión entre modernidad y tradición, como horizonte de la reflexión, busca reconstruir la particular configuración de un discurso híbrido que se alimenta orgánicamente de las dos temporalidades.

Una sola cultura política

Cuando se habla de la perspectiva tradicional en lo político aparece el segundo punto en el que nuestro trabajo se opone a la lectura historiográfica. Tomamos distancia de la visión liberalizante según la cual frente a un partido liberal progresista, amigo de las causas populares y enemigo de la violencia, se opone una colectividad conservadora retardataria, autoritaria y promotora de la muerte. Estas dos imágenes antagónicas, las mismas que se encargó de poner en circulación el partido liberal, han sido acogidas por la historiografía sin el suficiente beneficio de inventario¹³. A todas luces resulta indiscutible el papel primordial del conservatismo en la pausa lopista, la crisis de la década del 40 y el inicio de la Violencia. Pero en la explicación de la crisis y el desenlace en la confrontación sangrienta, como se argumentará, resulta tan importante la intransigencia conservadora como la participación del liberalismo en las lógicas del “fundamentalismo” y “lo no negociable” –retomando las dos expresiones de Daniel Pécaut–. En la convergencia discursiva alrededor de la «sangre» y el «espíritu» no existe el pretendido movimiento táctico de un liberalismo dispuesto a hacer concesiones con tal de arrancar el avance de la modernidad a un atrasado partido conservador¹⁴. Por el contrario las dos agrupaciones, con sus respectivas disidencias y variantes, están inmersas en los mismos lugares de producción de sentido de lo político.

¹² Tampoco hablamos de lo pre político de lo político, tal como plantea Daniel Pécaut (1987). Ello supone una definición a priori de lo que constituye lo político, al margen de la hibridación alrededor de la cual se construyó en Colombia.

¹³ Hasta Daniel Pécaut (1987), el autor que introduce las más renovadas lecturas de la confrontación entre los partidos tradicionales, no se exime de la propensión liberalizante. Es verdad que el autor señala el peso decisivo de lo tradicional en el liberalismo. No obstante, no se ve la manera como dicha “política tradicional” opera en la colectividad roja, más allá de la referencia a una “naturalizada” división partidista. Cuando se ocupa del gaitanismo afirma que Gaitán, tanto como Laureano Gómez, descifra la división radical de lo social; pero resulta cuestionable la asignación de tal desciframiento a la versión populista, como si Gaitán iniciara el tradicionalismo en el liberalismo. Mientras tanto, la ausencia de una explicación de los elementos de la tradición en la agrupación liberal contrasta con la amplia descripción del papel del conservatismo en la “contrarrevolución” y la profundización de la división social. El “retorno del fundamentalismo conservador”, con el consecuente lanzamiento de la política por un trecho de “lo no negociable”, hacen del partido azul –según el autor–, el artífice de la violencia y de los intentos de transformación.

¹⁴ Posición sostenida por ejemplo por Fabio López (1990, p. 107): “En esta atmósfera [de la Regeneración] los liberales debieron recurrir a menudo a prácticas de simulación o de mimetización, lo que sin duda se expresó en [su] notoria ambigüedad –ante la secularización–”.

En rigor, entonces, no se puede describir a las colectividades partidarias como subculturas¹⁵. Ello supone, más allá de algunas convergencias, la existencia de códigos privativos al funcionamiento autónomo de cada partido. Es verdad que en cada agrupación predominó una narración discursiva sobre la que se construyó un particular desciframiento de la sociedad. El partido liberal se asumía el agente exclusivo de un Estado de cara a la atención de las demandas populares; el partido conservador se presentaba como el garante de la religiosidad fundada sobre los valores tutelares de la nación. No obstante una multitud de acontecimientos le imprimen un significado distinto a tales diferencias discursivas. El resultado viene a ser que las acusaciones de partido a partido no se sostienen en la realidad de las ejecutorias de gobierno, determinando que las narraciones de ambas colectividades descansen sobre los pilares de una única cultura política.

¿Cómo pensar la violencia, ese intento de exterminio mutuo, desde una única cultura política? ¿Cómo considerar la fragmentación que caracteriza la vida nacional a partir de una simbólica política homogénea? Se trata justo de mostrar que a pesar de tendencias diferenciadas en los discursos ambas colectividades obedecen a una idéntica gramática discursiva. La tensión entre homogéneo y diferente constituye un centro de nuestro cometido: la mimesis partidaria –no la estricta igualdad dada la presencia de distintos énfasis narrativos–, es la simbólica de la fragmentación y el caldo de cultivo de una relación con el Otro que legitima su eliminación. Sobre ella se teje la violencia.

Códigos imaginarios

Los dos partidos construyen el sentido de sus discursos desde tres códigos imaginarios: el religioso, el de la sangre y el de la ciudadanía fracturada. El religioso dice de un espíritu de partido único y por entero distinto del espíritu del contrario; el de la sangre habla de la presencia discursiva de la violencia, una presencia que va y viene pero que nunca desaparece como referencia de las formas de construcción de lo político; la ciudadanía fracturada referencia la fisura que atraviesa la ciudadanía por razón de una militancia partidaria que impide una visión de lo nacional más allá de la propia colectividad. El espíritu del partido y la sangre de la violencia se hacen presentes al modo de resortes de la democracia. De allí el nombre de «*Porque la sangre es espíritu*», el título que con lucidez emplea el editorial de aquel mayo del 46. Nuestro proyecto consiste en la puesta en escena de dichos códigos imaginarios.

La prodigiosa amalgama entre la sangre, el espíritu y la ciudadanía, verificada hasta en el último reducto de la vida política, descansa sobre la pertenencia primordial que sirvió para inscribir a cada colombiano en el color de uno u otro partido político¹⁶. El sentimiento primordial que instauran el liberalismo y el conservatismo hasta la primera mitad del siglo XX –hasta el Frente Nacional–, habla no de la unificación en torno a la nación sobre los principios abstractos de la racionalidad civil, sino de la integración partidista alrededor de una identidad vivida como naturaleza única y fundante. La identidad primordial es lo

¹⁵ Tal como lo propone Daniel Pécaut (1987). Aunque la referencia a las subculturas aparece en varios apartes su sentido general aparece en la p. 128.

¹⁶ La noción de vínculo primordial la tomamos prestada de Clifford Geertz (1990, p. 222).

propio de la cohesión social del mundo tradicional en tanto sus símbolos se invisten de los modos de funcionamiento de lo sagrado, esto es de un universo de sentido que a un mismo tiempo opera como sistema de saber, normativa de la realidad y programa para construir el mundo. La versión del mundo ahí instituida es inimitable; el Otro, el distinto, encarna lo extraño y la destrucción. Y en el corazón del sentimiento que confiere esa conciencia de autenticidad, se pertenece al grupo como resultado de un orden natural obediente a una legalidad inmutable ajena a la historia y la cultura.

Desde los excesos de la Violencia hasta la prohibición de casarse con miembros del partido contrario hace su despliegue una multitud de acontecimientos que atestiguan la marca de ese vínculo primordial con la parcialidad política, sentido como un nexo perentorio y total. Tal pertenencia no se basa en diferencias de raza; mucho menos en fragmentaciones lingüísticas o regionales; menos aún en escisiones basadas en herencias culturales irreconciliables. Sin embargo, pese a que ninguno de esos factores históricos de división estaba presente, la Violencia cumplió su tarea de muerte a lo largo de dos décadas. ¿En qué se basa la contienda sin fin entre las parcialidades políticas? Nuestro propósito, así las cosas, se finca en reconstruir el horizonte de significado que informó este proyecto de instituir un gobierno popular sobre la base de las pertenencias primordiales a los partidos, en un contexto cuyo desenlace vino a ser la Violencia.

El discurso y lo imaginario

En la tarea de captar este régimen simbólico se han distinguido dos dimensiones: el discurso y lo imaginario. Se ha optado por la narración articulada en la palabra con el propósito de reconstruir la arquitectura discursiva de los textos políticos contenidos en la prensa. Tal reconstrucción se ha practicado mediante la identificación de tres estratos: los Ejes Discursivos; sus correspondientes Series; y los Sentidos que emergen de cada una de dichas series.

Los EJES corresponden a los grandes nudos de significación a los que la trama discursiva se remite sin descanso. Tres son esos ejes: el partido político, la violencia y los elementos de la modernidad política. Los textos políticos de la prensa de mediados de siglo están atravesados por la presencia de los partidos, no existe acontecimiento sobre el que ellos no tengan la palabra; en el partido reposa la tarea de construir la esfera pública. La violencia cumple con la función simbólica de arrastrar en sus mallas de sentido la vida colectiva, en particular en determinados períodos. Por último, los elementos de modernidad –la nación, la democracia, el pueblo y la historia–, hacen las veces de referencias fundacionales del horizonte político por llevar a término. La totalidad del discurso se ordena en torno a ellos, vale decir, son los polos de atracción de la significación política.

Cada Eje, a su vez, está constituido por varias SERIES, aquellas que otorgan el cuerpo y contenido a su significación. Las series se establecen en dos momentos: primero, el significante que ocupa un lugar central en el discurso pronunciado ante determinadas circunstancias (significante central); segundo,

los significantes que aparecen ligados al significante central (significantes secundarios). Esta búsqueda de los contextos en los que aparece inserto el significante central por intermedio de la ubicación de sus significantes subsidiarios, permite, por último, establecer el SENTIDO al que termina amarrada la serie¹⁷.

Por su parte, lo imaginario habla de los lugares de producción de sentido de lo político. Lo imaginario refiere los códigos de enunciación del discurso que resultan de la imbricación de los sentidos puestos en juego en la reconstrucción discursiva. Esto es, los diversos sentidos derivados de las series, en sus nexos y sus implicaciones, permiten establecer las matrices del discurso¹⁸. De tal suerte a cada eje discursivo corresponde un código imaginario. Al eje del partido le corresponde el código imaginario religioso, es decir la agrupación política se asume desde las gramáticas propias de un sistema religioso. El eje de la violencia empata con el código de la sangre, vale decir las significaciones heroicas de la sangre informan la vida pública; y al eje de la modernidad lo rige el código de la ciudadanía fragmentada. En ningún caso dichos códigos imaginarios se pretenden a la manera de abstracciones universales. Por el contrario, lo imaginario no es otra cosa que una sedimentación simbólica de la experiencia colectiva: se teje en la trayectoria que desarrollan los grupos sociales en el proceso de construir sus particulares contextos de existencia¹⁹.

El período y la prensa

Se ha elaborado una lectura de la prensa publicada entre 1942 y 1949 considerando dos motivos. Por una parte, la década de los años 40 se configuró en un período de verdadera inflexión de la vida política. Le configuraron la crisis del proyecto liberal movilizado durante la década anterior y la caída de la colectividad roja; el ascenso del conservatismo y los conflictos derivados de la alternancia de los partidos en el poder; el auge del movimiento gaitanista y el asesinato del líder. Factores todos, que entre muchos otros, afianzan el avance y la irrigación de la violencia. Abordar la cultura política durante esta década supone, pues, hurgar la significación de lo político durante unos años de crisis que avanzan hacia la eliminación del adversario como modo de tramitación del conflicto.

Por otra parte, este período permitió la mirada comparativa del gobierno de cada una de las colectividades, uno liberal entre 1942 y 1946, y uno

¹⁷ En el intento de despejar las inevitables confusiones que por fuerza suscitan estas divisiones y sus vínculos remitimos al lector al cuadro que aparece al final del capítulo 6. Allí están condensadas las SERIES que componen el EJE discursivo del partido: «*idea*», «*moral*», «*sentimiento*», «*mesías*» y «*espíritu*» (significantes principales). A cada uno de ellos se asocia una cadena de significantes secundarios. Por ejemplo a la serie de la idea se asocian «*comunión en doctrina*», «*revelación*», «*autenticidad*» y «*sacralización*». Esta cadena de significantes, por último, arroja el SENTIDO de «*idea sagrada*».

¹⁸ Volviendo de nuevo sobre el cuadro se observa que los sentidos del EJE partido político («*idea sagrada*», «*moral inmanente*», «*odio ancestral*», «*cruzada redentora*» y «*guerra teológica*»), constituyen un código imaginario religioso. Idénticos cuadros sobre las condenas entre los partidos, el código de la sangre y el de la ciudadanía fragmentada se hayan, respectivamente, al final de los capítulos 1, 11 y 14.

¹⁹ Serge Gruzinski (1991).

conservador entre 1946 y 1950. Detuvimos nuestra mirada en 1949 por cuanto, según lo ha señalado la literatura sobre la Violencia, en este año los enfrentamientos violentos cobran su extensión definitiva²⁰. El carácter crítico de la década, la comparación de las prácticas de gobierno de los partidos y la incubación de la violencia, así pues, determinan el interés por el período 1942-1949.

La elección de la prensa se ha efectuado al considerar que en la década de los 40, y quizás de ahí para atrás en el conjunto de la vida política del país, los diarios constituyen los órganos de difusión del pensamiento político. No de modo gratuito, ante cada ocasión en que el conflicto se inflama, los edificios de los periódicos se convertían en blanco de las turbas arrebatadas o en centro de la censura oficial: destruir o limitar un periódico significaba acallar la voz del adversario. Los diarios publicaban los discursos de sus dirigentes en las plazas; reproducían las más intervenciones en las corporaciones públicas; difundían las determinaciones de sus directorios y sus cúpulas; propalaban los debates y los enfrentamientos que ocupaban la atención de los partidos. La vida política discurría en sus páginas, palmo a palmo, evento tras evento.

Sobre esta opción por la palabra escrita de la prensa nos hemos circunscrito a los principales órganos periodísticos de las elites políticas, aquellos de circulación nacional: *El Tiempo* liberal, *El Siglo* conservador y *Jornada* gaitanista. La delimitación sobre estos tres periódicos se fundó en el interés de hacer un análisis más exhaustivo y profundo de cada uno de ellos. Se rastrearon las noticias de primera plana, el conjunto de la página editorial, las noticias de las sesiones del congreso y otras informaciones que pudieran resultar de interés político. El detalle con que se siguió cada periódico, en el intento de articular el desciframiento de la cultura política en los términos descritos, imposibilitaba ampliar el margen de periódicos, el seguimiento de otras expresiones discursivas diferentes a la palabra escrita o la lectura de fuentes distintas a la prensa. Nuestro interrogante general se ve entonces precisado: ¿Cómo se construyó el símbolo político de las elites políticas capitalinas en la prensa de los años 40?²¹.

Naturalmente el texto se ha construido sobre la expresión literal del discurso. Las copiosas citas reproducidas obedecen a la necesidad de hacer hablar a los mismos protagonistas del estudio; una analítica del símbolo no puede obviar la transcripción textual permanente. Con todo, se ha realizado un monumental esfuerzo de reducción de la extensión y el número de citas con el objeto de

²⁰ Darío Fajardo (1985, p. 259-296) discute la periodización de la Violencia sobre la que existe un consenso general.

²¹ Nuestro proyecto tiene entonces límites precisos. Tanto la génesis histórica de dicho capital imaginario desde el siglo XIX, como sus formas de apropiación y recreación en las provincias y localidades, desbordan las posibilidades de este trabajo. Nos limitamos a ver lo imaginario en acto en las elites capitalinas de la década de los 40 del siglo XX.

²² La Primera Parte de nuestro trabajo presenta las críticas que se lanzaban mutuamente las colectividades y discute el fundamento de dichas críticas bajo la pregunta del lugar en el que se funda el enfrentamiento entre los partidos. La Segunda, Tercera y Cuarta Partes exponen, respectivamente, los códigos imaginarios religioso, de la sangre y de la ciudadanía fragmentada. La Quinta y última parte, de un lado aborda el vínculo entre simbólica y relaciones sociales, y de otro discute el lugar del gaitanismo en la cultura política.

hacer ágil la lectura. Los títulos, desde «*Porque la sangre es espíritu*» hasta los de los capítulos y sus apartados, son una pieza clave de la escritura: extraídos de frases literales de los diarios expresan el sentido que se pretende poner en juego en cada caso²².

Este trabajo es un intento de comprensión de la manera como la escisión partidista se incrusta en la sociedad y propicia la violencia. Si se quiere, aquí está contenida una reflexión sobre el modo como las colectividades construyeron su hegemonía. Y en el centro del atisbo a la construcción del poder político está latente la pregunta por una práctica de la muerte que se instala en la vida pública y privada. Este escrito es una tentativa sobre una violencia que pese a su omnipotente presencia parece no admitir ritualización ni palabra posible; aún hoy continúa desplegándose, imperial y soberbia, sin que pueda ser incorporada en algún circuito de la cultura capaz de exorcizarle. Si este trabajo logra poner en circulación una palabra que ayude a la resimbolización de la muerte en Colombia, quizás entonces se puede decir que la violencia comienza a ver disuelta su porfiada presencia.

PRIMERA PARTE

LA MIMESIS PARTIDARIA

Ni izquierdismo ni reacción

El año de 1942 se abre bajo el signo de la contienda electoral que arrojará el nombre del nuevo presidente de la república. Concurrían a ganar el favor popular Alfonso López Pumarejo, quien ya hubiera ocupado el solio presidencial durante la década anterior, y Carlos Arango Vélez, un liberal que bajo la consigna del anti reeleccionismo movilizaba una coalición de miembros de los dos partidos.

Como parte de su estrategia proselitista el movimiento lopista proyectó para el 11 de abril la realización de manifestaciones en varias ciudades del país. Al día siguiente *El Tiempo* saludaba entusiasmado la demostración de audiencia popular de la que había hecho gala su colectividad: «*Certamen de cultura cívica presentó el liberalismo*». La ciudad capital, en donde estuvo el candidato López, exhibió el espectáculo de sus más fervientes seguidores: «*Cincuenta mil personas hubo en la gran manifestación de la capital de la república*». La fidelidad de las mayorías, y con ello el seguro triunfo, parecían estar al abrigo de toda duda. Sin embargo, mientras el regocijo campeaba en los diarios liberales, *El Siglo* pintaba un cuadro que no coincidía en nada con la audiencia popular que describía el periódico oponente: «*Fue estruendoso el fracaso del lopismo en todos los lugares de la república ayer*». A renglón seguido refería en letra de molde el revés de la movilización en Bogotá: «*La manifestación lopista de la capital fue el más grande fracaso del reeleccionismo. Escasamente cuatro mil personas*».

Los titulares de primera página de ambos periódicos venían acompañados de grandes fotos, puestas allí a la manera de pruebas irrefutables de las respectivas afirmaciones. En efecto, mientras las fotografías de *El Siglo* exhiben una plaza de Bolívar lluviosa y más bien desierta, el registro visual de *El Tiempo* capta la escena de multitudinarios manifestantes arrebatados por la oratoria del candidato López.

¿Realmente hubo cincuenta mil manifestantes o sólo se trató de una movilización de apenas cuatro mil personas? ¿Será que *El Tiempo* exagera de manera tendencioso su fuerza, o se trata de un intento malicioso de *El Siglo* por minimizar la acogida liberal? ¿Las fotos conservadoras serían tomadas justo en el momento en que una lluvia dispersó temporalmente la manifestación o los liberales las hicieron desde un ángulo que les favorecía? Preguntas de este tenor podrían multiplicarse en varias direcciones. Empero, como mostraremos, el problema crucial no es la “verdad” que cada colectividad atribuye a sus afirmaciones. La descripción de las manifestaciones del 11 de abril no constituye una simple estratagema electoral, encaminada en un caso a exaltar la acogida popular y en otro a desprestigiarla. De modo distinto, idéntico gesto, con sus resonantes titulares, sus fotos certificatorias y sus pruebas irrefutables constituye el rasgo distintivo del discurso político de los años 40 en Colombia. Día a día sin excepción, reiterativos y obstinados, los discursos propiciatorios de la feroz confrontación entre los partidos invadieron hasta la última página de los diarios.

Las gestas electorales –las nueve que hubo entre 1942 y 1949–, los debates sobre las reformas concordataria y electoral, la expansión de la violencia, el 9 de abril, y junto a estas grandes conmociones el más peregrino incidente, se convirtieron en caldo de cultivo del careo partidista que campeó a diario los periódicos capitalinos. Este “pacto” de destrucción verbal del adversario lo llamaremos, justamente, el gesto del enfrentamiento. Un gesto atiborrado de «*pruebas irrefutables*» que conducen a afirmaciones opuestas: desde el éxito o el fracaso de la jornada de aquel 11 de abril hasta la propiedad de los incontables muertos que va dejando la guerra. Un gesto del que participan ambos partidos, con el concurso del liberalismo a título de coprotagonista estelar. Tanto el gesto como la participación del liberalismo están presentes desde el inicio de la década, no tuvieron que aguardar su despliegue hasta el inicio de la violencia.

El gesto de la Colombia de los años 40 no habla sólo de la coexistencia de distintas fuerzas políticas en contradicción, tal como acontece en cualquier sistema político. El rasgo evocado tiene un significado distinto. Habla de un enfrentamiento que, para los años 40, no encontró solución distinta a la violencia. Los intentos de establecer un diálogo que condujera el conflicto por los cauces de la confrontación civil –que los hubo, de muchos tipos y gran intensidad– quedaron sometidos al fracaso. La naturaleza del gesto del enfrentamiento, sus expresiones y su desenlace en la violencia constituyen el cometido de nuestro trabajo: ¿En qué se funda el gesto que gobierna la vida política de la década? O en otras palabras, ¿qué sostiene el enfrentamiento partidario? Tal la pregunta que orienta la Primera Parte de nuestro trayecto²³.

²³ El capítulo 1 hace la reconstrucción de las críticas que formulaba cada partido a su oponente. Antes de nada es imprescindible fijar las enunciaciones con las que cada colectividad condena a la otra. Los tres capítulos siguientes se ocupan de la discusión de dichas condenas en relación con las ejecutorias de cada partido en el gobierno. El capítulo 5, finalmente, recoge las conclusiones de la Primera Parte.

CAPITULO I

LOS DISCURSOS DE CONDENA DEL ADVERSARIO

Caos espiritual y caos social

En el intento de establecer la naturaleza del gesto del enfrentamiento seguiremos, paso a paso, los discursos con los cuales cada partido denunció el peligro que significaba el proyecto político del adversario. El cúmulo de dicterios que se lanzaron las dos colectividades fue interminable. De allí que este capítulo se circunscriba a las críticas propiamente políticas, aquellas que ponen en evidencia las fisuras en la concepción de sociedad y Estado del contrincante histórico.

1. Los ataques de los conservadores a los liberales

El católico no puede ser liberal

Comencemos por la colectividad heredera de la Regeneración, cuyas críticas al proyecto liberal se condensan en tres series discursivas: la «*comunista*», la «*masónica*» y la «*pedagogía sin Dios*».

a) El comunismo

La serie «*comunista*» fue la principal crítica conservadora a lo largo de la década²⁴. Decía un miembro del partido a finales de abril del 42: «*Militan en confusión caótica todas las fuerzas de la extrema izquierda; los anarquistas, los comunistas... que pretenden arrancar de la conciencia nacional los conceptos de Dios, de patria y de familia que han sido los principios tutelares de nuestra nacionalidad*»²⁵. La estructura del fragmento exhibe la gramática propia de la serie: la condición de «*extrema izquierda*» del liberalismo, su carácter «*comunista*», representa una amenaza para los «*principios tutelares de la nación*» al atentar contra los conceptos de «*Dios, patria y familia*».

El enunciado no cesa de agitarse: «*En cada día que pasa [el lopismo fomenta] la rebelión de las masas trabajadoras contra todo principio de propiedad, de orden y de respeto a los derechos ajenos*». El 9 de abril se encargará de endurecerlo. Bajo el encabezado de «*el nueve de abril, una odiosa y cobarde conjura extranjera*» la serie introduce el complot que los liberales establecen con las fuerzas comunistas extranjeras: «*Investigadores imparciales han*

²⁴ Con el significante «*comunismo*» resumimos un rosario de epítetos lanzados por los conservadores a sus adversarios: izquierdistas, sindicalistas, anarquistas, anarco sindicalistas, frente populistas, soviéticos, revolucionarios, lacayos de Lenin, estalinistas, bolcheviques, jacobinos, bárbaros rojos.

²⁵ «Magnífica conferencia pronunció en Cartagena don Pedro Pacheco», S: abril 24 de 1942. La S: abrevia *El Siglo*, la T: *El Tiempo* y la J: *Jornada*. Cuando aparece sólo la fecha –sin título de artículo– es porque se cita un titular.

afirmado que... dineros comunistas fueron empleados en esta criminal empresa». Las pruebas, como siempre, eran concluyentes; «De acuerdo con los diferentes documentos... el plan comunista fue planeado en La Habana»²⁶.

El liberalismo –dice la crítica– atenta contra la patria y el orden. Como parte de una conjura extranjera, sus medios son la destrucción de la propiedad y la familia. La crítica tiene ramificaciones, según se aprecia; mas a pesar de sus distintos elementos la serie converge en un nudo central: la destrucción de la religión. Bajo los más variados matices el argumento es uno: *«La muerte violenta de un líder político... sirvió de pretexto a los enemigos de la religión para desencadenar su odio contra ella... Es inútil disfrazar de colorido político, lo que significa ataque directo a los postulados católicos»*, se decía del 9 de abril. El contenido de la campaña conservadora para las elecciones de junio de 1949 lo ratifica: *«Es de advertir a todos los católicos que no pueden dar su voto a candidatos que hayan sido promotores... del 9 de abril; como tampoco a los que profesan ideas comunistas»²⁷* (Véase el cuadro al final del capítulo).

b) La masonería

En medio de los fogosos debates que despertó la discusión de la reforma concordataria *El Siglo* publicaba, a comienzos de agosto de 1942, un artículo que ofrecía la explicación de las acusaciones que por esos días llovían sobre varios miembros del partido liberal. *«Es la masonería aquella bestia apocalíptica creada por el demonio para hacer guerra a Dios y al género humano: de ella proceden el ateísmo... las guerras, los asesinatos de inocentes. Esos caníbales devoraban carne humana y bebían la sangre de las víctimas»*. El fragmento es elocuente. Liga la «masonería» con la más brutal empresa de destrucción en conexión con la eterna lucha contra dios. No es un peligro abstracto y lejano sino una amenaza viviente que Monseñor Builes evocaba en sus peroratas: *«La masonería... [intenta] dar en breve un golpe de gracia contra la patria. Pon, [Virgen], un dique a las aspiraciones incontenibles de la revolución sanguinaria que nos amenaza»²⁸*. Los términos de esta misiva constituyen, en los más diversos momentos de la década, la socorrida fórmula de combate conservador: *«El actual presidente de la república, doctor Eduardo Santos, es miembro ilustre y prominente de la masonería colombiana»*. El mandatario en ese entonces saliente no fue el único incriminado, las acusaciones recayeron sobre más de un liberal²⁹.

La masonería y su obra aniquiladora, con todo, no vienen solas. A ella se ligan otras sectas siguiendo las directrices de un calculado plan internacional: *«¿[Sobre tres factores surge la guerra religiosa]. Un fenómeno universal: el judaísmo. Para satisfacer la ansiedad de creencia... es necesario que exista...*

²⁶ «La verborrea procax de lopistas y comunistas el día sábado», S: abril 16 de 1942; «Patria infeliz», S: mayo 12 de 1948; «La sospecha», S: junio 19 de 1948; S: julio 2 de 1948.

²⁷ «Izquierdas colombianas apoyaron a comunistas el 9», S: julio 1 de 1948; «El Primado de Colombia prohíbe votar por candidatos abribeños», S: abril 22 de 1949.

²⁸ «La masonería», S: agosto 9 de 1942; «Otro punto final», S: agosto 2 de 1942.

²⁹ «Bases», S: julio 22 de 1942. Entre las acusaciones de masonería la más memorable es la de Darío Echandía, representante del gobierno ante la Santa Sede en las negociaciones del concordato: «Darío Echandía traicionó al catolicismo por haber aceptado, siendo masón, su representación ante las supremas autoridades de la Iglesia», S: 28 de octubre de 1942.

una concepción general y universal de todas las cosas: el comunismo. Y hay también, como un fenómeno no filosófico, pero sí como un fenómeno social, [una entidad] actuando en casi todos los episodios históricos de los distintos países y negando su actuación y escondiéndola: es la masonería», señalaba Laureano Gómez en una de sus célebres intervenciones parlamentarias. Las mallas del triunvirato son firmes pues los unos y los otros se alimentan mutuamente. El judaísmo –continúa Gómez–, para poder sobrevivir a sus múltiples persecuciones requirió de «una política. Entonces apareció en el mundo la doctrina comunista. Judíos fueron... sus filósofos... Tampoco le basta al intento judaico de dominación en el mundo la atracción o la acción sobre las clases iletradas... Necesita allegarse elementos directivos de la sociedad [y así surge la masonería]»³⁰.

La segunda serie de ataque conservador queda armada. La «masonería» se vincula con la imagen de la «bestia apocalíptica» y la «revolución sangrienta». La acusación extrae su fuerza del vínculo con el horror que emerge ante una secta de «caníbales que comen carne humana y beben la sangre de sus víctimas» mientras actúa siniestra en la sombra. La «masonería», agente del terror y la clandestinidad, resignifica la serie «comunista» al tiempo que ofrece el cuadro de otras sectas conectadas como el judaísmo, el protestantismo y todo credo que no profese los principios de la catolicidad³¹. Todas actúan en connivencia animados por la torva intención de socavar las bases de la religiosidad.

c) La pedagogía sin Dios

El arrebato masónico cobraba cuerpo, entre otros, en el universo educativo; no era uno cualquiera, era uno estratégico y decisivo en la construcción de la nacionalidad –decían los conservadores-. Los procesos de supervisión y asesoría a los planteles, la iniciativa del ministerio sobre los programas pedagógicos, la asignación de dineros y subsidios a los establecimientos docentes, en síntesis, todo el edificio de la intervención estatal inaugurada por el partido rojo desde 1930 era atacado por las plumas conservadoras. «*[En] los colegios privados... la alta vigilancia [se ha transformado] en estricta inspección*». Después de hacer referencia al sistema de privilegios hacia la educación oficial impulsado por los gobiernos liberales el articulista concluye: «*Decir colegios privados es lo mismo que decir enseñanza católica; por consiguiente, decir que se hace una guerra sorda a la enseñanza privada, es decir que se hace la guerra a la enseñanza religiosa*». La intervención estatal y el estímulo a la educación oficial cumplen pues una perversa labor de descatalogización: «*Desde... los mismos centros de enseñanza que el Estado sustenta, [es] desde donde se expande la nefanda empresa de socavar la unidad religiosa de la nación*»³².

³⁰ «Los verdaderos enemigos de la patria están adentro», S: agosto 12 de 1942.

³¹ Son permanentes las denuncias contra las confesiones no católicas, como los protestantes. Durante la Violencia se desata una dura persecución contra ellos. Carlos Miguel Ortiz (1985), Gonzalo Sánchez (1989, p. 141).

³² «El problema de segunda enseñanza en Colombia», S: abril 12 de 1942; «Cosas del régimen», S: agosto 17 de 1942.

La preeminencia conferida a la escuela en la conducción de la sociedad era compartida, únicamente, por la familia. Ante los abusos liberales en la educación –decían los conservadores– «*la familia colombiana, que es todavía católica, sabrá salir por sus derechos*». En una de las numerosas catilinarias contra la laicización escolar concluía un editorialista: «*La escuela laica es un ataque feroz a la conciencia de los maestros católicos, a quienes se trata de imponer una pedagogía sin Dios. La escuela [laica] es la dictadura del maestro sin Dios... un atropello brutal del padre de familia por el Estado*»³³. La gramática de la tercera serie queda establecida. El intento de instaurar una «*pedagogía sin Dios*» a través de la laicización de la escuela y de sus efectos directos sobre la familia, es un prominente recurso de descatolización puesto en marcha por el liberalismo.

Las tres series de condena del conservatismo convergen, a una sola voz, en el proyecto de destrucción de la catolicidad, fuente viva y tutelar de la nacionalidad. La acusación de atentado contra la religiosidad estaba allí, lista para ser arrojada al rostro de las ejecutorias del liberalismo. Una presencia discursiva recogida en forma proverbial por la excomunión condensada en la fórmula «*el católico no puede ser liberal*», así como resonó con total ímpetu en más de una coyuntura crítica.

2. Los ataques de los liberales a los conservadores

El conservatismo abomina del pueblo

Luego de esta revista por el discurso conservador corresponde hacer otro tanto con las críticas liberales al proyecto de sociedad y Estado de sus contradictores. Dos series aparecen, la «*crisis económica*» y «*la revolución social*».

a) La crisis económica

En la campaña electoral de 1942 exclamaba un orador en la plaza de Bolívar: «*¿Cuál era la situación del país cuando en 1930 llegó al poder el liberalismo? Una crisis económica y fiscal sin precedentes amenazaba acabar con la nación... Hay que recordar que con anterioridad a 1930 lo natural en la hacienda pública colombiana eran los déficits... la miseria asolaba los campos... La usura, única institución de crédito del régimen conservador, les [arrebataba] sus tierras*»³⁴. La crítica liberal aflora nítida en el fragmento. El país debe recordar el desgredo que por doquier cundía en la vida económica durante las administraciones conservadoras; ese recuerdo, doloroso y sentido, posibilita el reconocimiento de la prosperidad que inaugura la república liberal a partir de 1930.

Frente al desorden administrativo conservador, decían los liberales, su partido impuso una política fiscal y tributaria capaz de conjurar las crisis del fisco; ante la miseria del campo inauguró el crédito haciendo posible el trabajo agrario; protegió, mediante el pacto mundial de cuotas de 1940, la industria del café;

³³ “Los dos candidatos y el sovietismo español”, S: abril 13 de 1942.

³⁴ “Sobre la batalla del régimen liberal”, T: abril 12 de 1942.

pavimentó el país posibilitando la comunicación y los mercados; modificó el sistema de construcción de obras públicas llevando escuelas, colegios y acueductos a los rincones apartados. El liberalismo tiene -afirman sus escritos-, una política económica de la que de manera tajante carece el partido conservador.

El artífice de la protección y estímulo al trabajo es un Estado de nuevo cuño: «*El Estado no existió nunca para aquellos trabajadores cuando era necesario protegerlos o ayudarlos. Existió, sí, cuando fue necesaria su contribución o cuando se creyó conveniente hostilizarlos por sus ideas*». Durante la hegemonía conservadora el Estado fue nada más -aseveran-, un agente de represión y sojuzgamiento: «*[Los trabajadores] padecieron la indiferencia de la hegemonía*». Mediante este señalamiento la agrupación roja hacía patrimonio exclusivo de su partido el vínculo entre el Estado y el pueblo³⁵. La serie se repite idéntica a lo largo de la década. «*Quiero que recordéis un poco las épocas del predominio conservador. Que los que vivieron esos años nefandos les cuenten a sus hijos cuál era la situación del pueblo... Ya se olvida... lo que significaron para el pueblo colombiano los 40 años de hegemonía conservadora*», dice Lleras Restrepo en 1949 cuando el conservatismo, en ese momento en el gobierno, puede mostrar elevados indicadores de crecimiento económico³⁶.

La serie queda conformada. Frente al abatimiento económico de la hegemonía, reino de la «*miseria*» y las «*marismas coloniales*», el liberalismo, mediante el ejercicio de un Estado de cara al pueblo ha traído consigo la plétora de riquezas que el país conoce desde 1930. Los «*años nefandos*» del conservatismo en el poder, años y miseria que es preciso recordar, tienen su origen en un régimen comandado por un estado «*indiferente*» e «*incapaz de resolver las necesidades nacionales*». El estado liberal, por el contrario, transformó el país en «*esta Colombia altanera*».

b) La revolución social

Anotaba Alfonso López en un discurso de 1942: «*La famosa Revolución en Marcha no fue sino un paso hacia la normalidad. Retardado, habría producido fenómenos revolucionarios como los que buscaba el partido conservador para hacerse fuerte*». En el espectro de las reformas de los años 30 la legislación laboral se planteó como antídoto frente a una revolución social palpitante hacia finales de la década del 20. Antes de 1930 -continúa López- «*un vasto desasosiego quebrantaba las reservas morales de la república. [Había] soterrado y contenido un amargo fermento revolucionario... La victoria liberal le evitó así a Colombia el espectáculo de una lucha estéril y le entregó la garantía de su tranquilidad social*»³⁷.

³⁵ «Sobre la batalla del régimen liberal», T: abril 12 de 1942.

³⁶ «Lleras Restrepo pide la unión del liberalismo para lograr el triunfo», T: enero 24 de 1949. El período de inmediata postguerra conoció un auge económico sin precedentes.

³⁷ «En gran parte a la política del liberalismo en materia social se debe la prosperidad de la nación», T: Abril 5 de 1942.

Tal como en la serie económica el agente que erradica el «*amargo fermento revolucionario*» y establece «*la garantía de la tranquilidad social*» es el Estado liberal. «*El gobierno liberal no hizo otra cosa que cumplir... esas leyes que los conservadores aprobaban con la decisión de no llevarlas a la práctica. Cuando llegué al gobierno ya existían sindicatos estimulados y protegidos por la ley. Pero no estaban dentro de la ley. Procedían irregular y revolucionariamente*», subraya el mismo López. El alma del tránsito es, por supuesto, el Estado de cara al pueblo: «*Yo he creído que si los estadistas que llevó Núñez al poder eran más sabios... ignoraban por completo la clave sencilla de la adhesión de los hombres a sus conductores, que no reside simplemente en... los atributos de la retórica. [El conservatismo ha gobernado] menospreciando la simpatía popular... abominando de su indispensable concurso!*». Los modos de trato del conservatismo hacia el pueblo, y su antagonismo con los propios del liberalismo, Alfonso López los sintetiza en una sentencia magistral: «*El pueblo no ama a quien lo manda, sino a quien lo sirve*»³⁸.

La misma lógica gobierna las dos series del discurso crítico liberal. Frente al errático período conservador, agobiado por la «*miseria económica*» y los «*fermentos revolucionarios*», la república liberal instauró el «*progreso*» y la «*paz*». «*El liberalismo tuvo la virtud de transmutar, en sólo tres lustros, aquella patria boba, paralítica, pobre, inerme, inocua... que recibió del conservatismo en 1930*». El resorte de esta prodigiosa transformación descansa en un Estado volcado sobre las necesidades del pueblo: «*Esa es la diferencia entre la política del partido liberal y la política de la oposición. Los liberales nos acercamos al pueblo sin sentir repugnancia. En cambio los conservadores se quedan en casa esperando el tributo de su electorado*»³⁹. La frase que lanzara Alfonso López en abril de 1942, «*los conservadores abominan del pueblo*», circuló en el discurso liberal a lo largo y ancho de la década.

3. Significantes síntesis

Izquierdismo y reacción

El cuadro del final del capítulo constata un hecho. Las dos colectividades hacen converger sus críticas en un solo centro de significación. Los azules se remiten sin falta a la destrucción de la religión; los rojos al Estado que abomina del pueblo. La síntesis que se opera en esta convergencia se expresa mediante los significantes de «*reacción*» e «*izquierdismo*», una vez se le profiere ella trae a la espalda toda la carga de la crítica que cada partido endilgó al contrario.

Decía un editorial de *El Tiempo*: «*[El conservatismo busca] desacreditar la democracia para hacer posible el imperio de la fuerza y la sustitución de la libertad por la tiranía. Es decir... la reacción*». El término plagará, a través de la década, las páginas de la prensa liberal: «*Ya se olvida a ratos cuál era el tratamiento que el conservatismo le daba a los problemas... Ganemos esta batalla en forma tan abrumadora y contundente que desaparezca para siempre*

³⁸ «Formidable discurso del doctor López», T: abril 12 de 1942.

³⁹ «Defensa de la obra liberal», T: enero 23 de 1947; «La magna obra del régimen fue la mejor bandera», T: mayo 16 de 1942.

de los horizontes de Colombia la amenaza de la reacción conservadora»⁴⁰. El significativo de «reacción» convoca de inmediato el significado de tiranía, deformación de la voluntad popular, aniquilamiento de las conquistas sociales, abusivas intervenciones de las potestades espirituales, represión y violencia, características todas de un Estado que abomina del pueblo y por tanto instaura el caos social.

A la vez el conservatismo replicaba. «No hay idealidades en la política izquierdista, no hay concepciones abstractas, no hay espíritu ni corazón». Emulando a sus adversarios el significativo «izquierdismo» visita de manera permanente su prensa. «La filosofía católica puede estar pasada de moda. ¿Con qué [la] sustituimos? Las teorías y las filosofías que tratan de presentarse como sustitutos no dicen nada a la intimidad de las conciencias... Es el desierto, es la angustia de las izquierdas»⁴¹. El «izquierdismo», léase la devastación de los principios tutelares, el aniquilamiento de los valores supremos y la muerte de la moralidad son las condiciones de un partido que busca destruir la religión católica y entronizar el caos espiritual.

«Reacción» e «izquierdismo», dos significantes que funcionan al modo de síntesis en cuanto su mención arrastra, en un solo giro, la argumentación crítica que cada partido profiere contra el otro. Su simple mención evoca la imagen endosada a la otra colectividad, el caos espiritual del liberalismo en pugna con el caos social del conservatismo⁴².

Los discursos condenatorios de uno y otro partido exhiben diferencias evidentes en sus contenidos⁴³. ¿Realmente existían dos proyectos antagónicos de construcción de la nación como para hacer descansar allí el gesto que campeó sobre la escena pública de la década? La lectura corriente se ha quedado ahí, desdoblado las diferencias que los mismos partidos afirmaban poseer. Más allá de la visión liberalizante –que repisa tal cual este desciframiento discursivo-, la búsqueda de renovadas respuestas ha de someter dichas formulaciones a la comparación con las prácticas que cada partido adoptó cuando ascendió al poder: ¿Las respectivas acusaciones de destrucción de la catolicidad y de carencia de un Estado de cara al pueblo, se corresponden con estrategias de estado capaces de soportar un enfrentamiento prolongado con tanta amargura hasta el Frente Nacional? En

⁴⁰ «Acordémonos de Colombia», T: mayo 14 de 1942; «Lleras pide la unión del liberalismo para lograr el triunfo», T: enero 24 de 1949.

⁴¹ «Orientaciones políticas», S: enero 6 de 1949.

⁴² La influencia sobre las críticas entre los partidos es múltiple y compleja. Los debates que suscita la contrarrevolución francesa, con exponentes de uno y otro lado, tienen un notable ascendiente. (Al respecto del debate en Europa resulta ilustrativo el trabajo de John Bury, 1971). Se notan asimismo influencias de versiones tan antiguas como la acusación de ingestión de carne humana y de sacrificio de menores. (Norman Cohn -1983- muestra el origen de esta leyenda a propósito de las brujas en Europa). Las herencias de otras tradiciones de pensamiento sobre el conservatismo se pueden consultar en James Henderson (1985). Las influencias de diversas vertientes del pensamiento socialista sobre el liberalismo pueden consultarse en Gerardo Molina (s.f.).

⁴³ Ambos partidos hicieron elaboraciones sobre los aspectos que surgen de las series. El conservatismo tiene un discurso económico y laboral, así como el liberalismo posee una reflexión sobre la educación. Señalamos que lo económico para el conservatismo y lo educativo para el liberalismo no formaron parte de sus discursos de condena del adversario.

otros términos, ¿el gobierno liberal de 1942 a 1946 impuso el «*izquierdismo*» o la administración conservadora de 1946 a 1950 armó el imperio de la «*reacción*»? Nos ocupamos en los tres capítulos que siguen de las respuestas a estos interrogantes mirando los nudos que asoman en las series reconstruidas: el problema religioso; la política social; el asunto económico.

DISCURSOS DE CONDENA ENTRE LAS COLECTIVIDADES

CRITICA	SERIES (Significante Principal)	CONTEXTOS DE SIGNIFICACION (Significantes Secundarios)	SENTIDO
Conservadores a liberales	COMUNISTA	Propiedad, familia, complot internacional	Destrucción religión
	MASONICA	Bestia apocalíptica	Destrucción religión
	PEDAGOGIA SIN DIOS	Escuela, familia	Destrucción religión
Liberales a conservadores	CRISIS ECONOMICA	Miseria régimen conservador/ Progreso Liberal	Estado que abomina del pueblo
	REVOLUCION SOCIAL	Fermento revolucionario/ Paz	Estado que abomina del pueblo

SIGNIFICANTES SINTESIS

Reacción: Estado ajeno al pueblo → Tiranía y Represión → Caos social
Izquierdismo: Destrucción religión → Muerte de principios → Caos espiritual

CAPITULO II

LA CUESTION RELIGIOSA

No tiene pesebreras en los templos

La denuncia de una impía obra de destrucción de la catolicidad constituyó el alma de la crítica conservadora. El anatema cruzó el discurso del diario azul a lo largo de toda la década, cobrando ribetes de guerra durante algunas coyunturas críticas. El triunfo de López Pumarejo en 1942 propició un enfrentamiento que culminó en un sonado debate en torno al proyecto con el Concordato. El liberalismo hizo esfuerzos para dejar sin fundamento las catilinarias que le llovían por doquier: *«Los liberales no [han cumplido] el programa de atrocidades pronosticado. Los caballos del ejército no tienen pesebreras en los templos... Si hasta contrariando las reglas del juego que obliga a los liberales a comer curas, las procesiones son ahora más concurridas y solemnes que en los tiempos molondros y capuchinescos»*. Como acontecía siempre, el artículo de Calibán despertó la airada respuesta de los guardianes de la fe: *«Es cierto que no ha incurrido el liberalismo en el escándalo de desterrar obispos. La experiencia sirve para algo. Se ha cambiado de táctica, se confía más en el engaño soslayado, pero la acción nefasta contra la religión es ahora tan firme y tenaz como lo fue en el siglo pasado»*⁴⁴. El 12 de octubre aparece la condena mortal, *«prohibido a los católicos y los sacerdotes escribir en El Tiempo»*, escrita en grandes letras negras de primera plana.

Será el 9 de abril, con su cortejo de muchedumbres atropellando todo aquello que respire alguna simbología eclesial, el evento que vuelve e instala el tema religioso en el centro de la escena pública. *«¿Qué hizo el pueblo liberal lanzado el 9 de abril a las calles y plazas? En Bogotá profanó la basílica primada; asaltó las iglesias; destrozó a machete la imagen de la virgen; quemó las capillas... Trató de asesinar canónigos»*. El historial de desmanes contra la iglesia, sus ministros y santuarios –según el conservatismo–, es inenarrable. Cuando todavía se escuchaban los alaridos nueve abriños el cura Daniel Jordán, un confeso militante de las causas religiosas, concluye con el interrogante capital: *«¿El liberalismo colombiano es o no es pecado?»*. La pregunta expresa bien el espíritu condenatorio impuesto sobre las llamas de abril. De allí en adelante el anatema se repite sin cesar hasta hallar su remate cumbre en las elecciones de 1949. Siguiendo el texto de una pastoral del arzobispo primado Monseñor Perdomo, los obispos de Tunja, Santa Rosa de Osos e Ibagué, entre otros, adhieren a coro al enjuiciamiento: *«A ningún católico le es lícito dar su voto a favor de personas afiliadas al actual liberalismo colombiano»*⁴⁵.

Entonces, ¿el liberalismo de mediados de siglo sí «era pecado»? ¿Había en ese partido un deseo oculto y nunca confeso de erosionar la religiosidad? ¿El

⁴⁴ «Danza de las horas», T: julio 6 de 1942; «Apóstoles de la mentira», S: julio 18 de 1942.

⁴⁵ «Confeso», S: julio 3 de 1948; S: mayo 3, 4, 5 y 7 de 1949.

contenido del nuevo tratado con el Vaticano fundamentaba, así fuera con matices, los temores del partido conservador? En otros términos, ¿en la década del 40 existía un enfrentamiento entre clericales del partido conservador y anticlericales de su oponente secular, como para suponer que ahí reposa el fundamento del gesto que prevalece en la prensa todos los días?

En abril de 1942, cuando Darío Echandía y el cardenal Luis Maglione firmaron el texto concordatario que habría de ser sometido a la aprobación del parlamento, el partido de gobierno decía que «*[la reforma se orientó] hacia la eliminación de ciertas... normas obsoletas [que] pugnaban con el nuevo espíritu del mundo y el desarrollo social de Colombia*». Las modificaciones, no obstante, «*no contienen ninguna disposición que afecte ni a la doctrina, ni a las prácticas religiosas, ni a ninguna de las bases sobre que reposa el hogar cristiano*»⁴⁶. Es justamente sobre este doble guión que debe leerse el comportamiento del liberalismo frente a la cuestión religiosa. De una parte sus intentos de reforma y modernización; de otra su estricta y cuidadosa observancia de la fe católica.

La tensión que supone el doble guión se resuelve en los contenidos y desenlaces finales de la reforma concordataria. El nuevo texto, inspirado en el propósito de reglamentar unas renovadas relaciones entre la iglesia y el Estado desde el contexto de la Revolución en Marcha, se limitó a una negociación sobre el matrimonio, el registro civil y la administración de cementerios. Más allá de estos tres puntos el espinoso tema del nombramiento de obispos se reducía a la posibilidad de veto de los candidatos; la dirección de la educación privada no se mencionaba; los convenios de misiones no se tocaban; las obligaciones tributarias de la iglesia ni aparecían. En estos términos el acuerdo con el Vaticano no abordaba ningún problema de fondo, develando los recortados alcances del proyecto y poniendo en claro la posición del liberalismo. Después del agitado proceso que culminó con la aprobación del congreso, el nuevo concordato, paradójicamente, no entró en vigencia pues el presidente se abstuvo de hacer el canje de ratificaciones necesarias para su definitiva puesta en marcha⁴⁷. La iglesia no ve erosionada su posición frente al matrimonio y la muerte. La fórmula según la cual «*la reforma concordataria es el mejor medio para fortalecer la unidad de los espíritus y la unidad moral y material de la república*», pronunciada al día siguiente de la presentación del proyecto en el senado el 20 de octubre -y repetida bajo las más diversas versiones-, expresa el sentir liberal frente al problema católico en Colombia.

El anticlericalismo no existía en Colombia a mediados de siglo⁴⁸. Los brotes de rebeldía y enemistad con la iglesia, que sin duda existieron encarnados en personas singulares, llegaron a constituir una fuerza política o cultural capaz de

⁴⁶ “Cuáles son las reformas del concordato acordado en Roma”, T: abril 24 de 1942; “Danza de las horas”, T: septiembre 26 de 1942.

⁴⁷ Fernán González (1989, p. 381).

⁴⁸ Hasta el anticlericalismo de los radicales del siglo XIX resulta dudoso. El mismo José María Samper, al tiempo que participa con fogosidad en la discusión de la legislación sobre el matrimonio civil, se casa por la iglesia mientras escribe para “resolver” su contradictorio comportamiento: “Las leyes del honor, sancionadas por las costumbres, tendrán siempre más fuerza obligatoria para los hombres de corazón que todas las leyes civiles”. Citado en Germán Colmenares (1984, p. 90-91). N.T.: [Hay edición reciente de La Carreta].

proponer un punto de vista en contra del papel de la iglesia en la sociedad y el Estado. Claramente, la prensa de la época fue impermeable a esas disidencias. Por el contrario, las profesiones de fe de un liberalismo que abomina de su pasado pecaminoso son la nota dominante: *«No se puede negar que en la masa liberal existía antaño un fermento anticlerical. Labor tenaz de los dirigentes en los últimos años ha sido la de mostrarle al liberalismo que la paz religiosa es el mejor de los tesoros»*. En un editorial encaminado a explicar las negociaciones con el Vaticano el ex presidente Santos hace eco a las voces de arrepentimiento: *«Existe un partido político que tradicionalmente había sido tenido como hostil a la iglesia. Ese partido ha aprendido las lecciones de la historia y atento a la conciencia católica de los colombianos, busca tenazmente la paz religiosa»*. No sólo se subvirtió una vieja orientación religiosa sino que el liberalismo es *«el gobierno que mayores garantías le ha dado a la iglesia»*⁴⁹.

El giro de *«la conciencia católica de los colombianos»* se ha erigido en síntesis de la visión política del partido liberal. Tal *«conciencia»*, equivalente a percepción del mundo, es católica en Colombia. Sus invocaciones atraviesan la concepción de estado: *«Hemos sentido que el catolicismo es una gran fuerza de libertad y una gran fuerza de progreso. Entre nosotros garantiza la unidad espiritual de la nación y realizada su buena inteligencia con el Estado, tiene éste en la iglesia un elemento de cooperación insustituible que le ayuda poderosamente a resolver problemas cada día más vastos»*. En medio del confesionalismo no faltaron las afirmaciones que se confundirían con el más inflamado conservatismo: *«La autoridad legítima, según los principios religiosos, viene de Dios»*, dice el representante por excelencia del liberalismo en 1942⁵⁰.

Las invocaciones católicas, de igual modo, colman las estrategias que el liberalismo habilita en el intento de sortear el gesto del enfrentamiento. Los llamados al apoyo institucional de la iglesia en momentos de crisis; la apelación a principios ortodoxos de doctrina como herramienta argumentativa, como bien lo revela la acusación de cisma tantas veces empleada contra el conservatismo; la invocación de la estricta obediencia a la jerarquía clerical, así como aconteció en tantas oportunidades con la transcripción textual de párrafos enteros de las encíclicas pontificias. Pronunciamientos que, junto a otros tantos, ponen en evidencia la perspectiva católica que marca el discurso liberal.

Sin embargo, a la argumentación sostenida hasta este punto se le puede formular una objeción. ¿Los proyectos de laicización liberal no se convirtieron, por encima de las confesiones católicas, en el eslabón que permitiría justificar las denuncias del ataque a la fe religiosa? ¿El proyecto de educación liberal, por ejemplo, armado con las nociones de ciencia, progreso y evolución, no daba al traste con una perspectiva católica más cercana a la revelación?

⁴⁹ “Danza de las horas”, T: octubre 1 de 1942; “La reforma del concordato”, T: octubre 1 de 1942; “Danza de las Horas”, T: julio 10 de 1942.

⁵⁰ “En el altar de la patria deposito las insignias del mando”, T: agosto 9 de 1942; “El Jefe del Estado condena una vez más la violencia”, T: abril 26 de 1942.

El aparato educativo venía siendo, de tiempo atrás, objeto de nuevos saberes pedagógicos que hacían posible el auge de principios de la escuela activa en diversos retículos de las prácticas escolares. No obstante la innovación pedagógica –promovida por sectores de ambos partidos– se hace con los cuidados necesarios que impiden la colisión con los principios de la moralidad católica; las nuevas corrientes de pedagogos se construyen sobre la simbiosis entre saber educativo y hegemonía religiosa. Lo deja ver Agustín Nieto Caballero, auspiciador del Gimnasio Moderno y abanderado de las reformas pedagógicas: «*La principal diferencia del Moderno con las experiencias clásicas de la pedagogía activa que promulgaba la escuela laica, residió en que... se trata de una institución católica. La enseñanza de la religión en el Moderno se justificaba en tanto su orientación era “una prédica de tolerancia y de amor”, como apoyo al ideal social que perseguía*»⁵¹. Por encima de los proyectos innovadores la visión católica sigue rigiendo la interpretación del mundo y la formación de las nuevas generaciones, tornando precarios los intentos de imprimir el carácter laico a la educación⁵².

Con el ascenso del liberalismo al poder en 1930 se emprendió un proceso de laicización de la cultura y la sociedad, no cabe duda. Los proyectos de reforma constitucional, laboral y de los vínculos entre Iglesia y Estado propuestos por la Revolución en Marcha ciertamente pretendían una modernización de la nación. Sin embargo la pausa decretada en 1936, empujada por las protestas de poderosos sectores de oposición, abortaron los procesos de transformación. El fracaso del impulso reformador es palmario, traducido en hegemonía de la visión religiosa sobre el conjunto de la cultura. Es innegable que desde los años 20 se tejieron experiencias portadoras de lecturas alternativas de la realidad, tal como los intentos pedagógicos, la extensión del pensamiento laico liberal, la introducción de la racionalidad socialista. No obstante la circulación cultural y política de tales experiencias quedó circunscrita a centros particulares reclusos en colegios y universidades, a círculos intelectuales o grupos sociales emergentes⁵³.

Los capitales simbólicos no terminan de quebrar amarras con las prescripciones de la cosmogonía católica. En términos generales Colombia resultó impermeable a la circulación de nuevas corrientes de pensamiento que por esos días ocupaban la reflexión en otras latitudes del orbe⁵⁴. Circulan, ya se ha escuchado, toda clase de dicterios como los de «*comunismo*» y «*sovietismo*», que no logran adquirir un nivel de reflexión autónoma. Son eso simplemente, epítetos ligados a seculares armazones discursivas. Desde allí los intentos de renovación expresiva y elaboración pictórica que atentaran contra las formas de representación instituida son reprimidos sin miramientos.

⁵¹ Javier Sáenz (1993, p. 107). La presencia de lo religioso en los textos escolares puede consultarse también en Fabio López (1990, p. 113-121).

⁵² Jaime Jaramillo Uribe (1989, p. 87-110).

⁵³ El Gimnasio Moderno, la Universidad Libre, el movimiento de los Nuevos, el socialismo de los años 20 son ejemplos de nuevas experiencias culturales.

⁵⁴ Rubén Sierra (1989) afirma que la filosofía moderna en Colombia, más allá de la visión neotomista, tiene su origen en 1942 con la obra *Lógica, fenomenología y formalismo jurídico* de Luis Eduardo Nieto Arteta.

Sirva de ilustración la pintura de Débora Arango, proscrita desde finales de la década del 30 por sus imágenes de denuncia y sus desnudos desafiantes⁵⁵.

La impronta del conservatismo sobre las prácticas colectivas –cuyo gran impulso tomó cuerpo con el lugar que le otorgó la Regeneración del siglo XIX a la iglesia–, permaneció viva para los años 40 del siglo XX más allá de la recortada laicización liberal⁵⁶. Con el ascenso del liberalismo a la conducción del estado el catolicismo pierde una parte considerable de la función política que tuvo hasta los años 30, tal como lo pone al descubierto el abierto protagonismo de la iglesia en las elecciones de 1930⁵⁷. Con todo, el papel conferido a la catolicidad como visión de la realidad, y a la iglesia como institución mediadora de las relaciones sociales, siguió definiendo la textura cultural de la sociedad nacional hasta los años 50.

En la Colombia de los años 40 no hubo un movimiento anticlerical y mucho menos anticatólico; los enemigos de la iglesia –sin duda los había– no constituyeron una fuerza colectiva. Al respecto resulta esclarecedor el uso liberal de la simbólica religiosa para representarse el 9 de abril, ese acontecimiento ante el que los partidos quedan arrastrados en una marejada de la que no logran dar cuenta: *«Habíamos acampado en la llanura que se tiende al pie del Sinaí. Le vimos subir lentamente. Cuando divisamos en la cumbre nuestro nombre de colombianos vimos nubes de tormenta... Después le vimos descender rápido. Acudimos a oírle y nos entregó un decálogo y eran estos los mandamientos que nos traía aquel tremendo 9 de abril. Primer Mandamiento: Amarás y temerás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón. La educación religiosa, las ideas de una justicia que se hará sobre nuestros actos por ocultos que estén en las sombras de la noche... deben ser el mayor freno de nuestras acciones. Donde no llegan los jueces, llega el Señor»*⁵⁸. El decálogo admonitorio se extendía con idéntico tenor hasta los diez mandamientos.

Los procesos de laicización no significaron, pues, el cuestionamiento de la hegemonía de la religión sobre los mundos de vida que anudan la perspectiva cultural de lo cotidiano. Los liberales, como todos los nacionales de Colombia en la década del 40 del siglo XX, estaban sumergidos en una visión religiosa que anudaba los capitales simbólicos y sus modos de agenciamiento. Las implicaciones de tal anudamiento sobre la cultura política se abordarán en la segunda parte de nuestro trabajo. Por lo pronto sólo resta afirmar que desde los discursos liberales, desde la eficacia de sus proyectos frente a la cultura, resultaba cierta la referencia del presidente López en el discurso de posesión del 7 de agosto de 1942: *«La paz religiosa de Colombia... es una conquista nacional que ya nada ni nadie podrá poner en serio peligro... Prefiero ver aplazadas algunas reformas a crear conflictos a la auténtica conciencia religiosa del país... Más aún en un tiempo como el actual en que los patriotas buscan la unidad nacional y no pueden desear, de manera alguna, choques*

⁵⁵ Museo de Arte Moderno de Medellín (1986).

⁵⁶ Pécaut (s.f., p. 25), López (1990, p. 110).

⁵⁷ Medófilo Medina (s.f., p. 185-204).

⁵⁸ “Diez mandamientos”, T: julio 1 de 1948.

con una de las más grandes fuerzas espirituales que le dan fisonomía uniforme a la nación».

En boca del reformador de la década anterior el espíritu liberal es claro. En el momento en que ingresa a su segundo período presidencial las expresiones de «*auténtica conciencia religiosa del país*» y de «*fuerza espiritual que le da fisonomía uniforme a la nación*», lo ponen en evidencia. Allí no hay movimientos tácticos a fin de apaciguar al beligerante partido conservador. Todo lo contrario, el vínculo entre religión, cultura y política está asegurado: «*Sentimos que en la vida colombiana se integran armoniosamente la religión católica y el sincero ímpetu democrático*», dice el presidente Santos en el momento de entregar el mando. Dios preside el progreso y la democracia. La frase repetida una y otra vez, invocada una y mil veces por los dignatarios y escritores del liberalismo, esa misma que Calibán profiere en la mitad del agitado debate religioso de 1942, «*la lucha religiosa pertenece a un pasado ya muerto y no se atrevería a revivirla nadie en Colombia*», es una realidad viviente. Sin duda alguna lejos quedó la época en que «*el ejército tenía pesebreras en los templos*». Más bien para el partido liberal de Colombia en aquellos años los conflictos religiosos son «*el único motivo de resistencia para que la república pueda ser gobernada de acuerdo con sus principios*».

Entonces, si el liberalismo no es pecado, si el enfrentamiento partidario no se funda en la oposición entre seguidores y adversarios de la iglesia, ¿en dónde se funda el inmovible gesto de la vida política de los años 40? ¿Será que éste reposa en la cuestión social?

CAPITULO III

LA POLITICA SOCIAL LABORAL

Más avanzados en materia social

Así como lo religioso se instituyó en el corazón de la crítica conservadora, la cuestión social fue el centro de la condena liberal. Las acusaciones a un partido conservador ajeno a las realidades sociales se repetían sin cesar en la prensa liberal: La «*represión*» y la «*indiferencia*» en materias sociales armaron el signo bajo el cual el liberalismo invocó la «*supresión de las conquistas sociales*» que sin falta traería la «*reacción*» conservadora. La colectividad azul devolvía el argumento afirmando ser la creadora de una avanzada política social que, en manos del liberalismo, había sido fracturada: «*El partido conservador, inspirado siempre en la doctrina cristiana... buscó con empeño el noble y pacífico entendimiento entre el capital y el trabajo... y adaptándose al derecho social del mundo moderno, dotó al país de una magnífica legislación social que venía aplicando racionalmente hasta el día en que entregó el poder al partido liberal*»⁵⁹.

Lo que pareciera ser una expresión más del gesto del enfrentamiento o una estrategia de la oposición para la profundización de la conmoción que sacudía la segunda administración López, llegó a convertirse en las elecciones presidenciales de 1946 en un franco emblema de la campaña conservadora. En efecto, la plataforma política de la candidatura de Mariano Ospina Pérez decía en su quinto postulado: «*La legislación [conservadora] fue génesis de nuestro derecho social y sobre esa base los gobiernos posteriores ensayaron sistemas que sustituyeron nuestras banderas cristianas por una tormentosa propaganda revolucionaria*». Allí asoma la reiterativa denuncia del arrasamiento de la catolicidad. Empero, el título que preside en *El Siglo* el programa del candidato devela el espíritu que embarga al conservatismo durante el debate electoral: «*El interés colectivo debe dar solución al problema social*». Es claro un giro, el encabezado halla en la política social su definición⁶⁰.

Por esos días Laureano Gómez levantó sus trincheras de ataque recalcitrante hasta el punto en que *El Tiempo* saludaba la posición conciliadora del conductor conservador⁶¹. *El Siglo*, por su parte, ofrecía la imagen pública de un partido entregado a la política social⁶². Los titulares de aquellos días aclaman el nuevo rostro del partido en cada escala que cumple Ospina en la gira

⁵⁹ "Un partido jurídico", S: marzo 14 de 1944.

⁶⁰ "El interés colectivo debe dar solución al problema social", S: marzo 24 de 1946.

⁶¹ Esporádicos artículos liberales reconociendo la nueva actitud de Gómez se encuentran a comienzos de 1946, después de la caída de López y antes del lanzamiento de la candidatura de Ospina. Por ejemplo "Danza de las horas", T: marzo 8 de 1946.

⁶² Entre Mariano Ospina y Laureano Gómez había diferencias doctrinarias. Mas en esta campaña *El Siglo* se volcó a construir la imagen social del candidato y el partido. En términos de nuestro trabajo esa imagen es decisiva en la configuración del discurso público del conservatismo.

proselitista: «*Homenaje del obrerismo colombiano al doctor Ospina Pérez se efectúa esta tarde*»; «*Candidato de los transportadores y líder de los pequeños industriales llaman a Ospina*», entre muchos otros⁶³.

La euforia laborista se apodera del diario laureanista. Bajo el título de «*socialismo cristiano o socialismo ruso*» aparece un artículo que conduce las seculares tesis por caminos impensables para el conservatismo convencional: «*Estamos frente a la más grande de las revoluciones... La cuestión social y la realidad económica [se han vuelto el problema político central]*». Esa prodigiosa revolución que conmueve la nación ha pasado, al decir del escritor, por una transformación de la psicología política: «*Ya no suscitan el mismo entusiasmo las banderas de Peralonso... La psicología de nuestro pueblo se está transformando... Hoy pide el pueblo que se hable de salario... de la labor agrícola*». Luego, tras el paso por los temas en ese entonces en debate, llega a la conclusión reveladora: «*¿El mundo va hacia el socialismo?... Distingamos: hay uno ateo de Moscú y otro cristiano de Roma. Estamos con el último*»⁶⁴. La tesis de un socialismo cristiano no hizo carrera. No obstante, su circulación en la prensa conservadora muestra el tenor del espíritu que gobierna al conservatismo de 1946 respecto al problema de la legislación social⁶⁵.

El ímpetu social no se limitó a una estrategia proselitista. De modo distinto, desde el momento en que se declara la victoria del partido católico Ospina acoge el programa social, junto con la propuesta de unión nacional, como banderas emblemáticas de su mandato. Así lo puso en marcha. En marzo de 1947 el presidente se refiere, ante una violencia que comienza a expandirse como mancha de aceite, a la gestión de su gobierno en materia social: «*Sin demagogia... el gobierno ha abocado la solución de los conflictos de trabajo que, en los meses de la presente administración alcanzan a la cifra de 376, encontrándole solución equitativa y acertada en todos los casos*»⁶⁶. La sentencia aparece como fragmento concluyente de un pormenorizado listado de las leyes sociales decretadas durante el corto lapso de tiempo que lleva en el poder. El listado delinea un amplio espectro que va de la ley 26, mediante la cual se reorganiza la jurisdicción de la oficina del trabajo, hasta la 43, por la cual se aumentan los sueldos de la banda de la policía, contabilizando la nada despreciable suma de 15 resoluciones. Mas lo indicativo de la alocución presidencial reside en la invocación social a propósito de una violencia que da muestras de expandirse. El nexo entre política social y paz, que el liberalismo asume como médula de sus ataques al conservatismo –según vimos en el capítulo 1–, adquiere vigencia en el discurso conservador.

El texto del presidente revela otras realidades. El dato de 376 conflictos de trabajo resueltos en el apretado lapso de siete meses habla del espíritu social que ronda al nuevo gobierno. Poco importa la exactitud del dato numérico, lo

⁶³ S: abril 26 y 30 de 1946.

⁶⁴ S: abril 2 de 1946.

⁶⁵ El conservatismo adoptó nuevos rumbos en la medida en que se centró en la política social. Sin embargo no abandona el gesto del enfrentamiento. No sólo porque amarra la política social a sus críticas al liberalismo, sino porque lanza el ataque contra el candidato liberal por su condición libanesa. El editorial de «*Porque la sangre es espíritu*» es claro al respecto.

⁶⁶ «Una verdadera ola de terror desata el liberalismo en Boyacá», S: marzo 4 de 1947.

significativo reside en que el gobierno se instituye en mediador de los conflictos laborales. «*Nueva fórmula del gobierno en el problema de las petroleras*»; «*Batiendo récord... el señor ministro de gobierno... logró solucionar... el pliego de peticiones de los empleados y obreros del municipio de Bogotá*», repiten ante uno y otro conflicto las páginas del diario conservador. Así como se volvió consuetudinario durante las administraciones liberales la salomónica intervención presidencial para la solución de las huelgas conflictivas, la mediación de Ospina se volvió el rasgo característico de la administración conservadora. «*Una vez más el centro de la actividad tendiente a buscar un acercamiento entre las partes ha pasado a Palacio. Directamente, en manos del presidente Ospina está el problema*», anuncia con gran titular la solución de un nuevo conflicto en Barranca: «*Ospina Pérez soluciona nuevamente el caso petrolero*»; «*El presidente interviene para resolver el problema petrolero*»⁶⁷.

El rostro social del conservatismo se perfila de manera final con los decretos que expide el presidente Ospina en julio de 1948, una vez pasado el 9 de abril. La implantación del seguro social obligatorio y la declaración de la participación de los obreros en las utilidades de las empresas⁶⁸, a no dudarlo, llevaron lejos el proyecto social del gobierno. Frente a dichas iniciativas el júbilo de la colectividad azul se desborda, a su parecer ellas inauguran una nueva era en la política social colombiana: «*El presidente ha dado a la solución de los problemas sociales un nuevo rumbo... Las trascendentales reformas... no deben considerarse como un desarrollo de los sistemas existentes, sino como la iniciación de una política moderna que tiende a superar y a eliminar los sistemas caducos que se habían impuesto en nuestro país como consecuencia del falso principio de la lucha de clases*»⁶⁹.

A finales del año 48 el partido de gobierno, orgulloso, hace el balance de su gestión social: «*Que el conservatismo en ninguna ocasión es enemigo de las clases trabajadoras, lo están probando hasta la saciedad las soluciones a todos los problemas laborales que se han presentado últimamente*». Días antes, frente a las iniciativas presidenciales, la consigna cobra todo su ímpetu: «*Nosotros somos más avanzados en materia social que los liberales*»⁷⁰. El conservatismo, sin duda, acogió en su ideario y su práctica de gobierno una política social. No obstante, ¿tal rostro laborista tiene el mismo significado político de la Revolución en Marcha? ¿Detrás de los llamados al obrerismo y los trabajadores existía el propósito de estimular un pacto social sobre la base de la participación política de los sectores populares?

Para la Revolución en Marcha la adopción de una política de cara a los conflictos del trabajo significó una invitación a la participación del pueblo a título de actor principal. En efecto, durante el primer gobierno de López el universo político nacional sufre un conjunto de transformaciones decisivas: la

⁶⁷ S: octubre 30 de 1946; marzo 1 de 1947; febrero 1 de 1948; mayo 22 de 1947; enero 9 de 1948.

⁶⁸ La participación de los obreros en las utilidades de las empresas fue una propuesta que circulaba de tiempo atrás. Carlos Lleras la propuso en 1931 y Alfonso López la trató de instaurar en 1937. Daniel Pécaut (1987, p. 209 y 245). Pero la iniciativa de hacerla realidad muestra la audacia laborista del conservatismo.

⁶⁹ S: julio 22 de 1948.

⁷⁰ «Sentido de una política», S: diciembre 4 de 1948; S: octubre 17 de 1948.

construcción de lo social se transforma sobre la existencia de nuevos actores dotados de legitimidad política; el estado se transforma hacia un poder con capacidad de interlocución; el conflicto social se reconoce inscrito en la relación misma entre el capital y el trabajo. La ampliación democrática, los derechos ciudadanos, el conflicto de clases, la organización laboral, el Estado regulador y mediador constituyen, todos, los emblemas del nuevo desciframiento⁷¹.

De manera distinta la tendencia social del conservatismo se inscribe en otra línea política; la administración conservadora tiene como rasgo distintivo la desmovilización del sindicalismo independiente. A partir de 1945, cuando se produce la abdicación de López, el movimiento obrero se ve abocado a emprender el proceso de construcción de su autonomía política. Los brotes huelguísticos y las protestas por el costo de la vida se escuchan de forma frecuente llegando a períodos de tensión extrema: «*La difícil situación económica que atraviesa el país... está determinando un clima de intranquilidad y desasosiego*». El rumor de la protesta social se agiganta: «*En las últimas semanas se ha venido observando un creciente aumento en la presentación de pliegos de peticiones*», dice el ministro de trabajo a finales de 1946⁷². Para el año siguiente la presencia política de los trabajadores adquiere mayor fuerza propalando noticias de paros y huelgas aquí y allá: «*Infortunadamente cruza el país un desconcertante viento de locura*», dicen los liberales en abril. La protesta no detiene su ascenso hasta su remate en el paro general convocado por la CTC para mayo del 47⁷³.

El proyecto de la central obrera se asume para ese momento como paralización general de las actividades nacionales, a diferencia de paros temporales anteriores. La respuesta no se hace esperar, rápidamente viene la cadena de represalias que abate la organización de los trabajadores. «*Disuelta la CTC por sentencia judicial*», afirma el 22 de mayo *El Siglo*. De inmediato se levantó una airada protesta que terminó en que «*el Consejo de Estado revocó la suspensión de la CTC*» cinco días después. Un mes después *El Tiempo* protesta por la disposición del director de la policía «*por la cual se establece una sección especial del detectivismo para vigilar a los sindicatos y controlar las actividades políticas*». La iniciativa policial tampoco prosperó y hasta el gobierno se pronunció de manera categórica en su contra. No obstante los golpes al sindicalismo adquieren cuerpo en días venideros: «*Imponen normas especiales para dirigentes sindicales*», dice *El Tiempo*; «*Sólo el trabajador de base puede dirigir un sindicato. La intervención en estas actividades sufre limitaciones*». Primero -rezaba la disposición-, el elegido debe ser trabajador de la empresa en el momento de la elección; y segundo debe haber ejercido durante los seis meses del año anterior la actividad, profesión u oficio característico del sindicato. Dos días después aparece una nueva noticia.

⁷¹ Daniel Pécaut (1987, capítulo II). Mauricio Archila (1991, capítulo 6).

⁷² T: octubre 4 de 1946.

⁷³ De agosto de 1946 a finales de 1947 Daniel Pécaut (1987, p. 443-445) reporta 600 conflictos colectivos ligados no sólo a la movilización obrera sino a una creciente irrupción de las masas urbanas. El dato debe ser manejado con prudencia pues la huelga del 13 de mayo del 47 hiere de muerte al movimiento sindical. Entre mediados de 1946 y mayo del 47 hay un fuerte repunte reivindicativo; mas desde mayo del 47 hasta abril del 48 hay sólo una huelga de importancia, la de la Tropical Oil. Rocío Londoño (1989, p. 273) señala la presencia de 500 conflictos colectivos en 1946.

«Limitadas las funciones de las federaciones sindicales. Sus intervenciones serán especiales»⁷⁴. Y para completar el cuadro de desmonte del sindicalismo independiente, la represión contra los fortines gaitanistas después del 9 de abril sirvió de sombrilla a la expedición de todo tipo de normas en contra del movimiento sindical⁷⁵.

¿Quiere decir entonces que aquí, en el significado político de la cuestión laboral, se encuentra el fundamento del gesto del enfrentamiento? ¿A pesar del énfasis en la política laboral había en el partido azul, soterrado, el afán por destruir la organización sindical?

Si bien los proyectos de reforma social del liberalismo de los años 30 tejieron nuevos escenarios el sistema político nunca perdió su carácter elitista. Con el nombre de “la república elitista y popular” describe Daniel Pécaut la tensión entre transformación y permanencia. Para las elites –no así para el movimiento laboral que alimentó su esperanza hasta la caída de López–, el pacto social bien pronto se erosionó. Desde la pausa a las reformas decretada por el mismo López en 1936 hasta la estrategia de «la disciplina social» del gobierno de Eduardo Santos, testifican la fractura del pacto con los trabajadores organizados. Es el alma de las reformas en persona quien liquida el proyecto de un nuevo perfil político para el Estado y el pueblo; así es, en la segunda administración López mantuvo una política de institucionalización del movimiento sindical, expresada en un apoyo a su crecimiento, pero abandonó la línea de las reformas. Los contemporáneos tenían entera claridad sobre los nuevos vientos que animaron la gestión lopista de los años 40: «*Seguimos siendo lopistas. En realidad el doctor López dejó de ser lopista. Entre el primero y el segundo López hay una abismal diferencia*»⁷⁶. Tras la vacilante y abortada presidencia de López, los conflictos de un sindicalismo obligado a definir su identidad política quedan resumidos en la huelga de la Federación Nacional de Navieros. Su desenlace ha sido señalado como el símbolo de la ruptura de un Estado que busca fundar su legitimidad sobre la apelación a los trabajadores⁷⁷.

El llamado al pueblo no cesa, entonces, con la administración conservadora que arranca en 1946. La renuencia de las elites y el Estado a propiciar la autonomía política de los sectores populares inició, por el contrario, con los gobiernos liberales. López sepultó en su segunda presidencia el proyecto popular esbozado años antes; la presidencia de Alberto Lleras dio comienzo a la neutralización política del movimiento obrero; Ospina la profundizó. En el curso de este trayecto el conservatismo acogió una política social vaciada del concurso protagónico del movimiento laborista. Entre la propuesta de la participación de los obreros en las utilidades de las empresas y la aniquilación de la autonomía de la organización obrera, se despliega la tensión creada entre

⁷⁴ “La policía política”, T: julio 2 de 1947; T: marzo 18 y 20 de 1948.

⁷⁵ Las reuniones sindicales sólo pueden realizarse bajo la supervisión de los militares primero y del ministerio del trabajo después; a mediados del 48 un decreto echa por tierra la inmunidad del fuero sindical y el recurso a la huelga es prohibido mientras esté vigente el estado de sitio; dirigentes sindicales son licenciados o detenidos y directivas sindicales son destruidas. Hasta diciembre de 1948 se reporta una sola huelga y en el primer semestre de 1949, ya sin el estado de excepción, otra. Daniel Pécaut (1987, p. 502-503).

⁷⁶ “En 1942 se enseñó al liberalismo a detestar las coaliciones”, T: febrero 5 de 1946.

⁷⁷ Mauricio Archila (1991, p. 365).

un Estado interesado en mantener el rostro social y un Estado decidido a aniquilar la expresión popular organizada de la sociedad civil. La tensión, no obstante, no encierra ninguna paradoja. La regulación de las relaciones laborales había adquirido, para la década del 40, el estatuto de acción obligada por parte del Estado. Frente a la irrupción política de los trabajadores y a la vasta movilización en torno a Jorge Eliécer Gaitán, la legislación social se erige en bandera que el estado tiene que acoger como norma rectora de su accionar público; pero ello se realiza en medio del desmonte de la presencia política de los trabajadores organizados.

A la decapitación obrera concurren, al unísono, los escritores de los órganos periodísticos de ambos partidos. Los discursos condenatorios de todo acto de protesta y de expresión política de los trabajadores son la nota predominante. Bien mediante la denuncia de una «*oligarquía obrera*» que perjudica con sus desmedidas prerrogativas a la gran mayoría desprotegida de los trabajadores: «*En tiempos pasados, cuando de economías fiscales se trataba, se echaban a temblar porteros y maestros de escuela. Ahora, están protegidos por toda clase de sindicatos... Hoy tiemblan los diplomáticos*». Bien con el señalamiento, toda vez que emerge una protesta, de la existencia de «*agitadores profesionales*» que llevan por los caminos de la perdición y la locura a los trabajadores: «*Una vez más los agitadores indoctrinarios, para quienes la revuelta constituye lucrativa empresa de ganancias, sorprenden la buena fe de los trabajadores*». O bien con la consabida condena comunista: «*Dominio comunista hubo en el congreso de la CTC*».

Al cuadro dibujado resta, tan sólo, el golpe definitivo asestado mediante el paralelismo sindical impulsado por el conservatismo junto con sectores de la iglesia. «*La unidad sindical es un sistema de origen comunista... ¿Con qué derecho y a qué título pretenden los voceros socializantes del país constituir a la CTC en entidad de derecho público con privilegio exclusivo para representar todas las actividades sociales de los trabajadores de Colombia?*»⁷⁸. En 1949 cae derogada la prohibición del paralelismo sindical consagrada en la legislación laboral liberal de años antes. La UTC adquiere carta de ciudadanía arrastrando al sindicalismo en la tormenta que precede la marcha de la violencia y, a la vez, metiendo al sindicalismo en los sacos de una división partidista que termina de enterrar el proyecto esbozado en los años 30⁷⁹.

Frente a un paquete de medidas económicas que toma el gobierno conservador recién iniciada su gestión, Calibán, en su habitual columna «*Danza de las horas*», profiere la sentencia que acompañó la historia social de la década: «*El pueblo puede cambiar de gobierno en unas elecciones; pero no tiene nada que hacer con los actos del gobierno, ni a éste se le ocurre acudir a la plaza pública a pedir apoyo para sus proyectos futuros. Este sistema*

⁷⁸ "La CTC no tiene autoridad jurídica ni moral para representar a los obreros", S: diciembre 5 de 1947.

⁷⁹ La CTC celebra su X congreso en 1950 pero tiene que esperar ocho años para volver a realizar este tipo de eventos. Las huelgas desaparecieron y el 1 de Mayo se vuelve a celebrar públicamente hasta la constitución del Frente Nacional en 1958. La UTC, mientras tanto, salió fortalecida. Tuvo la hegemonía sobre la dirección de los trabajadores hasta los años 70. Entre 1946 y 1959 su número de afiliados pasó de 40 a 580, al tiempo que el de la CTC se redujo a 27 sindicatos. Rocío Londoño (1989, p. 280-282).

demagógico sólo está reservado a gobiernos débiles o faltos de razón»⁸⁰. Los dos partidos, de forma asombrosa, coinciden en la orientación que gobierna los procedimientos con el pueblo: «Apelar al pueblo es pura demagogia».

El conservatismo acogió la política social: «*Somos más avanzados en materia social que el liberalismo*» decían. Pero lo hizo bajo los parámetros de una intervención social construida por ambos partidos. Allí no hay fisuras. Para las dos colectividades la gestión social no apela al concurso político del pueblo, se circunscribe a la asistencia social y al estímulo de la producción nacional. La intervención del Estado en lo social laboral tampoco constituye el fundamento del gesto del enfrentamiento. ¿Será que reposa en los proyectos económicos?

⁸⁰ T: septiembre 24 de 1946.

CAPITULO IV

LAS MATERIAS ECONOMICAS

Adalides del progreso y la modernización

La cuestión económica ocupa un lugar central en el agenciamiento del gesto. No sólo como reiteración de las críticas liberales, sino también como resultado de realidades que imponían el tema. La crisis inflacionista⁸¹, el auge de la protesta popular y la movilización gaitanista imponen el tema de lo económico como nudo de la legitimidad política. La estabilidad económica se postula como condición de la paz interior. Los acuerdos parlamentarios que siguieron al 9 de abril versaron sobre dos temas, de un lado la expedición de la reforma electoral y del otro la creación de un acuerdo económico. La paz, la contención de las masas que dan muestras de desbordar la lucha reivindicativa, la recomposición del país tras el asesinato de Gaitán y la eliminación de la violencia pasan, en esta oportunidad, por la negociación económica entre los partidos. A finales de 1948 ambas colectividades coinciden en la aseveración, «*la reconstrucción de la nación se apoya ahora en el acuerdo económico*».

Diversos autores han dado cuenta del equívoco de las tesis que quisieron encontrar el combustible de la confrontación partidaria en la lucha entre distintos sectores de la producción⁸². El supuesto enfrentamiento entre comerciantes liberales y hacendados conservadores o entre industriales rojos y latifundistas azules carece de fundamento. Los intereses económicos de las élites, de uno y otro partido, reparten sus inversiones en las diversas actividades productivas. Así como militantes del partido liberal se ligaron a la explotación del agro, ya en la agricultura tradicional y la ganadería o ya en el cultivo del café, seguidores de la causa conservadora se vincularon a la industria. Del mismo modo los trabajadores se reparten de manera indistinta entre las banderas de los dos partidos. Las colectividades políticas tradicionales configuran un complejo cruce de clases sociales en sus filas.

El gesto del enfrentamiento, pues, no se asienta sobre la pugna entre intereses económicos antagónicos. Todo lo contrario, con mayor fuerza que en los asuntos religioso y social las tesis de los partidos políticos en materias económicas, cada vez que acceden al poder, encuentran formidable uniformidad y coincidencia. Convergen en cuáles habrán de ser los ejes de la actividad productiva; coinciden en los niveles y la naturaleza de la intervención económica del Estado; asignan idéntico papel a los poderes privados en la dirección de la economía. Veamos entonces cada uno de estos procesos.

⁸¹ Entre 1930 y 1938 el ingreso bruto por habitante creció 2% anual; entre 1939 y 1944 ascendió apenas el 1,2%. Asimismo, el producto *per cápita* se situaba en 1939 en US\$ 338, en 1945 llegó a US\$ 338 (de 1970). Jesús Antonio Bejarano (1989, p. 117).

⁸² Jorge Orlando Melo (1989), Fernán González (1989, p. 20).

1. Los ejes productivos

Las élites de ambas colectividades tuvieron siempre un consenso sobre el eje articulador de la vida económica nacional. Para mediados del siglo XIX estaba resuelto el dilema entre una economía basada en el desarrollo industrial versus una economía fundada en la producción de bienes agrícolas y mineros para la exportación. Se impuso el modelo agroexportador⁸³, consolidado desde finales de ese siglo con el cultivo de café.

Para los años 40 del siglo XX la producción cafetera continúa su expansión, con uno de sus picos más prodigiosos al final de la década. La orientación de la economía hacia el exterior sigue siendo centro de la vida económica. Sin embargo desde los albores del siglo la industria viene haciendo un importante repunte, diversas empresas industriales crecen en varias ciudades del país. En el período en que se centra nuestra reflexión, más allá de eventuales voces de protesta contra la protección excesiva, el desarrollo industrial no encuentra contradictores. Así pues los pivotes que gobiernan la vida económica del país desde inicios del siglo –consolidación de la hacienda; desarrollo de la pequeña y mediana producción cafetera; estímulo a la producción industrial–, constituyen la vía de desarrollo económico con la anuencia de los dos partidos.

Como sucedió con los proyectos modernizadores de la cultura y la política social, las reformas del agro de los años 30 se disolvieron en la década siguiente. La ley 200 de 1936, promulgada en el contexto de algo más de una década de luchas agrarias, estipulaba un conjunto de medidas encaminadas a la modernización del campo mediante mecanismos que permitieran resolver los conflictos y promovieran una evolución de sus estructuras. La esperada modernización agraria, al igual que otras reformas, fue aplazada. Mientras los campesinos se vieron sometidos a la expulsión de sus tierras y a la desmovilización de sus organizaciones, en 1944 se aprobó la ley que echó por tierra las posibilidades de solución de los conflictos del campo. La ley otorgaba mayores prerrogativas a los propietarios rurales y protegía sus viejas prebendas; prohibía los cultivos permanentes de los aparceros y los arrendatarios; restablecía el derecho de propiedad de los dueños sobre la tierra. La amenaza que pudo significar la norma constitucional de la utilidad social de la propiedad, era demolida con la ampliación del tiempo al uso productivo de las tierras incultas a cinco años⁸⁴.

Tras la promulgación de la ley de 1944 se esperaba que los propietarios hicieran el tránsito de la vieja hacienda al cultivo comercial. Las administraciones de los dos partidos encaminaron sus políticas agrarias al apoyo de dicho proceso. La segunda administración López, además de expedir la ley 100, desarrolló una política de crédito subsidiado que entre 1940 y 1945 se duplicó para la agricultura y se quintuplicó para la ganadería⁸⁵. Mientras tanto el gobierno de Mariano Ospina, ajeno a problema alguno de la reforma agraria, concentró sus esfuerzos en la tecnificación del agro mediante el efecto combinado de dos estrategias: la construcción de represas hidroeléctricas y

⁸³ José Antonio Ocampo (1984).

⁸⁴ Charles Bergquist (1988).

⁸⁵ Salomón Kalmanovitz (1986, p. 368).

distritos de riego; y el estímulo de la producción agrícola a través de un sistema proteccionista que obligaba a la industria doméstica a surtirse con las materias primas que producía la agricultura nacional. A la sombra de una alta inversión de capitales y del auge general de la posguerra, entre 1945 y 1949 el agro experimenta un crecimiento del orden del 3% anual⁸⁶.

En ambas administraciones fue notable la ampliación de los cultivos de café. Ya ni tenía cabida la discusión en tomo a la importancia de la pequeña y mediana producción pues los hechos mostraban su implantación definitiva. Entre 1932 y 1955 hubo un aumento de 65.122 fincas cafeteras, de las cuales el 42% florecieron en Cundinamarca y Tolima –los departamentos donde tenía asiento la producción cafetera de la gran hacienda–, mientras el 58% restante florecía en sitios donde predominaba la pequeña y mediana producción. Apoyados en dicho ascenso los volúmenes de exportación experimentaron un ritmo creciente durante la década, con excepción de los comienzos de la segunda guerra mundial⁸⁷.

El estímulo al desarrollo industrial es igualmente claro en los dos gobiernos. La guerra provocó un segundo período de sustitución de importaciones que suscitó un crecimiento industrial del 8% anual entre los años de 1940 y 1945. El auge industrial, de igual modo, se produce durante la administración Ospina. Mientras en 1945 se inicia un proceso de industrialización con creciente participación del capital extranjero, el gobierno expide medidas tendientes a proteger la industria doméstica y promueve la creación de empresas como la siderúrgica de Paz de Río, Ecopetrol y cooperativas estatales. En 1930 la contribución de la agricultura al producto interno bruto fue del 71.3% mientras en 1945 descendió al 47%; al tiempo, la industria pasó en esos mismos años de una contribución del 8.4% a una del 13.4%⁸⁸.

Los centros neurálgicos de la economía nacional convocan, sin fisura, a las dos colectividades. La hacienda, el café y la industria constituyen su preocupación. La coincidencia es además histórica pues no sólo se produce en la década del 40 sino se extiende al conjunto de la actividad productiva nacional. La repetida serie económica desde donde el liberalismo critica a su adversario, según la cual la colectividad roja sacó a Colombia de su condición de «*país atrasado, colonial y molondro a una era de progreso económico sin precedentes*», no tiene asidero en la investigación económica. En palabras de Bernardo Tovar, “pese a [los descalabros por los que pasó la hegemonía conservadora] era evidente que, con la excepción de la producción agrícola de mercado interno, todos los demás renglones de la economía nacional vivieron un período de desarrollo verdaderamente notable”⁸⁹.

⁸⁶ Kalmanovitz (1986, p. 363). Bejarano (1989, p. 158) plantea un crecimiento agrícola del 17.8% entre 1945 y 1953.

⁸⁷ Charles Bergquist (1988, p. 356).

⁸⁸ Bejarano (1989, p. 118).

⁸⁹ Tovar (1984, p. 207).

2. La intervención estatal

La intervención económica del Estado está a la orden del día. La política social laboral, el apoyo a la industria y la protección al desarrollo del agro lo muestran. La coyuntura de la guerra mundial fuerza una más decidida acción estatal si se le compara con los años 30. En una coyuntura de reducción de las importaciones la administración López impone la emisión de bonos de deuda pública, medidas tributarias como el aumento de las liquidaciones de los impuestos sobre la renta y complementarios, la reglamentación de la bolsa de valores, el control de cambios, la regulación de precios.

Pasada la conflagración mundial y con el conservatismo en el poder el intervencionismo en las gestiones económicas no se detiene. La administración de Ospina hace de la acción estatal una piedra de toque de su gestión tal como lo afirma en su discurso de posesión: *«El Estado contemporáneo es fundamentalmente intervencionista. Entre nosotros se ha cerrado la etapa de la discusión teórica, y nuestra constitución establece claramente la injerencia del Estado para regular muchas relaciones que antes se consideraban del dominio propio de la iniciativa privada... Vivimos en un mundo en que el Estado, obedeciendo a fuerzas sociales de irresistible impulso, ha tenido que ampliar la esfera de sus dominios, muy principalmente en el campo económico»*⁹⁰. Con el ánimo de manejar la acumulación de divisas producida con la guerra el gobierno desarrolló un sistema proteccionista de la industria nacional mediante medidas como los cupos de importaciones, los tipos de cambio diferencial para favorecer las importaciones de bienes de capital y el arancel aduanero proteccionista de 1949. Una acción estatal igualmente visible en el estímulo a la agricultura, el aporte a las obras de infraestructura y la creación de empresas. La intervención estatal en materia económica es una práctica que no admite interrogantes, desplegada en un espectro que va de la constitución de grandes empresas económicas hasta el desarrollo de medidas en defensa del consumidor⁹¹.

La activa participación del Estado se proclama norma constitucional durante la república liberal. No obstante la intervención estatal tiene sus claros antecedentes en las administraciones conservadoras anteriores a 1930. De nuevo en los términos de Bernardo Tovar, “la intervención estatal es una tendencia que comienza a afirmarse en la transición de la organización federal a la organización centralista del Estado... Paulatinamente se va acentuando y fortaleciendo [a través de] una etapa relativamente larga de nuestra historia moderna”⁹².

⁹⁰ "Discurso del presidente Ospina Pérez", T: agosto 8 de 1946.

⁹¹ En reiteradas ocasiones la prensa reporta las medidas de control de precios y de defensa del consumidor: *«La tranquilidad pública, la propia paz política, la normalidad social... todo tiene su raíz inmediata en el costo de las subsistencias»*, T: agosto 16 de 1946. Pécaut (1987) señala que sobre el discurso en torno al consumidor se teje el nuevo pacto social alrededor del Estado (p. 183, 189 y 195).

⁹² Tovar (1984, p. 9).

3. Los poderes privados

La profesión de fe hacia la intervención estatal y su aumento durante la década de los 40 no significa, en ningún caso, la presencia de una autonomía estatal. De manera distinta, en Colombia la capacidad de determinación del Estado frente a los poderes privados de la sociedad civil se caracteriza por su precariedad. Las élites económicas de ambos partidos imponen un modelo liberal de desarrollo que le confiere al Estado el papel de convidado de segunda mano en la determinación de las políticas económicas⁹³.

Los años 40 no son la excepción. Todo lo opuesto un rasgo primordial del momento es preciso la constitución de los gremios que ratifican, definitivamente, el modelo liberal de desarrollo. Desde mediados de la década se comienzan a oír voces de protesta ante la intervención estatal: «*El Estado debe participar activamente en el desarrollo de la industria colombiana, pero sin aspirar a ser propietario de industrias... El esfuerzo de cooperación estatal debe orientarse a la electrificación del país y al suministro de elementos para la agricultura*», dice *El Tiempo* en plena campaña electoral. El activo papel que tuvo que asumir el estado durante la guerra debía ser revisado una vez establecida la paz; así lo reflexionaban los liberales cuando se avecinaba el ascenso del conservatismo en 1946: «*La propia cancelación de la guerra, que había determinado las medidas intervencionistas, impone una revisión de ellas a fin de establecer si conviene mantenerlas, o si es más útil para el propio interés colectivo eliminarlas*»⁹⁴. Al intervencionismo se achacan, entonces, los reveses de la vida productiva. Si la economía «*no da todo el rendimiento que pudiera es por las trabas de todo género que se le han impuesto*», exclama Calibán en agosto del 47. Mejor proclamación del modelo liberal de desarrollo no puede hacerse.

Los industriales y los comerciantes, organizados en 1944 y 1945 en la Andi y Fenalco, adoptan la línea estratégica inaugurada años antes por la Federación Nacional de Cafeteros. Un ejemplo seguido después por otros sectores de la producción. La emergencia de los gremios de la producción provee de estatuto político al modelo liberal de desarrollo. En los términos de Daniel Pécaut: “Los gremios colombianos ofrecen el ejemplo de un ‘corporativismo liberal’, el cual no es más que la articulación institucional de un modelo liberal de desarrollo con la inevitable regulación estatal”⁹⁵.

La cuestión económica, en consecuencia, no funda la escisión partidaria que coloniza día a día la prensa. Los propietarios rurales han sido premiados con una reforma agraria que protege sus intereses y con un conjunto de medidas que apoyan la tecnificación de su producción. La economía del café, en expansión sobre la mediana y pequeña propiedad, no cuestiona el poder que

⁹³ El progresivo afianzamiento del modelo liberal de desarrollo se erige en piedra angular de la analítica de Pécaut (1987). En las páginas 161, 292 y 508 se aprecia la evolución y consolidación del tema.

⁹⁴ Marzo 6 y junio 16 de 1946.

⁹⁵ Pécaut (1987, p. 295). Según el autor el acto inaugural que otorga el poder a los intereses privados se ubica en la disputa por la limitación de las cuotas del café en 1937. La Federación impuso su punto de vista por encima del propuesto por el gobierno.

los comerciantes ejercen sobre el excedente producido por el grano. La expansión industrial es tarea ineludible. Y junto a una lánguida intervención estatal, coreada como principio de acción, se consolida el modelo liberal de desarrollo: la organización gremial de propietarios, industriales y comerciantes lo patentiza.

Auge económico y organización política de las élites constituyen los distintivos del panorama económico de los años 40. Los dirigentes de ambas colectividades políticas han confluido, desde la fundación de los partidos en el siglo XIX, en el proyecto económico y en las acciones estatales pertinentes. Las dos agrupaciones se auto comprenden como «*adalides a ultranza del progreso y la modernización capitalistas*». ¿En dónde descansa entonces el gesto del enfrentamiento?

CAPITULO V

EL GESTO Y LA PERTENENCIA PRIMORDIAL

Mientras más nos parecemos...

«*Mientras más nos parecemos más nos aborrecemos*». El adagio pareciera aplicarse a la situación de los partidos políticos de la Colombia de mediados de siglo. El tema religioso, la política social laboral y los proyectos económicos coinciden punto por punto, práctica por práctica; las anteriores páginas revelan la evidencia de esta mimesis sin par. No obstante, mientras se cuece esta coincidencia política, mientras las estrategias estatales y las plataformas de los partidos resultan idénticas, a medida que avanza la década la violencia coloniza regiones y localidades en su engranaje siniestro.

El gesto del enfrentamiento se profundiza, lo hace con el concurso orgánico de la colectividad liberal. Cuando le corresponde el papel de la oposición tras la derrota en 1946 hace uso de las mismas fórmulas que empleara la acre oposición conservadora contra la segunda administración López: denuncian el fraude electoral en todos los procesos electorarios; la violencia se vuelve noticia de primera mano; su explicación de los hechos de sangre sigue un único y cerrado argumento acusatorio del partido azul y del gobierno; aprovechan toda división conservadora como noticia de primera plana; atacan sin ningún resultado al gobierno por negocios dolosos. Toda la actividad del gobierno conservador es puesta en tela de juicio bajo el lenguaje de ataque sin cuartel: «*Las masas [tienen la certidumbre] de que las camarillas conservadoras son incapaces de gobernar al país, de que sus magnates y oligarcas son despiadados y mezquinos, de que sus políticos sólo se guían por la ambición y el interés sectario, de que sus estadistas son incapaces... El pueblo no quiere que gobierne la ‘camarilla de sangre y fuego’*». El liberalismo también sataniza a su contradictor: «*De triunfar... la soberbia satánica [de Gómez quedaría la iglesia] mortalmente herida*»⁹⁶.

Las disidencias, sean de este partido o del otro, no se salen de la sujeción simbólica prescrita por el gesto. Ninguna facción política logró romper el cerco, ni las ocasionales que aspiraron a formar tolda aparte ni las que ansiaron constituirse en fuerzas suprapartidistas⁹⁷. Es cierto que en *El Tiempo* resulta más fácil encontrar editoriales y artículos encaminados al tratamiento de diversos temas; es verdad que el liberalismo no tiene la misma intensidad y persistencia en sus ataques. Empero, ese dato poco importa frente a la

⁹⁶ "Discurso de Darío Samper", T: febrero 8 de 1949; "Danza de las horas", T: julio 11 de 1942.

⁹⁷ Nuestra búsqueda de un escrito que rompiera esta lógica fue incansable. Indalecio Liévano Aguirre publica el 1º de septiembre de 1947 un escrito que en un principio parece salirse de la lógica del enfrentamiento; con todo, al final del texto es víctima de la gramática imperante. El gaitanismo es el único que propone nuevas fórmulas que no logran sin embargo romper las matrices vigentes, tal como veremos en la Quinta Parte.

hegemonía de un gesto que tiraniza la vida política integrando al partido liberal tanto como al conservador en la lógica de la lucha diaria.

Cada colectividad, en su momento, fundó un nuevo desciframiento de lo social. La Regeneración conservadora lo hizo en 1886 sobre la estrategia de la intervención de la iglesia; el liberalismo lo hizo a partir de 1930 sobre el protagonismo de los trabajadores organizados. En su momento cada partido instauró una renovada manera de institución del vínculo social. Contrariando la idea según la cual la intervención social del Estado se reduce a las políticas laborales⁹⁸, el conservatismo reorientó la configuración de los actores sociales y los escenarios políticos mediante el papel asignado a la institución clerical⁹⁹. En su correspondiente momento cada partido suscitó su propio desciframiento. Sobre él es posible identificar un partido liberal abanderado de las reformas populares y un conservatismo empeñado en la preservación de los valores tradicionales. Pero tan equivocada es la imagen de un partido liberal demócrata a ultranza, como la de una parcialidad conservadora que no conoce sino represión y oscurantismo.

Para la década de los años 40 la referencia a estos órdenes dispares -el de 1886 y el de 1930-, ha perdido su eficacia. Ni los conservadores vuelven a intentar fundar la regulación de lo social sobre la intervención clerical; el papel de la iglesia en el desarrollo de la Violencia difiere de su función social durante la Regeneración. Ni el liberalismo se mantiene en línea de continuidad con el protagonismo político de los obreros sindicalizados; el apoyo del sindicalismo a la figura de López no suprime el desmonte de la política reformista. En la década de los 40 ya no existe ni el partido liberal reformador ni el partido conservador clerical, tal como podría deducirse de la fogosidad y permanencia de los ataques. ¡Ni reacción ni izquierdismo! Con todo la rebatiña se mantiene idéntica hasta su desenlace en la sangre. ¿En dónde se funda la fuerza de esta permanencia?

Nuestra hipótesis propone que el gesto del enfrentamiento reposa sobre la configuración de una cultura política que atraviesa la constitución del tejido social. La confrontación y su remate en la eliminación del oponente no hay que buscarlas en las plataformas doctrinarias o las gestiones gubernamentales. Ellas se asientan, más bien, en la cultura política vigente en la década y en la particular armadura de los tejidos sociales en referencia a dicha cultura. La permanencia terca del ataque visceral al adversario, haciendo caso omiso de las prácticas de los partidos, halla su explicación en la pertenencia primordial que inscribía a todos y cada uno de los colombianos a una u otra de las colectividades. Las fuerzas políticas de todos los tiempos mienten y mantienen sus críticas ciegas contra los adversarios. No obstante una cosa bien distinta está en juego cuando, como en el caso de la Colombia de mediados de siglo, el

⁹⁸ La reducción de la intervención social del Estado a la política laboral se ve en los discursos de la época: la política social se reduce a la política laboral y la intervención social a la intervención en los conflictos laborales.

⁹⁹ De tal modo el nuevo signo del Estado en los años 30 no es la adopción de la intervención social -tal como propone Pécaut (1987, p. 21)-, sino la creación de una nueva forma de intervención en lo social.

enfrentamiento desemboca en el ejercicio de la violencia. Tal resultado trágico demanda que dicha cultura política atraviese y ordene los intercambios efectivos en los tejidos sociales: sus discursos significan las mediaciones culturales encargadas de la socialización de los individuos y sus códigos imaginarios ordenan las formas de construcción y reproducción del poder.

El vínculo entre cultura política y relaciones sociales, cuya bisagra es la pertenencia primordial, permitirá pensar el gesto del enfrentamiento y su desenlace. No es gratuito que los partidos tradicionales hicieran de su intervención en lo social la piedra de toque de su gestión política. Las agrupaciones partidarias no definían sus prácticas a partir de una intervención fundante en las relaciones de producción; tampoco la concebían como el estímulo a la configuración de actores políticos independientes de sus mallas de dominio. De forma distinta, comprendían su acción como una operación que ejecutaba el partido de manera directa sobre lo social, una vez que ascendía al poder: los unos mediante la acción purificadora de la religión y la iglesia; los otros a través de la acción salvífica de un Estado que dialoga con el pueblo y sus necesidades. El gran agente del dominio sobre lo social es el partido político; no es el Estado, que no posee identidad distinta a la que le confiere la agrupación partidaria en el poder.

La construcción simbólica que acompañó esta pretensión de regir lo social constituirá nuestro objeto de trabajo. La historia, y las respectivas experiencias de cada partido en 1886 y en 1930, se sedimentaron simbólicamente permitiendo que los partidos continuaran agitando sus discursos críticos del Otro en medio de una prodigiosa mimesis partidaria. La cultura política, cercenada de referente empírico, ajena a las nuevas realidades sociales y a las palmarias transformaciones del país, se mantiene vigorosa e intocada: sobre esta inadecuación entre símbolo y realidad social se desliza la violencia.

Las élites políticas de mediados de siglo son objeto del discurso político, esto es habitan sus lugares de producción de sentido. El actor político de la Colombia de mediados de siglo no es aquel agente capaz de manipular la violencia y el acuerdo partidista según el dictado de sus intereses. El escenario político pareciera estar envuelto, víctima de su propio desvarío, en la frase que lanzara Calibán días antes de que cayera muerto Jorge Eliécer Gaitán: «*La propaganda [política de la prensa]... le ha quitado a las palabras su viejo sentido*». La sentencia, así desnuda, convoca con precisión el sentido que ha terminado por cobrar el enfrentamiento partidario. Los epítetos y los dicterios van y vienen; las misivas destructoras, por supuesto, se arropan con toda suerte de argumentaciones magníficas y de silogismos demoledores. Pero en este incesante ir y venir, en esta envolvente pero evanescente espiral, toda referencia política termina por diluir su eficacia discursiva en la pertenencia primordial. «*Mientras más nos parecemos más nos aborrecemos*». La cultura política y sus agencias en el tejido social se imponen. ¿Cuál es pues esa cultura política? ¿Cuáles sus lugares de producción de sentido? ¿Cómo se configura simbólicamente la pertenencia primordial?¹⁰⁰.

¹⁰⁰ Del contenido de la cultura política nos ocuparemos en la Segunda, Tercera y Cuarta Partes. De los vínculos entre cultura política y relaciones sociales en la Quinta Parte.

SEGUNDA PARTE

LO IMAGINARIO RELIGIOSO

Dos espíritus antagónicos

En los años de nuestro estudio la cultura nacional está marcada por la visión religiosa, una visión dotada de la capacidad de tornar precarias las diversas tentativas de secularización y modernización, se dijo páginas atrás. Tanto el confesionalismo liberal –según se desprende de las ejecutorias de gobierno-, como la inexistencia de una fuerza pública de naturaleza anticlerical, dejan sin fundamento la pretensión de establecer la frontera divisoria entre los partidos sobre la disputa religiosa. Sin embargo, pese a la existencia de una cultura permeada por la racionalidad religiosa la iglesia cumplió un papel capital en la vida política, en la incubación de la crisis y el avance de la Violencia. ¿Cómo olvidar las enardecidas peroratas lanzadas desde el púlpito contra el partido liberal? ¿Cómo disminuir la importancia de las excomuniones en la exacerbación del conflicto, impuestas cada tanto a los liberales por los obispos? La cultura es religiosa pero en un contexto donde la iglesia condena y proscribe la mitad de la población; en el corazón de esta paradoja anida el fermento de la violencia. Ante la fragmentación partidaria se es miembro de un partido antes que creyente religioso. Si se nos permite la expresión la política es anterior a la catolicidad: ante el conflicto la fe está determinada por la pertenencia al partido al margen de la práctica religiosa en la vida privada.

Tal cual, cuando estalla la confrontación nada vale: el liberal es ateo, el conservador creyente devoto. No obstante el horizonte religioso de la cultura sigue siendo el mismo, hasta el punto en que informa la vida política incluso en su última expresión. Es más -es nuestro punto primordial-, la construcción simbólica de la agrupación partidista se funda sobre una gramática de naturaleza religiosa. Ello quiere decir que lo religioso se separa de lo católico. El nexo entre política y religión es el que explica el funcionamiento de los partidos, incluido el liberal; el nexo entre política y catolicismo da cuenta de la alianza inquebrantable entre el conservatismo y la iglesia. Vale decir, más allá del papel de la iglesia católica en la constelación de poderes la política es vivida y apropiada bajo los rigores de una perspectiva simbólica de naturaleza religiosa.

Mediante la separación entre religiosidad y catolicismo creemos evitar uno de los rasgos centrales de la visión liberalizante de la historiografía. Con la atribución del sectarismo y la intolerancia a las homilías de los curas el partido conservador termina siendo el responsable de la lumbre que prendió la violencia. Naturalmente la complicidad entre iglesia y partido azul hacen expedita la asociación¹⁰¹; no obstante, como ilustraremos, la colectividad liberal tenía una misma relación con lo religioso cuando del partido se trataba¹⁰². La

¹⁰¹ El libro de Javier Guerrero (1991, p. 196), a pesar de la mención de “un acto igualmente sacro y violento” cuando se refiere al papel del liberalismo en la violencia, termina preso de la visión liberalizante. Pese a que es el único trabajo que explora en forma sistemática la violencia de los años 30 –esa donde se desató la saña de la persecución liberal–, la “violencia simbólica” se circunscribe a la narración del papel de la Iglesia en la socialización de los boyacenses y la inflamación del conflicto.

¹⁰² Una cosa es el lugar de la iglesia entre los partidos, donde se alindera con el partido conservador; y otra distinta es el papel de lo religioso en la cultura, que incluye al liberalismo.

cultura política de los años 40 hunde sus significaciones en un horizonte imaginario de corte religioso. La perspectiva religiosa se constituye en matriz de configuración del mundo al modo de un “código icónico” fundamento de la inteligibilidad de lo real, implícito y no verbalizable, tal como lo sugiere Serge Gruzinski¹⁰³.

A la luz de lo que llama “la dimensión cultural del análisis religioso”, Clifford Geertz nos ofrece en un bello artículo una definición que retomaremos: “[La religión es] un sistema de símbolos que obra para establecer vigorosos, penetrantes y duraderos estados anímicos y motivaciones en los hombres, formulando concepciones de un orden general de existencia y revistiendo estas concepciones con una aureola de efectividad tal que los estados anímicos y motivaciones parezcan de un realismo único”. La religión, una dimensión de la cultura entendida como sistema de significaciones, produce una poderosa disposición a través de un conjunto de concepciones que hacen inteligible el mundo, aceptable el sufrimiento y solucionable la paradoja moral. Para ello, dichas concepciones se revisten de una autoridad capaz de deslizar la vivencia del rito a la vida cotidiana¹⁰⁴.

Dos énfasis atraviesan la noción del antropólogo americano. Por un lado la creación de disposiciones y la fuerza que adquieren éstas en la conducción de la existencia de los creyentes; son los “estados anímicos y motivaciones” dotados “de un realismo único”. Por otro la configuración de concepciones intelectuales, emocionales y morales capaces de proveer un *ethos* y una cosmovisión; son las “concepciones de un orden general de existencia” revestidas de “una aureola de efectividad”. En breve, el símbolo sagrado fusiona saber y juicio moral en fórmulas dotadas de la potestad de conducir la vida. Nos valdremos de los dos énfasis agregando uno más a propósito de nuestro tema de trabajo: el carácter mesiánico y reconstructor del mundo del que se reviste el espíritu religioso.

Sobre esta concepción –y con afanes analíticos– identificamos cinco rasgos a partir de los cuales se construye un capital simbólico de naturaleza religiosa: un saber desde donde se comprende la realidad; una ética que regla el deber ser del mundo; una afectación sentimental avasalladora; una visión mesiánica sobre la que cabalga una conciencia salvífica; y un espíritu eterno e inimitable. Nuestro propósito, entonces, pasa por dar cuenta de la manera como se articula dicho imaginario religioso en el discurso político. Se trata de desbrozar las páginas de la prensa a fin de identificar los sentidos bajo los cuales se instituye la fundamentación trascendente de lo político¹⁰⁵. Para ello seguiremos uno a uno los cinco rasgos que configuran una simbólica religiosa según se expuso hace un momento¹⁰⁶.

¹⁰³ Gruzinski (1991, p. 206).

¹⁰⁴ Clifford Geertz (1990, p. 88 y 89). Del mismo autor (1992).

¹⁰⁵ La reflexión de Max Weber (1985) sobre el papel de la ética protestante en la construcción del capitalismo nos dio muchas pistas.

¹⁰⁶ Cada rasgo se explora a través de un significante central -idea, moral, pasión, mesías y espíritu-, cada uno de los cuales desempeña un destacado lugar en los textos de la prensa de la época.

CAPITULO VI

LA IDEA

Fe en la auténtica doctrina

Fabio Lozano y Lozano, un ferviente liberal, decía en la campaña presidencial de 1942: «*El partido liberal colombiano es partido de ideas. Nació de un gran amor a las ideas. Por las ideas peleó en todos los campos. Sus triunfos son triunfos de los más altos ideales... El liberalismo solamente se mueve por las ideas. Y triunfa siempre por las ideas y para las ideas*»¹⁰⁷. El texto se ordena alrededor de un sólo término: la idea. Ella da cuenta de la razón de ser del partido al explicar su nacimiento, su desarrollo y sus luchas. ¿Qué connota el significante de «*idea*» para que se le endosen las atribuciones de causa última y eficiente de la lucha partidaria?

1. La presencia discursiva

Velar por la supervivencia de la idea

Afirmaba Laureano Gómez a propósito de la renuncia a su viejo cargo de senador de la república: «*El conservatismo no se ha movido ni a la derecha ni a la izquierda porque es un partido doctrinario*». La locución de «*partido doctrinario*», compartida por ambas colectividades, declara la definición que se daban los partidos de sí mismos y su función política. «*Sería insensato [que los partidos dejaran] de aparecer como comunidades de ideas, convirtiéndose en bandas de forajidos, sin Dios ni ley*»¹⁰⁸. El partido político es, pues, un ente cuya esencia palpita en el cuerpo de ideas que ha acogido como emblema de su accionar público. De allí que la «*doctrina*» y la fijación en la «*idea*» se levanten como muros de contención que impiden la deriva de la agrupación y la degeneración del espíritu del partido.

En la famosa plataforma con la que se lanza la candidatura de Ospina Pérez se afirmaba en el primer postulado: «*El orden constitucional se inspira en las ideas morales y políticas. Ellas vivifican la esencia de las instituciones y generan la actividad del Estado*». La «*idea*» adquiere el estatuto de impulso animador del conjunto de la institucionalidad, incluido el Estado. Los liberales, a no dudarlo, le atribuyen idéntico papel. En el intento de conjurar la división que los conmueve de nuevo en las elecciones de 1947 oraba Darío Echandía: «*Mis palabras sólo estarán inspiradas en un sentimiento de devoción por las ideas políticas que me son caras; de inquietud por lo que el porvenir pueda reservar de amenazante para el predominio de esas ideas en la dirección del país*»¹⁰⁹.

¹⁰⁷ "La conferencia de Fabio Lozano", S: abril de 1942.

¹⁰⁸ "Dejo el congreso porque está corrompido", S: julio 1 de 1943; Una lección honrosa", S: junio 19 de 1946.

¹⁰⁹ "El interés colectivo debe dar solución al problema social", S: marzo 24 de 1946; "Fervoroso llamamiento a la unión", T: enero 16 de 1947.

Desde este destacado lugar simbólico la «*idea*» se convierte en pieza central del gesto del enfrentamiento. En 1942 aseveraba la fracción coalicionista que al movimiento reeleccionista «*nada le importan las ideas... Su único dios es el oro o lo que lo valga*». Por supuesto el significante colma el discurso de la violencia. «*Los liberales recibieron a bala a un jefe conservador porque luchaba por sus ideas*», decía un epígrafe del diario conservador en 1947. También permea la mutua condena entre facciones y disidencias: «*Aspiramos a que... si se duda de las ideas liberales, se proclame claramente esa duda, pero que no se pretenda, en una extravagante paradoja, combatir los principios del liberalismo en nombre del propio liberalismo*», expresaba *El Tiempo* a propósito del movimiento gaitanista¹¹⁰. La «*idea*» se convierte en socorrido lugar de lectura de las crisis y su eventual superación. «*Sólo la sana emulación de las ideas puede salvar a los partidos*», se diagnosticaba ante la confusión que provocaron las elecciones presidenciales de 1942. Cuatro años después, comentando la división que condujo a la pérdida del poder, señalaba Calibán el único camino posible para conjurar la crisis del partido: «*Lo importante es defender la doctrina y no sacrificar lo que es fundamental a la satisfacción de pasajeros apetitos*»¹¹¹.

La «*idea*», como se ve, aparece aquí y allá definiendo el partido, acotando el sentido de la acción política, infundiendo el espíritu de la institucionalidad, invadiendo los motivos de la confrontación partidaria, explicando las crisis y prestando la fórmula de su solución. Su presencia en la vida política queda resumida en la frase con la que el conservatismo ataca la evaluación de los diez y seis años de gobierno liberal: «*La obligación primordial de los dirigentes políticos es la de velar por la supervivencia de sus ideas*»¹¹².

2. La idea sagrada

El día de su florecimiento

En el significante «*idea*» los partidos colombianos recogían la definición que se dieron las agrupaciones políticas de la Europa del siglo XIX. “Un partido es una agrupación de personas que profesan la misma doctrina política”, se escribía en 1816 en el viejo continente¹¹³. El enunciado «*comunidad de ideas*» - sinónimo de agrupación de personas- lo escuchamos enunciado tal cual en un editorial de *El Siglo* de 1946. La colectividad partidaria agrupa, siguiendo dicha versión, los individuos que profesan un mismo credo acerca de la constitución y dirección de la sociedad. La comunión en torno a la idea, esa alma rectora de la construcción de la sociedad, suprime la contradicción entre los miembros del partido: el término «*comunidad*» expresa justamente eso. El ligamento social en torno a la «*idea*» cobró en Colombia portentosa vitalidad. La inscripción en

¹¹⁰ "El único responsable", S: abril 25 de 1942; Epígrafe, S: agosto 23 de 1947; "Simplemente liberales", T: enero 18 de 1947.

¹¹¹ "Por una oposición doctrinaria", T: junio 16 de 1942; "Danza de las horas", T: octubre 29 de 1946.

¹¹² "Tres volúmenes", S: junio 9 de 1946.

¹¹³ Benjamín Constant, citado por Maurice Duverger (1976, p. 110).

un ideario ligaba políticamente a miembros de todos los estratos sociales, desde representantes de los encumbrados sectores financieros hasta paupérrimos campesinos sin tierra. El partido doctrina se impuso con toda la fuerza de sus atributos¹¹⁴. La «*idea*», en consecuencia, expresa tanto una modalidad de agrupamiento como una forma de reclutamiento de los miembros de las agrupaciones políticas (Ver el cuadro al final del capítulo).

No obstante la «*comunidad*» en tomo a la «*doctrina*» no es, con mucho, el único sentido en que aparece inserta la «*idea*». Sin perder en ningún momento su condición de nervio de la vida política aparece inscrita con igual intensidad en un nuevo contexto de significación. «*[La masonería] se dirige a la propaganda de una filosofía naturalista, sin más fundamento que la razón humana y en completa oposición a la verdad revelada*», decía el jefe máximo del conservatismo. En labios de Laureano Gómez el enunciado de «*verdad revelada*» no deja de sonar como perorata de católico militante. Sin embargo, más allá del confesionalismo, el enunciado expresa los nuevos rumbos de la «*idea*»: «*El liberalismo es evolución dentro de normas que tienen una base inmutable*» enfatiza el liberal Calibán¹¹⁵. Las expresiones de «*verdad revelada*» y de «*base inmutable*» transforman la «*idea*» en acervo que se revela al partido desde el pasado lejano de los tiempos. Bajo la gramática de la «*revelación*» o de un algo que se muestra «*inmutable*» el partido político es enviado a un confín cuyo origen es ajeno a la actividad humana; la agrupación política, encarnación de la «*idea*», queda puesta al margen de la experiencia histórica de sujetos sociales efectivos. Es el primer puntal de la justificación trascendente del partido.

Es verdad que el conservatismo fue más afecto a la invocación de la «*revelación*» como forma de plantear el origen de sus principios. «*El conservatismo tiene ideas... que se presentan con evidencia a la mente, como que se basan en normas inmutables y eternas que no cambian al vaivén de los acontecimientos*», enunció Juan Uribe Cualla en el discurso inaugural de la campaña electoral de 1943. Mas el liberalismo, con igual fuerza, participó de la lógica inmanente. El lopismo lo hacía toda vez que convertía las propuestas de su conductor en la verdadera expresión del liberalismo: «*Amamos la perdurabilidad del liberalismo, del verdadero liberalismo, en el poder*». Cuando la memoria de Gaitán se convierte en alegoría liberal recién pasada su muerte, se escucha decir al comienzo de 1949: «*Estamos aquí no para trazar nuevos programas al liberalismo, porque las orientaciones de Gaitán... son las tablas de la ley que le fueron promulgadas al pueblo*»¹¹⁶.

El guión de la «*revelación*», a lo sumo, admite la discusión en torno a la autenticidad. «*De ahí que los liberales, los genuinos liberales, nos mantengamos resueltos a apoyar a López*». Años más tarde se oirá decir del movimiento gaitanista: «*Después de la derrota la causa gaitanista adquirió*

¹¹⁴ Lo cual no quiere decir que no existan los conflictos de clase. Las luchas agrarias y urbanas de los años 20 y 30 los revelan; una cosa bien distinta es que los conflictos sociales no logran acceder a una expresión política partidaria.

¹¹⁵ "El dogma del régimen", S: agosto 4 de 1942; "Danza de las horas", T: enero 16 de 1949.

¹¹⁶ "Se abrió el ciclo de conferencias", S: febrero 15 de 1943; "Discurso de Darío Samper", T: febrero 8 de 1949.

*algunos jefes de la corriente genuinamente liberal»*¹¹⁷. El libreto de la «autenticidad» ingresa al discurso político, esto es lo legítimo, lo que no está deformado sino que responde a una esencia original. El partido la encarna y es su expresión viviente. Lo genuino no pasa por la diferenciación y contrastación de programas políticos sino por el imaginario de un partido que se ha convertido en el elegido a quien le han sido promulgadas «*las tablas de la ley*», el agente a quien se revela la esencia genuina de la «*idea*».

Sin embargo falta aún un contexto que imprime el impulso final a la perspectiva religiosa: la simbólica de la fe. «*Las manifestaciones que el liberalismo celebrará mañana deben constituir, primordialmente, un tranquilo y afirmativo acto de fe liberal. De fe en las ideas que han hecho posibles estos doce años de gobierno*». En las explicaciones sobre la derrota sufrida en los comicios de 1946 un editorialista afirmaba: «*Se habían perdido la fe y el orgullo... Por eso no hay nada más urgente que restablecer en toda su extensión... la fe liberal en las auténticas doctrinas sostenidas por el partido*». Mediante el acto de fe que constituye la vida partidaria la sacralización de la «*idea*» es motivo permanente de discurso. «*Se trata de una afirmación de fe liberal en las ideas... [de] cohesión de las masas en torno a las ideas auténticas*»¹¹⁸.

El gaitanismo no se exime de su invocación¹¹⁹. La «*idea*» se convierte en eje del diálogo con el pueblo, esa piedra de toque de la movilización conducida por el caudillo: «*Hay dos clases de métodos para mover a las masas: el método de los que tienen ideas y el método de los que por carecer de ellas tienen que adherirse a los viejos odios sin sentido*». Y en idéntico modo a como acontece con los otros dos periódicos el significante adquiere vigor bajo la revelación que se manifiesta en el acto místico: «*El 19 de julio las fuerzas populares del liberalismo harán la más auténtica demostración de mística y de fe*». Se transforma así en evocación sagrada sometida a los rigores de la fe incuestionable: «*Son gentes pequeñas, de espíritu recortado, que no tienen banderas santas porque constituyen el instinto primario*», decía el líder. La «*bandera santa*» cumple una labor purificadora: «*La patria es de aquella idea que haga a Colombia digna y no impura*»¹²⁰.

Con su ingreso bajo los parámetros de la «*fe*», la «*idea*» se trastoca en creencia que no requiere la confirmación de la experiencia o la razón. Anuncia una verdad que se demuestra por sí misma en tanto los fundamentos de su pertinencia son extraídos de sus propias premisas. La doctrina del partido no requiere contrastación ni falseamiento pues la autenticidad, reclamada como asunto de fe, cercena toda perspectiva crítica. A no dudarlo la razón fue

¹¹⁷ S: abril 7 de 1942; "Danza de las horas", T: junio 23 de 1946.

¹¹⁸ "Las manifestaciones de mañana", T: abril 10 de 1942; "¿Cómo vamos a luchar por el liberalismo?", T: mayo 18 de 1946; "Presencia del liberalismo", T: febrero 5 de 1949.

¹¹⁹ Se hará mención de la participación del gaitanismo en el código religioso pero en la Quinta Parte se hará un análisis independiente del movimiento. No fue posible acceder a las publicaciones de *Jornada* antes de 1947. Para llenar este vacío se siguieron los discursos gaitanistas en los otros dos periódicos –*El Siglo* apoyó al gaitanismo entre 1944 y 1946– y se consultaron recopilaciones de las proclamas del líder.

¹²⁰ Epígrafe, J: julio 7 de 1947; "Paz y justicia pidió Gaitán anoche", J: febrero 7 de 1948; "Venceremos a las camarillas que temen la elección directa del pueblo", S: marzo 15 de 1944.

invocada a cada momento; pero el deslizamiento en el registro de lo sagrado instala la «*idea*» en un lugar de significado ajeno a la reflexión.

Una plataforma política no es tan sólo una estrategia de acceso al poder o unos libretos para la conducción de la sociedad. Es, al mismo tiempo, una concepción del mundo político, una visión de las relaciones entre los actores sociales y el poder. El significante «*idea*» expresa esa comprensión del mundo que necesariamente proponen los enunciados políticos: un sistema de saber a partir del cual el mundo social y político se vuelve comprensible y, en consecuencia, dirigible en este u otro sentido. El juego democrático de la modernidad ha llevado hasta sus últimas consecuencias esta lógica cognoscitiva de lo político. Cada fuerza política, en la lucha por la creación de su hegemonía, se esfuerza en ganar el consenso sobre la base de la creación de fórmulas que hagan aprehensibles los conflictos sociales y, por este camino, vuelvan visible una propuesta de dirección de la sociedad.

Liberales y conservadores de mediados de siglo asignaban esta fuerza cognoscitiva a la «*idea*». La doctrina, la idea particular, constituía la clave interpretativa del universo social y político. Con todo, mientras se le recluye en el texto de la «*revelación*» a toda prueba, la «*idea*» se convierte en saber liberado de toda argumentación. El carácter cognoscitivo que poseen los enunciados políticos, la necesidad de que demuestren su eficacia histórica, se degrada en el discurso político de los años 40 a la terca repetición de la carga simbólica que portan las síntesis de «*izquierdismo*» y «*reacción*». Su verdad está en el lenguaje, en la formulación discursiva, en la empecinada reiteración de los anatemas condenatorios del oponente.

Con el significante de «*idea*» la liturgia sagrada del partido empieza a ser revelada. Cada agrupación política -quintaesencia de una doctrina sagrada-, considera que su ascenso al poder pone en marcha su «*idea*» reconstructora de la sociedad. La refundación de la sociedad, la operación sobre lo social, se hace realidad mediante la activación de la idea encarnada por el partido. «*La idea conservadora ha sufrido después del 9 de abril el proceso de maduración y ascendramiento que hace culminar la doctrina de un partido en cláusulas nítidas y en intenciones diáfanas. Refugiada en el pecho de luchadores tenaces... ha llegado el día de su florecimiento*»¹²¹.

En el contexto de la mimesis partidaria, la sacralización del nexo entre «*idea*» y partido invalida cualquier referente capaz de refrendar la capacidad propositiva de los discursos políticos. La tensión entre modernidad y tradición es proverbial. La inscripción en el registro de la idea –noción propia de la modernidad política que atribuye la construcción de la sociedad a un acto racional de los actores sociales–, es arrastrada en la matriz religiosa que lleva consigo la noción de idea sagrada. La frase de Clifford Geertz se cumple de manera magistral: “El axioma fundamental que está en la base de lo que acaso pudiéramos llamar ‘la perspectiva religiosa’ es en todas partes el mismo: quien quiere saber, debe primero creer”¹²². En Colombia, sin duda, la doctrina

¹²¹ T: abril 11 de 1942; "Orientaciones políticas", S: enero 8 de 1949.

¹²² Geertz (1990, p. 105).

revelada al partido no se cuestiona, en cuyo caso la inteligibilidad del conflicto es asunto de fe. La «*idea*» porta entonces un saber que se presenta solo, desnudo, pero que no obstante opera con toda eficacia como lugar de entendimiento del mundo social y sus aconteceres. Encierra un saber para pensar que no se piensa.

CODIGO IMAGINARIO RELIGIOSO: EL ESPIRITU DEL PARTIDO

SERIES (Significante Principal)	CONTEXTOS DE SIGNIFICACION (Significantes Secundarios)	SENTIDO
IDEA	Comunión Doctrina/ Revelación, autenticidad, fe	Idea sagrada (Saber que no se piensa)
MORAL	Pegamento normativo Espíritu público/ Inmanencia, Purificación)	Moral inmanente (Etica sin palabras)
SENTIMIENTO	Seculares – Hostiles Pasión principios - Bajas pasiones Certo - primario	Odio ancestral (Emoción desnuda)
MESIANISMO	Salvación, redención Restauración (principio refundacional)	Cruzada redentora
ESPIRITU	Temperamento, personalidad Carácter esencial antagónico	Guerra teológica

CAPITULO VII

LA MORAL

Pecar contra el patriotismo

Afirmaba un editorial de *El Tiempo* a mediados de 1947, cuando la política de unión nacional del conservatismo parece representar la esperanza de conjuración de la crisis que atormenta al país por aquellos días: «*El país... necesita reposo moral para engrandecerse y la unión nacional puede alcanzárselo*»¹²³. ¿Qué connota el significante de «*moral*» para que a propósito de la convulsionada unión de las colectividades se evoque la frase de «*un reposo moral*» capaz de engrandecer la nación y exorcizar la crisis?

1. Su lugar en el discurso

Acelerar el progreso moral

Pocos días después de conocida la victoria de Alfonso López el diario conservador lanza la consigna que presidirá su labor de oposición implacable: «*Afirmamos sin vacilaciones... que el país se halla en una aguda crisis de moralidad dentro de la cual bien pudiera perecer*». La sentencia se repite con reiteración en las páginas del diario azul a propósito del aprieto que sacude el segundo gobierno de López. No obstante la voz de la «*crisis moral*», tan cara al lenguaje conservador, también aparece sin descanso en el diario liberal. Evocando una violencia que ya para comienzos de 1947 muestra trazas de convertirse en insuperable reflexionaban: «*Toda esta atmósfera de barbarie [es] revelación de una evidente crisis moral*». La atmósfera de muerte que marcó el 9 de abril del 48 repisa el diagnóstico: «*El país sufre una triple crisis. Económica... Política... Moral, ya que los distintos resortes de la sociedad se han aflojado*»¹²⁴.

La «*moral*» comienza a perfilar su lugar en el discurso político en cuanto adquiere el estatuto de causa última de las grandes crisis. El extravío de la «*moral*», una dimensión que requiere tratamiento autónomo junto a lo económico y lo político, coloca al país al borde del naufragio y explica la presencia amenazante de una barbarie que cobra su recaudo de vida humana en numerosos apartados de la geografía nacional. La «*crisis moral*» señala así el resquebrajamiento del reducto último y final, ese que, una vez derrumbado o agrietado arrastra consigo al conjunto de la construcción social.

Como esfera autónoma y como instancia última es invocada como recurso de superación de las crisis que conmueven a la sociedad, los partidos y las instituciones. «*[Durante los gobiernos liberales] el partido conservador... tuvo el*

¹²³ "Agonía de la unión nacional", T: agosto 12 de 1947.

¹²⁴ "Colombia en la cruz", S: mayo 15 de 1942; "Barbarie", T: marzo 17 de 1948; "Tres crisis", T: octubre 1 de 1948.

coraje para resistir por la fuerza moral inmensa que se dio de sus principios», declara Laureano Gómez al cierre de la semana conservadora de 1947. La «moral» se reviste de sus facetas constructivas y esperanzadoras una vez que se siente superada alguna situación conflictiva: «El país puede estar orgulloso ... de la solidez de sus reservas morales», anunciaban los liberales seis meses después del 9 de abril. Al cierre del convulso año 48, que exigió como condición para el establecimiento de la paz una ley de reforma electoral, los periódicos recibían con júbilo su aprobación: «La reforma acordada señala un propósito de superación cívica de la más respetable jerarquía en el orden de los valores morales»¹²⁵. El significante evoca la «fuerza», las «reservas», los «valores», es decir el caudal que ha de desplegarse cuando el propósito es sofocar una convulsión.

Como pieza de la conjura de los grandes cataclismos se trastoca en explicación de los más diversos acontecimientos. «*Se ha descubierto la aspiración de [Laureano Gómez] y se ha planteado la cuestión moral, que constituye el fondo de este problema político*», afirma *El Tiempo* en 1942 con motivo de la inclemente oposición a López. Una afirmación del mismo corte es lanzada en 1946 a propósito de la derrota del partido: «*En el fondo de todo hay una vasta cuestión moral... Por eso no hay nada más urgente que restablecer en toda su extensión la moral liberal... El partido liberal tiene... como la mejor de sus armas... el título moral que le da el pasado*»¹²⁶.

La «moral» atraviesa el discurso. «*Constituye el fondo*» de la vida política, su estrato profundo. Hace las veces de fundamento sobre el que se justifican los ideales: «*El sacrificio [de los programas], aunque tuviera carácter transitorio, dejaría sin fundamento moral al partido*». Es pues el signo de la oportuna y conveniente acción en lo político, tal y como lo plasma la perorata que lanzan los liberales en el agitado comienzo de 1944 cuando se avizora la renuncia de López a la presidencia: «*Se es liberal porque se tiene... un deseo vivo de acelerar el progreso moral de la patria*»¹²⁷.

2. La moral inmanente

El partido purificado

Así como aconteció con la «*idea*», el empleo del significante «*moral*» inscribe a los partidos tradicionales en las corrientes de pensamiento de la modernidad política. La moral es el pegamento normativo de la sociedad, decía Durkheim a finales del siglo pasado¹²⁸. Con la noción de “pegamento” el sociólogo aludía al ligamento que ata entre sí a los sujetos sociales; con la de “normatividad” evoca la articulación que cohesiona bajo la forma de una autoridad que extrae su legitimidad de la obligación y el deseo de la norma moral. Los miembros de

¹²⁵ "Mientras el conservatismo practica y defiende la unión el liberalismo la destruye", S: agosto 9 de 1947; "Seis meses después", T: octubre 9 de 1948; "Unión liberal y unión nacional", T: octubre 20 de 1948; "Una democracia en acción", T: diciembre 11 de 1948.

¹²⁶ "La deshonra del liberalismo", T: marzo 21 de 1942; "¿Cómo vamos a luchar por el liberalismo en Colombia?", T: mayo 18 de 1946.

¹²⁷ "El liberalismo ha cumplido ya", T: diciembre 12 de 1948; "El carnet liberal", T: enero 28 de 1944.

¹²⁸ Citado en Josetxo Beriain (1990, p. 29).

una sociedad se hallan solidarizados unos con otros mediante una moralidad que ordena y prohíbe pero que, a la vez, prescribe el ideal que la colectividad aspira a construir mediante su voluntad histórica.

Las agrupaciones partidarias participaron de estas claves enunciativas de la moral. Decía a comienzos de 1948 un editorial de El Tiempo: «*La moral es piedra de toque de las culturas efectivamente históricas, ya que la cultura es la expresión espiritual de las funciones sociales y la moral su máxima función*». La «*moral*» es, al decir del texto, eje alrededor del cual se ordena la cultura, en otros términos es la expresión máxima del espíritu. «*La moral es el conjunto de normas ineludibles que nos impone el hecho de vivir armónicamente asociados*» dice Luis López de Mesa¹²⁹. Atribuir a la «*moral*» este papel de fundamento de la cultura y ese carácter de norma «*ineludible*» equivale a compartir la visión durkheimiana de pegamento normativo. Por demás las referencias a la «*crisis*» y al «*fundamento*» moral; las condenas proferidas contra el oponente en nombre de la «*autoridad*» moral; las invocaciones salvíficas a las «*reservas*» y las «*fuerzas*» morales, cada una expresa el lugar de la «*moral*» como pegamento asentado sobre la coercitividad, pero también sobre la existencia de un ideal que se desprende de sus prescripciones. El carácter de pegamento normativo le confiere, de manera adicional, su dimensión propiamente política. Una acción se califica moral sólo cuando sus motivaciones están de cara al interés general, más allá de todo sentimiento particular y personal. En este esfera de lo general la autoridad legítima impone el peso de su normatividad, de tal manera que el interés de todos los asociados se logra cuando la acción corresponde a los ideales desde donde la sociedad se representa a sí misma¹³⁰.

En el discurso político de las élites la «*moral*» acusa, igualmente, esta dimensión de lo público. «*Esa es la crisis moral, porque se ha perdido lo que comúnmente se llama el espíritu público y que nosotros llamaríamos, con más propiedad, el sentimiento de solidaridad*». Bajo el enunciado de «*la obligación moral de patriotas*», escrito ante las más diversas circunstancias, se invoca el espíritu que informa la actividad pública del partido. La «*moral*», ciertamente, es estrato profundo de la esfera política.

Empero, al igual que con la «*idea*» el horizonte moderno no es el único que significa la «*moral*». «*Como la unidad hombre no es el individuo sino la especie, esta moral así considerada resulta inmanente y no transitiva*», asevera el liberal Luis López de Mesa en una de sus divagaciones. La expresión de «*moral inmanente*» condensa el otro horizonte de significado en el que ingresa la serie: la imposibilidad de transformación de la moral, su carácter «*no transitivo*». La frase de «*el reposo moral que la patria requiere para engrandecerse*», la que inaugura el presente capítulo, no pretende traer a cuento la redefinición de los esquemas políticos y culturales que han regido el acontecer nacional. Por el contrario la frase invoca la vuelta sobre un código ya escrito y fijado en el curso de la historia, pues no se trata de un proyecto de

¹²⁹ «La moral es piedra de toque», T: enero 22 de 1948; «Conducta familiar», T: febrero 2 de 1948.

¹³⁰ Tomamos aquí los aspectos de la relación entre lo social y lo moral que señala Josetxo Beriain (1990, p. 36).

reconstrucción sino del retorno a una normatividad labrada en la tradición. «*El gaitanismo... es una insurrección contra las normas coactivas superiores de la moral, representada en la convivencia social por sistemas que el propio pueblo ha impuesto en el discurso de la tradición*», exclama el conservatismo¹³¹.

La teoría de Durkheim pensaba un principio regulador que diera cuenta del mundo instituido de significado: la moral como autoridad legítima expresa el contenido genérico de las representaciones colectivas. De modo distinto, desde el contexto de la «*moral inmanente*» el llamado al imperativo de «*las normas coactivas superiores*», lejos de evocar estructuras generales de significado, apela a una moral esencial que no transita los rigores de los nuevos tiempos y que se comprende como dato anterior a la experiencia. «*El relajamiento moral es la síntesis contraria al progreso en todos sus aspectos*», es la frase que condensa el espíritu inmanente que convoca el llamado a una normatividad reguladora de lo social.

La moral se sustancializa. «*[Constituiría] un imposible físico y moral que cien mil anti reeleccionistas se hubieran movilizado a las toldas lopistas*», decían los antílopes en 1942. Años después frente a renovadas contingencias se repite el fragmento: «*El liberalismo no cederá el poder mientras no sea moral y materialmente vencido*». Sobre el movimiento obrero cae la conjura cuando pretende armar su independencia política: «*[La alianza con los obreros] era ideológicamente imposible. Aún más: era moralmente imposible*». Homologada a lo «*físico*» y lo «*material*» se convierte en «*imposible*» de las más diversas coyunturas. Su sustancialización refuerza la «*imposibilidad*» de cualquier acto contrario al punto de vista de cada colectividad, hasta el grado en que el partido conservador, en acalorada proclama, la postula como un cuarto poder público el día que toma el poder: «*El espíritu moral y religioso es el que reemplaza al cuarto poder que Bolívar pedía al congreso de Angostura... El poder moral encargado de dirigir la educación de la juventud, vigilar el cumplimiento de las leyes y hacer propaganda contra los vicios*»¹³². La moral pierde sus atributos de instancia normativa para deslizarse, desde una posición imaginaria, a pretendido referente empírico.

Es bajo el influjo de un tercer contexto, el del «*pecado contra el patriotismo*», cuando se asegura la perspectiva religiosa de la «*moral*». «*Violan la ley y pecan contra el patriotismo quienes aconsejan públicamente el uso de las armas*», dirá Eduardo Santos en 1942. El giro, naturalmente, no falta en el severo diagnóstico conservador sobre el 9 de abril: «*[Las juventudes conservadoras] no conocen de los pecados que... llevaron a Colombia a la más grande vergüenza de su historia*». La fraseología del «*pecado*» trae a su espalda el mensaje de la purificación: «*La parte más respetable y sana del partido liberal, los hombres pulcros y los buenos ciudadanos... proclamaron a Arango*». Las tramas políticas se leen como actos de purificación: «*El conservatismo purificado en la adversidad... puede esperar tranquilo el porvenir*». El texto de la purificación hace ingresar la política en el universo de la ascesis; la pulcritud se erige en lector de la práctica pública a la manera de

¹³¹ "Conducta familiar", T: febrero 2 de 1948; "El guereguere", S: febrero 4 de 1948.

¹³² "Abadía explica el triunfo de Arango", S: abril 7 de 1942; "Danza de las horas", T: mayo 7; "¿Y ahora qué?", T: mayo 14 de 1947; "Nueva época", S: agosto 7 de 1946.

acto de contrición sin el que resultan impensables los acuerdos políticos: «*La política de unión nacional reclama del liberalismo perdones y arrepentimientos*»¹³³.

El gaitanismo no está por fuera de la misma lógica. Lo muestra la consigna que le preside, «*por la restauración moral de Colombia*», con la que por lo general se clausuran los discursos del caudillo. Como los otros periódicos hace reposar en ella el eje constitutivo de lo social: «*La moral es la más evidente, real y concreta de todas las realidades sociales. Porque es un derivado, una culminación de experiencias... que en la intensidad de un largo proceso llegan a constituir la norma de la conducta*». En idéntica forma Gaitán agitó el sentido de la moral eterna y su carácter sagrado: «*Mientras no haya hombres puros... son mentiras todos los programas... ¿Es sobre esa carroña humana que vamos a elevar la estatua pura de Colombia?... Queremos purificar a Colombia por los caminos del bien y de la paz*». La «*moral*», título de una ética de cuño religioso, es instalada en el corazón del movimiento: «*Todos nosotros aquí y en todas partes, a la calle por la purificación moral de Colombia*», grita el jefe en el cierre de su primer discurso en el Municipal¹³⁴.

Sobre esta perspectiva la «*moral*» se convierte en poderosa arma política. La campaña conservadora contra el gobierno de López es su mejor muestra. «*La crisis moral del régimen, que se ha traducido, naturalmente, en una crisis política, ha creado un estado de desgobierno*», decía el conservatismo cuando creía ver coronada su labor de oposición con la primera renuncia del presidente. Pocos días después son más enfáticos: «*La crisis presidencial iniciada en 1943 no tenía ningún carácter político. Era tan sólo una crisis moral*». Luego, cuando el liberalismo llega a la oposición, el libreto se reedita. Bajo el título de «*Una cuestión moral*» dice unos de sus representantes en el furibundo debate que se desató en el parlamento a propósito de acusaciones contra el gobierno conservador: «*Se trata de resolver una cuestión moral, trascendente por cuanto se refiere al propio prestigio de la república*»¹³⁵.

Dentro del mundo político de aquellos días la «*moral*» se inviste de legalidad propia. «*Es el fondo de los problemas políticos*»; «*la crisis no es política sino moral*». Mientras más gana en su condición de substrato primigenio de la vida política más se imponen sus atributos imaginarios: los llamados a la «*moral*» refieren, en últimas, una ética sin palabra. Se la invoca vez por vez ante cada crisis, pero no resulta posible llenar de algún contenido ese lugar de la cultura que ella pone en marcha. Su eficacia está a salvaguarda de toda duda. Prescribe, prohíbe, está siempre lista para la censura y el exorcismo, pero no es posible conferirle un sentido capaz de enrumbar bajo nuevos derroteros la práctica política. La sanción moralizante es un privilegiado lugar de sentido de

¹³³ "El Jefe del Estado condena una vez más la violencia", T: abril 26 de 1942; "Manifiesto de juventudes conservadoras", S: julio 6 de 1948; "El único responsable", S: abril 25 de 1942; "El manifiesto de la DNC", S: mayo 22 de 1944.

¹³⁴ "Discurso programa de su candidatura presidencial", en Jorge Mario Eastman (1979, p. 157-169); "Venceremos a las camarillas que temen la elección directa del pueblo", S: marzo 15 de 1944.

¹³⁵ "Fermentos de desgobierno", S: mayo 4 de 1944; "Manifiesto del Directorio Nacional Conservador", S: mayo 22 de 1944; T: septiembre 24 de 1947.

cada partido, en tanto el continuo de aprobación o reprobación es el punto terminal donde se juzga la conveniencia o inconveniencia de su accionar.

La tensión es patente, la «*moral*» se mueve con igual fuerza entre los horizontes de la modernidad y la tradición. El significante ha acompañado multitud de causas políticas en todos los tiempos y las más diversas geografías. Su apelación cruza la consigna que animó la reflexión marxista de Gramsci. La reforma intelectual y moral que debe emprender el moderno príncipe, el partido político, constituye el núcleo de la construcción de una hegemonía alternativa¹³⁶. Idéntico giro, pero en sentido contrario, aparece en la prensa de los años 40: «*La decadencia moral e intelectual que ahora conturba al país es secuela y corolario de la invasión del fraude en la médula del Estado*»¹³⁷. En efecto, mientras la propuesta gramsciana apunta a la edificación de una nueva ética ligada a la construcción de renovados estilos de vida, en el discurso político de los años 40, de modo contrario, la moral significa todo menos el intento de una subversión de los contextos de vida que sea a la vez una transformación política.

La falta de miramiento del principio imaginario esencial se trastocó en «*pecado contra el patriotismo*», definiendo el comportamiento que es señalado como la más grave falta de virtud. «*A los dirigentes liberales no se les puede acusar de pecado*», se increpa ante las arremetidas emprendidas por los conservadores al ganar el poder. La «*moral*» asciende al sitio de realidad supra partidista, es una prescripción atada al rumbo político de la nación pero anterior a la experiencia colectiva. La moral se reviste de lógica propia, es «*inmanente*». Obligación y legitimidad se funden en lo moral a la manera de un espíritu trascendente: es el confín imaginario desde el que se lee la acción del partido.

¹³⁶ Cristine Buci-Gluksmann (1983).

¹³⁷ "El Partido Liberal es el culpable de la violencia", S: noviembre 15 de 1947.

CAPITULO VIII

EL SENTIMIENTO

Una pasión instintiva

Decía Luis López de Mesa al comienzo del año de 1946: «*El prodigioso interés que suscitan las pasiones políticas nos proporciona el mejor cauce para adoctrinar nuestra gente con las normas supremas del espíritu y hacer así ciudadanos de la democracia y la cultura hasta a los más humildes*»¹³⁸. ¿Qué significa ese carácter pedagógico que se le quiere asignar a las «*pasiones políticas*»? ¿Cómo entender esa fantástica función que se le atribuye en la configuración de la democracia y la cultura?

1. Sentimiento y política

Servir a la república de acuerdo con sus sentimientos

Las catilinarias conservadoras acusaban al liberalismo de destructor interesado de los sentimientos fundantes de la nacionalidad. «*Un ánimo claudicante y entregista (sic)... es el responsable del funesto retroceso del sentimiento católico*», se afirma en la controvertida circular que envía Laureano Gómez al clero católico del país. «*Sentimiento católico*» significa, en este caso, el sentimiento tutelar sobre el que se cimenta la nación. El partido atacado, por su lado, niega la acusación con la oratoria que demanda el caso: «*Los poderes civiles [de la república liberal no] pretendieron destruir los sentimientos seculares de nuestras gentes. Al contrario, los colocaron por encima de las luchas electorales, para desarrollarlos, únicamente, sobre plataformas políticas*»¹³⁹.

El accionar político tiene su inconfundible raíz en los sentimientos sobre los que se levanta la nación. Sentimientos empotrados en la historia y la tradición, «*seculares*» se les llamaba, sentimientos con los que es preciso dialogar a fin de hallar el adecuado camino que ha de seguir el hacer público: «*Un partido político... realiza desde la rectoría del Estado, determinados programas de gobierno para servir a la república de acuerdo con sus ideas y sentimientos*». La parcialidad política es la intérprete de este flujo emocional, que a su vez debe desarrollar a fin de crear renovados sentimientos capaces de calar el alma de la nación: «*Hemos llevado a las más hondas capas del alma popular, sentimientos liberales que ya son hoy indestructibles, y en muchas partes, por nuestro esfuerzo, están irremediablemente vinculados a la manera de ser colombiana*»¹⁴⁰.

¹³⁸ "Luis López de Mesa explica su fórmula política", T: marzo 1º de 1946; T: enero 24 de 1949.

¹³⁹ "Circular de Laureano Gómez al clero", S: julio 6 de 1942; "Verdad inmodificable", T: enero 24 de 1949.

¹⁴⁰ "Una lección honrosa", S: junio 19 de 1946; "Mensaje al liberalismo colombiano", T: diciembre 19 de 1946.

Sin el menor asomo de duda, aquí y en cualquier rincón del universo el ejercicio político ha de extraer sus sentidos de la historia del conglomerado humano al que pretende servir de guía e intérprete. El «*sentimiento*» que aflora en los fragmentos discursivos transcritos describe, justamente, el arte de apropiación de los flujos populares que han de iluminar la práctica política. Desarrollar los «*sentimientos tutelares*», gobernar de acuerdo con ellos, es entonces una labor de recoger y reelaborar las corrientes que arden bajo las formas visibles de la vida cotidiana.

No obstante este no es el único contexto en que aparece significado el «*sentimiento*». Junto a las invocaciones del sentir enterrado en el alma popular aparecen, con igual perentoriedad, referencias diametralmente contrarias de las fuerzas emocionales: «*En el interior de los fenómenos colectivos suelen actuar factores de diversa índole, cuya acumulación heterogénea desata, en ocasiones, el nudo de los sentimientos hostiles*». La nueva cara del «*sentimiento*», ahora bajo la forma de emociones hostiles y adversas, inunda la prensa de la época. En la campaña de 1946 *El Siglo* afirmaba que Ospina estaba lejos de esa práctica en la que sólo operan «*las viejas plataformas electorales, de carácter exclusivamente partidista, destinadas a exasperar los sentimientos de secta*»¹⁴¹.

La serie expresa, pues, la tensión entre los «*sentimientos seculares*» que bullen en el pueblo y los «*sentimientos hostiles y de secta*» que es necesario erradicar de la escena política. No se trata de la misma tensión que atraviesa la «*idea*» y la «*moral*», donde concurren las perspectivas moderna y religiosa en la creación de sus nudos de significación. El significante «*sentimiento*» trata más bien de la tensión entre dos rostros opuestos, sin mediaciones, entre los cuales no es posible hallar una significación que resuelva la ambivalencia. ¿Qué significado guarda esta "irresolución"?

2. El odio ancestral

El pueblo en su fino instinto inescrutable

En agosto de 1947 *El Tiempo* emprende una labor de pedagogía política con sus lectores. En la presentación de la columna que sacará mensualmente un motivo doctrinario, se habla de los alcances que se espera obtener con la renovada difusión ideológica: «*No es que supongamos ingenuamente que una simple hoja mensual... pueda devolverle al liberalismo su perdida pasión por los principios, ni que vayamos a impedir que se agote la raíz romántica que sirve a la masa de acicate sentimental*»¹⁴².

El sentimiento, al transmutarse en «*pasión*», corre el velo que cubre su ambigüedad. La «*pasión por los principios*», la «*pasión [como] cauce para el adoctrinamiento*» según dijo López de Mesa en la introducción del capítulo, hablan de una militancia con la colectividad que es asunto de «*pasión*». Allí no

¹⁴¹ "Factores de estabilidad", T: diciembre 4 de 1948; S: abril 8 de 1946.

¹⁴² "Al servicio de las ideas", T: agosto 3 de 1947.

cabe cualquier sentimiento. Por el contrario el copartidario ha de estar comprometido todo en su profunda emocionalidad. El partido es un amor en potencia, una «*raíz romántica*». Es más, antes que la doctrina, la «*pasión*» se erige en el aditamento que mantiene cohesionados a los miembros de la colectividad. Sobre el nexo entre partido y «*pasión*» opera, incluso, la pedagogía política.

No obstante la «*pasión*» edificante y pedagógica se transforma en otros contextos de significación en su opuesto. «*No ciframos nuestro poder en avivar las pasiones elementales del pueblo*» dice el conservatismo en uno de sus libelos programáticos. El vínculo con la «*pasión*», ahora nefasto y arrasador, se convierte en veneno cuando del poder del adversario se trata: «*La apelación a la multitud y la exaltación de sus pasiones, conducen, fatalmente, a la dictadura o a la anarquía*»¹⁴³. La transmutación de sentido opera, naturalmente, cuando la violencia hace su aparición espectral: «*El criterio político, la pasión sectaria, que un día hizo de la policía un cuerpo electoral del conservatismo, vuelve a operar en esa organización*»¹⁴⁴.

La misma tensión atraviesa el «*instinto*», otro contexto significativo del sentimiento. El festejo de la victoria electoral de 1942, que de contramano selló la derrota de Laureano Gómez, tenía su explicación «obvia»: «*El liberalismo en masa rechazó con seguro instinto la aproximación del más cruel de sus adversarios*». El «*instinto*», orientación certera en la rebatiña, asciende al pedestal de la sapiencia popular: «*¿[Los conservadores] tuvieron alguna vez confianza en lo que nosotros llamamos la sabiduría popular o sea el enorme instinto de su ideal y de su conveniencia?*». Por supuesto el conservatismo hace el mismo corifeo: «*El gobierno de unión nacional [es] una reacción moral, que con seguro instinto sabía que... la heredad sería custodiada*». Al igual que acontece con el «*sentimiento*» la significación positiva se convierte en otros textos en su opuesto. «*Lo que hubiera sido un gobierno de coalición: satisfacción desordenada de todos los instintos primarios*», dicen triunfalmente los lopistas¹⁴⁵.

De la «*pasión por el principio*» a «*las bajas pasiones*»; del «*certero instinto*» al «*instinto primario*». El trasunto del «*sentimiento*» se opera bajo la lógica del gesto del enfrentamiento. La «*pasión*» reconstructiva y el «*instinto*» sabio no describen una condición genérica de la vida política sino apuntalan la auto descripción positiva del partido; mientras tanto las «*bajas pasiones*» y el «*instinto primario*» forman parte de las equívocas estrategias del adversario. Los «*sentimientos seculares*», ese invocado cemento de la nacionalidad, no describen las corrientes de la cultura que tiene que apropiarse la práctica política a fin de fijarse un norte, sino la pretendida acción de cada partido sobre lo

¹⁴³ Ambos periódicos lanzaron al gaitanismo la misma acusación de «*exaltación de las bajas pasiones del pueblo*». Cuando se trata de un adversario –así fuera dentro de las filas del mismo partido–, se acude a la pasión partidaria como arma crítica.

¹⁴⁴ "La autoridad según el programa conservador", S: diciembre 9 de 1946; "Danza de las horas", T: mayo 26 de 1946; "La policía política", T: febrero 6 de 1948.

¹⁴⁵ "Danza de las horas", T: mayo 4 de 1942; "La mentalidad conservadora impide", T: febrero 25 de 1947; "Que siga el debate", S: octubre 12 de 1947; "Acordémonos de Colombia", T: mayo 14 de 1942.

social. Para los unos representan «*los sentimientos católicos*» tutelados por el conservatismo; para los otros encarnan «*los sentimientos liberales... vinculados a la manera de ser colombiana*». Todo lo que salga de ahí sufre su metamorfosis a «*sentimiento hostil y de secta*».

Con todo, será indispensable el concurso de un último contexto que resignificará el doble rostro del «*sentimiento*». «*Es un hecho que los odios políticos se han apaciguado notoriamente en los últimos años*», expresaba un comunicado de la Dirección Nacional Conservadora. «*Mi gobierno se ha cerrado, para ser aceptado y apoyado, a aquello que pueda hacer resucitar los odios ancestrales y los instintos primitivos*», decía Lleras Camargo en el preciso momento en que en 1946 enfrenta la difícil tarea de garantizar unas elecciones neutras y limpias¹⁴⁶.

El gaitanismo sigue el rastro de las dos grandes rotativas de la capital. La afectación emocional exhibe las dos versiones opuestas: «*[Existe una] diferencia entre la pasión que engendra el odio y aquella que surge de la devoción por las ideas... Cuando se tiene la bella pasión por las ideas, los partidos son elementos poderosos que se nutren en nobles fuentes del espíritu... Esa otra pasión patológica provoca el abuso de la autoridad*». El gaitanismo, como las restantes fuerzas políticas, no pudo resolver la antinomia del sentimiento: «*Todas [nuestras masas tienen] un sentimiento que subsiste... La inmensa mayoría del liberalismo que tiene ese sentimiento, o esa pasión –y admitimos la palabra– está con nosotros... Ese poderoso sentimiento, proclamado por nosotros orgullosamente no como una mala pasión, sino como un resorte emocional de la más pura nobleza*»¹⁴⁷.

El discurso del «*sentimiento*» convoca un sujeto político que siente, que se apasiona y odia. Su actor no es el agente abstracto de la «*idea*» y la «*moral*», es el sujeto de carne y hueso que se apasiona. Y justo cuando aparecen en el acontecer político sujetos en acto, en el momento en que el Otro político se vuelve realidad viviente que porta un conflicto, el «*sentimiento*» se trastoca en emocionalidad que expone su faz catastrófica. «*El pueblo sabe, en su fino instinto inescrutable, quienes lo expresan mejor y quienes, por ello, son más acreedores a su devoto recuerdo*»¹⁴⁸. La frase, enunciada por el liberalismo en 1947, resume de modo impecable la carga imaginaria de la serie. El sentir que coliga a la gente al partido es una condición de la naturaleza pues el «*instinto*» hunde sus raíces en una información que no pasa por la conciencia. Debido a su carácter natural ese sentir no es cognoscible, no es reconocible en sus sentidos articuladores, es «*inescrutable*». Sin embargo ese sentimiento indescifrable permite discernir, desde la profundidad de las disposiciones emocionales, «*quienes expresan mejor al pueblo*».

El «*instinto inescrutable*» es el no dicho del «*odio ancestral*», vale decir, la imposibilidad de su palabra. Los «*viejos odios*», que parecieran dormir un

¹⁴⁶ "Manifiesto de la DNC", S: mayo 22 de 1944; "Alocución del Presidente de la República", T: mayo 1º de 1946.

¹⁴⁷ "Invitación a la concordia hizo el jefe del partido", J: agosto 30 de 1947; "Es inútil seguir hablando de unión liberal", S: junio 20 de 1946.

¹⁴⁸ "Lección del pueblo", T: diciembre 13 de 1947.

sueño invernal a la espera del instante de su resurrección, se convierten en la versión final del sentimiento que atraviesa la vida política de mediados de siglo. Se erigen en voz de las coyunturas más complejas, esas en que la vida política se llena de actores políticos y de agentes sociales que pugnan por hacer valer sus intereses. Por ello la violencia se instituirá en su evocador por excelencia, pues frente a la destrucción del oponente el «*sentimiento*» se desnuda y se lanza como «*instinto bárbaro*» y «*odio ancestral*» al rostro del adversario. En esta danza macabra lo imaginario emerge bajo la forma de una emocionalidad desbocada que porta la historia del gesto del enfrentamiento, siempre a la espera de su solución final. Como si el sentimiento partidario por sí solo, a la manera de «*un amor que es una pasión instintiva*», pudiera dar cuenta de la crisis que asoma tras la deslegitimidad institucional y la irrupción rampante de la violencia. Luis López de Mesa tenía entera razón en su intervención al comienzo del capítulo: la «*pasión instintiva*» era piedra de toque del espíritu que animaba la democracia y la cultura en Colombia.

CAPITULO IX

EL MESIAS REFUNDADOR Y EL ESPIRITU DE PARTIDO

Como actuar con nociones que no estén antes en el espíritu

Proclamaba un fogoso libelo rojo de 1944: «*[Ser liberal] envuelve serias obligaciones basadas en el imperio moral que las ideas y los sentimientos tienen sobre los hombres*». Ciertamente el enunciado de «*un imperativo moral sobre las ideas y los sentimientos*» describe el impulso vital que palpita en el fondo del enfrentamiento partidario. El partido político reclama su legitimidad desde la conciencia de ser el portador de una «*idea sagrada*» y una «*moral inmanente*» mezcladas bajo la alquimia de la «*pasión inescrutable*». ¿Cómo se redefine la perspectiva religiosa ya presente en el saber, la ética y la pasión —la «*idea*», la «*moral*» y el «*sentimiento*» respectivamente—, a partir del mesianismo y el espíritu del partido?

1. La cruzada redentora

Ahora se pretende resucitar a Lázaro

Para *El Tiempo* la victoria del movimiento lopista significaba «*salvar para Colombia el predominio de las ideas liberales... Pero algo más se ha salvado también: el prestigio de nuestra cultura, la tradición de nuestra moral, nuestra propia condición humana*». El texto de la «*salvación*» hace el primer avance de la simbólica mesiánica, la cuarta serie de la condición religiosa del partido. Al decir del liberalismo su obra salvífica pone al abrigo de sospecha hasta la «*propia condición humana*». Por supuesto, con el mismo tenor el tema de la «*salvación*» es título conservador: «*El partido de la unión nacional acometerá el 7 de agosto su tarea salvadora*»¹⁴⁹.

La obra «*salvífica*» pasa por el rostro de la redención. «*Tenemos fe en nuestros métodos liberales para la redención del campesino*», decía Calibán en contra de las huelgas obreras. En el año de 1949, cuando se juega en un tenso campo de batalla la fuerza electoral de cada partido, el giro atraviesa el alma de la obra liberal: «*El liberalismo en Colombia es la fuerza... que hará de la reconquista del poder un elemento de redención nacional*». El conjunto de la gestión del gobierno conservador, tanto como sus realizaciones particulares, es leído con la misma lente: «*El seguro social obligatorio [y la participación de los obreros en la utilidades] han de convertirse en la espina dorsal de la redención de nuestros trabajadores*»¹⁵⁰.

Cada colectividad encarna el Moisés de nuevo cuño, el salvado de las aguas de la modernidad para la conducción del pueblo a la tierra prometida.

¹⁴⁹ "La victoria", T: mayo 4 de 1942; "La reconquista del poder", S: junio 3 de 1946.

¹⁵⁰ "Danza de las horas", T: diciembre 8 de 1943; T: febrero 9 de 1949; "Una política social moderna", S: julio 22 de 1948.

«*Liberales que como los israelitas en el desierto, pasaron cuarenta y cinco años de aspiración anhelosa a la tierra prometida*», decía *El Tiempo* en 1946¹⁵¹. El gesto del enfrentamiento convierte al partido en el agente de la liberación del oprobio y el dolor –los que causa el contrario-. La miseria moral y la degradación en que hunde el adversario a la nación hace legítima la existencia del partido: sólo él puede remediar la injusticia.

No obstante, el mesiazgo de los partidos no se traduce en liberación que instaure un orden nuevo que subvierta la vida nacional. Frente al oprobio que por fuerza precipita el adversario, claro, el régimen del partido representa la inauguración de una época de paz y ventura. Pero frente al mismo partido y sus doctrinas la toma del poder se comprende simplemente como una «*restauración*». No en vano el signifiante ascendió a la condición de insignia de todas las causas políticas: «*[El triunfo de Ospina] es la salvación de la república y la verdadera restauración moral de lo que López dejó*». En el ambiente de finales de 1947 el diario liberal profería «*vamos a la catástrofe si no hay... una verdadera restauración*». En 1949, tras el curso de más de la mitad del gobierno conservador, el presidente encabeza todavía la tarea restauradora: «*[Ospina es] el candidato de un movimiento restaurador de la nacionalidad*»¹⁵².

El gaitanismo, puesto bajo el emblema de «*movimiento de la restauración moral y democrática*» reafirma la «*restauración*» como su signo distintivo: «*Por eso la reconquista tiene una emoción más profunda, casi mesiánica, como el regreso a la tierra prometida*», dirá *Jornada* a mediados de 1947 cuando los resultados electorales de marzo de ese año parecieran anunciar el retorno del liberalismo al poder, ahora bajo la égida gaitanista¹⁵³.

La «*restauración*» es restablecimiento, es restitución de un algo que ha sido estropeado en su fisonomía original y auténtica. Es, de modo preciso, el retorno de un aliento vital refundido en los pliegues de la historia. Cada colectividad se asumió como la depositaria de un hálito vital a partir del cual se funda la sociedad bajo parámetros opuestos a los que presupone el hálito del contrario. Cada parcialidad es, pues, la portadora imaginaria de un principio refundacional de la sociedad. La catolicidad en un caso y el Estado popular en otro. La «*restauración*» cobra su pleno significado en el contexto de la renovada puesta en marcha de ese soplo creador que en la oposición aguarda el momento de su nueva activación. «*Restauración*», un signifiante confundido en el sueño de los milenarismos esperanzados en un mundo mejor; perdido, no para siempre, sino posible de refundar en los tiempos presentes con cada renovado asalto del partido al poder.

Ningún hecho de realidad pudo falsear el principio fundamental. Ni el catolicismo liberal ni la política social del conservatismo lograron modificar el guión imaginario: sólo el partido conservador puede refundar lo social y lo

¹⁵¹ "Mensaje del doctor Gabriel Turbay", T: mayo 14 de 1946.

¹⁵² S: mayo 6 de 1946; "Danza de las horas", T: diciembre 3 de 1947; "Cordial elogio", S: febrero 5 de 1949.

¹⁵³ "Antorchas contra el viento", J: julio 18 de 1947.

político sobre el fundamento tutelar del cristianismo; y sólo el liberalismo logra activar el Estado interventor en los nudos sociales y económicos. Sin falta, las agrupaciones políticas de todos los rincones del mundo asumen poseer particulares formas de resolución de la conflictividad social; sobre las diferencias en las propuestas para abordar los nudos sociales se instituye la confrontación civil. Las posibles divergencias entre una y otra agrupación política, entre ésta y aquella fuerza social, han llegado a revestir toda suerte de matices y antagonismos. No obstante el caso de la Colombia de mediados de siglo presenta una fisonomía singular. Cada partido comprendía su ingreso al poder al modo de un desciframiento inmediato y perentorio del mundo social. *«Entre las llamas... se forjó el escudo que amparará a los caballeros de la nueva cruzada redentora»*. Una *«cruzada redentora»* que mesiánicamente subvierte hasta el íntimo confín del tejido social: *«Abrumado por tamaño desastre [de 45 años] el conservatismo se presentó a la lucha electoral con la seguridad de la derrota... Ahora se pretende resucitar a Lázaro, como si la tumba hubiera purificado lo que estaba corrupto, dándole nuevas energías y virtudes al organismo decadente y enmohecido»*¹⁵⁴.

El libreto religioso del partido es concluyente. El saber y la ética, adobados en ese pasional arrobamiento que amarra los miembros del partido a la contienda sin fin, se adorna con la escatología salvífica de la restauración de un principio que redimirá a la nación. En el empecinado enfrentamiento de los partidos no existen diferencias doctrinarias o filosóficas; mucho menos contradicciones estatales. Existe más bien la invitación, todos los días repetida, a la liturgia sagrada de la renovación del mundo. Una eucaristía, o la letanía imaginaria que se repetirá siempre ante el oponente: *«Ahora pretenden resucitar a Lázaro»*.

2. El espíritu liberal y el espíritu conservador

La filiación espiritual del hecho

Decía el presidente Alfonso López en un mensaje al congreso de 1943: *«La existencia de un espíritu liberal y un espíritu conservador radica en las modalidades esenciales de la personalidad humana y no está en manera alguna supeditada por las ocasionales tesis que adopten los correspondientes partidos para su ejercicio político»*. Las proclamas liberales encaminadas a separar dos espíritus, el de su colectividad y el del oponente, se multiplican en las páginas de la prensa. *«No se extinguirá la distinción histórica de los partidos, como quiera que siempre habrá... tendencias caracterológicas a la estabilidad y el orden, y tendencias caracterológicas a la innovación y al progreso»*, puntualiza Luis López de Mesa. Al pugilato espiritual asiste, naturalmente, el conservatismo. *«Por su invariable colocación frente a los problemas [nacionales], existe en la dinámica política una diferencia sustancial entre ambos partidos. El conservatismo es estable –defiende el orden jurídico,*

¹⁵⁴ "Manifiesto de juventudes conservadoras", S: julio 6 de 1948; "Danza de las horas", T: abril 26 de 1946.

ama las tradiciones— mientras que el liberalismo pretende siempre ser revolucionario», afirma *El Siglo* en 1949¹⁵⁵.

Dos «espíritus», el liberal y el conservador, que expresan «tendencias caracterológicas» opuestas en sus tratos con la nación. Dos espíritus cuyas diferencias reposan en «modalidades esenciales de la personalidad humana» y, en consecuencia, hunden su singularidad en «una diferencia sustancial». La vida política de mediados de siglo es pues el enfrentamiento entre dos espíritus irreconciliables, una guerra en la que el alma del adversario personifica un peligro de muerte para la democracia. El espíritu del adversario es idéntico a sí mismo, su enmendadura o cambio es imposible: «Bastará establecer la filiación espiritual del hecho... Esta actitud para la persistencia en el error, esta incapacidad para rectificar, esta aversión para la crítica póstuma, esta imposibilidad para toda nueva actitud mental, es lo más desesperante de la psicología del liberalismo». El liberalismo señala otro tanto: «El carácter esencial [del conservatismo] es el de una colectividad incapaz para el servicio del Estado, pero devota y amante de la violencia... En el poder, la condición humana y espiritual no ha variado», decían en medio de los meses que precedieron la muerte de Jorge Eliécer Gaitán¹⁵⁶.

El «espíritu» del partido, «su carácter esencial», su «psicología», expresan la carga imaginaria religiosa que habla de la «filiación espiritual» inscrita en la remota noche de los tiempos. La escatología religiosa se impone haciendo imposible el entendimiento entre las colectividades. La propuesta de un frente nacional en 1946 «entrañaba la concesión de cosas del espíritu sobre las cuales no se puede negociar». Las innegociables «cosas del espíritu» sobre las que pesa un imperativo moral y aún físico alinderan sin grieta a los miembros de una y otra causa: «¡Jóvenes de Colombia! No hay transacción. Las naciones que aman la libertad sólo podrán organizarse del lado de Cristo». La observancia de la filiación partidaria no está en discusión, todas y cada una de las personas de Colombia por aquellos años pertenece a una bandera: «Los conservadores que se aparten de las directivas oficiales... serán considerados malos conservadores»¹⁵⁷.

El saber incuestionado y la moral sin palabra, claves del mesías que edifica la nueva realidad, apuntalan el espíritu sobre el que existe consenso a toda prueba: «Para saber en donde están los buenos liberales hay que mirar para donde apuntan los conservadores». La armadura del código imaginario religioso establece un enfrentamiento que niega el diálogo, la negociación y la concesión. Para el militante su compromiso afectivo con el partido significa una forma sentida de las diferencias abismales con su oponente: cada uno vive y afecta la realidad de maneras diametralmente opuestas. Sólo por la vía de esta contextura simbólica se vuelve comprensible que la película “Cóndores no entierran todos los días” ponga en labios de Jesús María Lozano, el temible

¹⁵⁵ "Mensaje del Presidente al Congreso", T: agosto 18 de 1943; "Luis López de Mesa explica su fórmula política", T: marzo 1º de 1946; "Sólo agitación", S: enero 5 de 1949.

¹⁵⁶ "Los errores liberales", S: diciembre 2 de 1948; "Acción intrépida", T: enero 10 de 1948.

¹⁵⁷ "Danza de las horas", T: marzo 27 de 1946; "La juventud debe llevar la palabra de los desheredados", S: febrero 1º de 1948; "El órgano electoral", S: octubre 16 de 1942.

Cóndor que sembró de terror el Valle, la frase altisonante con la que "justifica" su labor de asesinato y muerte: "Es cuestión de principios"¹⁵⁸.

El espíritu de cada partido es único, inimitable e irrepetible. «*Los conservadores no tienen dedos para organistas. Por más que el patriotismo así se los aconseje, los conservadores no sirven para liberales*». La sentencia, exclamada por Juan Lozano y Lozano en la campaña electoral para cuerpos colegiados de 1947 concluye con la máxima magistral: «*No se puede actuar sobre lo real, con nociones que no hayan estado antes y primero en el espíritu*»¹⁵⁹.

¹⁵⁸ "En la asamblea ayer", T: mayo 21 de 1942.

¹⁵⁹ "En la vorágine electoral", S: febrero 22 de 1949; "La mentalidad conservadora impide", T: febrero 25 de 1947.

CAPITULO X

LA GUERRA TEOLOGICA

Una concepción religiosa y moral de la vida

A mediados de siglo el símbolo político se funda en un código imaginario religioso. Los cinco rasgos lo testifican. La doctrina, origen de la comunión pluriclasista, se trastoca en idea revelada al partido bajo la forma de comunicación anterior a la cultura. La moral, elemento integrador y enseña del espíritu público, se transforma en la simbólica de la purificación, el pecado y la ascesis. El sentimiento, debatiéndose entre el sentir creador y la pasión hostil, desemboca en odio ancestral que tensa hasta la última fibra emocional del militante. Desde allí la conducción de la sociedad a la luz de un proyecto político termina cifrada en labor mesiánica que refunda la sociedad bajo la acción de un espíritu universalmente creador.

El deslizamiento de los elementos de la modernidad política en un horizonte de naturaleza religiosa define la inscripción del signo político en la simbólica de la verdad trascendente. El espíritu del partido está más allá de la experiencia sensible, determinando que el gesto del enfrentamiento se active en el imperativo de una guerra teológica. La vida política asume el rostro de auto sacramental en tanto se reviste de lo sacro: el carácter de culto hace impensable la puesta en tela de juicio del partido y su función trascendente, tal como lo puso sobre el tapete la discusión en tomo a la extinción de las fronteras entre los partidos.

No faltaron las voces que hablaran de la muerte de los mojones con que tradicionalmente se venían deslindando las fronteras divisorias entre los partidos. «*¿Qué dividió la opinión colombiana? El federalismo y el centralismo. La cuestión religiosa... Nuestra organización constitucional. ¿Qué ocurre hoy? Está aceptado el centralismo... El patronato [vino] a concluir en la aceptación del sistema concordatario... La constitución actual, aprobada por un congreso homogéneo, revisada por un congreso mixto... es la expresión cabal del pensamiento colombiano*», dice Alfonso López a comienzos del 42. El dirigente, fiel a sus planteamientos, se convirtió en adalid de quienes planteaban la creación de nuevos deslindes entre las agrupaciones. «*La línea divisoria... se ha ido desdibujando... relegando a un segundo plano de importancia el antagonismo de opiniones sobre problemas de organización social que ya fueron resueltos por nuestra evolución democrática*», afirma días después¹⁶⁰.

Idénticas posiciones aparecen ante diversos conflictos. Pero los llamados a la inscripción del conflicto político en renovados lugares de comprensión chocaron frontalmente con la armazón de la cultura política existente. «*La tesis de la extinción de las fronteras entre los partidos fracasó. El conservatismo continúa*

¹⁶⁰ "Conferencia del doctor López", T: marzo 12 de 1942; "Mensaje del Presidente al Congreso", T: agosto 18 de 1943.

anclado... en principios políticos que no están sujetos a los caprichos de las modas intelectuales». El liberalismo, de su parte, lanzaba las mismas réplicas. Calibán, el leído columnista de *El Tiempo*, será su principal exégeta. «*[Se asevera que] los viejos mores del liberalismo y el conservatismo perdieron ya la razón de ser... Los hechos, una y otra vez, demuestran la falsedad del concepto... Las diferencias no sólo ideológicas, sino sentimentales, temperamentales o tradicionales, que son las más fuertes, subsisten y se agigantan. [Los partidos]... se anquilosarán y perecerán si practican las teorías disolventes de que ya nada los separa*»¹⁶¹.

La resignificación de los partidos y de su enfrentamiento teológico resulta impensable, la matriz simbólica que preside la pertenencia primordial resulta inamovible. Alfonso López en persona, con su clarividencia desaforada, no puede evitar terminar atrapado allí. En una intervención en el Municipal una vez se conociera el lanzamiento del candidato conservador a la contienda electoral de 1946 decía. «*La plataforma del partido conservador... corresponde íntegra y nítidamente a la plataforma del partido liberal... Para refrescar la memoria [traje] el texto de las conferencias que el señor Laureano Gómez dictó en [1928]*». El fragmento no puede ser más contundente. El mismo dirigente que proclamara en otras oportunidades el anacronismo de los viejos temas de confrontación se ve arrastrado, ante la inminencia de la derrota de su partido, en una lógica imaginaria que no admite fracturas: «*Cuando los liberales tengan alguna vacilación que lean este cuaderno [de las conferencias de Laureano Gómez en 1928] para que puedan comparar*», concluye López en la franca adopción del inmovilismo historicista de los partidos. Liévano Aguirre, quien en un escrito de 1947 pareciera enunciar una postura disidente –como señalamos en el Capítulo 5–, remata su artículo embebido en las aguas de la confrontación: «*Tras las banderas que actualmente enarbola el conservatismo [aparecen] los gallardetes desafiantes del corporativismo, del cooperativismo y las organizaciones falangistas*»¹⁶². La «reacción» conservadora es inquebrantable, ella porta el fascismo y la devastación.

La vida política se cifró en la lógica binaria que prescribe la eterna lucha entre el bien y el mal. El Otro político está satanizado. Ante el mesías se aparece el caos y la destrucción que porta el adversario pues la salvación resulta incomprensible sin el apocalipsis. Los dos términos constituyen los ejes simétricos e invertidos de una misma y única enunciación. La simbólica religiosa del partido afecta el conjunto de la vida: «*El conservatismo, más que una orientación particular e histórica del pensamiento o de política, debe ser considerado como un método y un procedimiento. La concepción conservadora no puede ser limitada a un partido político determinado, porque está más allá de la política en sentido estricto y es en realidad una visión del mundo, una concepción religiosa y moral de la vida*». Justamente, «una concepción religiosa y moral de la vida» propia del espíritu de cada partido que el oponente por «temperamento» no puede apropiarse y, mucho menos, imitar. La colectividad armoniza los actos humanos con el orden cósmico que inaugura el partido en el gobierno.

¹⁶¹ "Confusión ideológica", S: julio 16 de 1943; "Danza de las horas", T: mayo 22 de 1946.

¹⁶² "El doctor Alfonso López habló sobre la política del liberalismo", T: marzo 28 de 1946; "Hacia dónde van nuestros partidos", T: septiembre 1º de 1947.

Si bien lo imaginario religioso da ya cuenta de un capital simbólico que acompaña la fragmentación del tejido social hay que ser en extremo precavidos en las conclusiones. ¿Cuál es el lugar de la violencia en el tejido de la cultura política? ¿Por qué la década de los 40 incuba el período de la Violencia? Dos interrogantes de importancia capital pues, la permanencia terca del enfrentamiento en la prensa, la visión de dos espíritus antagónicos en franca encrucijada de guerra, no significan sin más la administración calculada de la muerte durante diez y nueve demoledores años. La Parte III, la que ahora sigue, se ocupa del eje discursivo de la violencia.

TERCERA PARTE

LO IMAGINARIO DE LA SANGRE

La violencia de dos desesperaciones

La violencia y la historia de la humanidad corren parejas. Georges Dumezil y Georges Duby han mostrado, el uno en la tradición indoeuropea y el otro en la Europa del siglo XI, la decisiva importancia de la función guerrera en la simbólica de la trifuncionalidad –los que oran, los que luchan y los que trabajan–¹⁶³. En los órdenes políticos de la modernidad, asimismo, la guerra ocupa un lugar de referencia simbólica¹⁶⁴. Bien porque la violencia se haya constituido en mediación de la fundación del orden político, tal como acontecería con procesos insurreccionales que conquistan el poder por la vía de las armas –una revolución socialista por ejemplo–; bien porque la eliminación del oponente se instituyó en ingrediente de la refundación de un orden –la segunda guerra mundial por caso–.

En las dos circunstancias la violencia certifica su papel de ruptura. En la primera inaugura y origina; en la otra reordena y refunda. La guerra avanza sobre el predicado de su acción transformadora¹⁶⁵, adquiriendo así sus títulos de legitimidad. Su ejercicio se activa a modo de alternativa final ante la imposibilidad del diálogo con el adversario. En este contexto se hace comprensible la conocida fórmula de «*la violencia es la partera de la historia*»: el arrasamiento del oponente o su saqueo hasta la impotencia "elimina" el conflicto permitiendo encaminar por nuevas vías el curso de la historia. Sobre el despojo del Otro la violencia surte sus efectos. Lo hace a la manera de un lenguaje mudo pero eficaz. Quizás de su mutismo extrae su eficiencia; a espaldas de la muerte emerge un poder que no reconoce mediación distinta a la destrucción.

Sobre este guión transformador se construye el símbolo de una guerra que cumple un papel instituyente, poniendo de presente la existencia de una férrea voluntad dispuesta a entregar y arriesgar todo. El recuerdo de la guerra evoca esa voluntad y su convicción de llevar la confrontación hasta sus últimas consecuencias, por encima de todas las derrotas parciales. El vencedor obtiene el poder de la denominación, impone sus visiones y sus escatologías arrasando los símbolos y los templos del vencido. Las identidades del ganador se imponen, mientras los universos del derrotado quedan sometidos al anonimato, la discrecionalidad y el destierro. Surgen, tras el último cañón de batalla, nuevas parafernalias rituales y discursivas que alteran los modos de producir el sentido. El vencedor asaltó las matrices culturales del vencido, las cicatrices de guerra son su salvoconducto. Pasada la guerra y una vez restablecida la vida

¹⁶³ Georges Dumezil (1990); Georges Duby (1983).

¹⁶⁴ Se utilizarán indistintamente los términos de guerra y violencia aunque, lo sabemos, la noción de guerra resulta inadecuada para el período de la Violencia. De igual modo es inconveniente hablar de la violencia en general cuando ella tiene múltiples expresiones. Hablaremos pues de la violencia para referirnos únicamente a la violencia política como un modo de construir poder para el partido, sin olvidar las naturalezas diferentes de dicha violencia a lo largo del historial de enfrentamientos en Colombia.

¹⁶⁵ Entendemos transformación en un sentido no evolucionista sino en el sentido de analizador. Esto es, un evento que irrumpe y recompone los contextos en donde hace presencia. La noción de analizador la tomamos de René Laurau (1988).

corriente la evocación de la violencia refresca la justeza de los principios que animaron la batalla, impuestos ahora a un pueblo que se asume como unidad. El relato de la violencia habla en nombre de un pueblo sufriente que fue liberado del oprobio y el dolor.

Los órdenes políticos mantienen pues un archivo de sentido en la violencia. Ella está inscrita en su acto inaugural, amarrada al parto inicial y a cada momento en que haya sido preciso refundarle. Sin embargo, la violencia es resimbolizada en rituales que la convierten en espectáculo mediante la exposición pública de los muertos, el levantamiento de efigies a los héroes, la honra de las batallas decisivas. El sufrimiento se hace público, se expone, se exhibe en las calles y los museos. Con dicha operación de resemantización la violencia se destierra de los discursos que descifran el universo político y los conflictos sociales. Debe permanecer, callada, en los subterráneos de la conciencia colectiva. Para ello es preciso que lo que fue sufrimiento colectivo se trastoque en momento festivo, en danza ritual que renueva el pacto social sellado con la victoria. El dolor se entierra y a las nuevas generaciones les corresponde vivir su huella desdibujada en el fragor de la celebración patria. Sus lejanos ecos ya sólo resuenan bajo la figura de un pueblo en marcha cohesionado por el espíritu de una voluntad emancipadora. La violencia está allí, lista para mostrar sus atavíos de guerra ante las nuevas situaciones que en definitiva amenazan con romper la unidad, pero ella debe desaparecer de los códigos explícitos que fundan el orden político. La violencia fundacional, inscrita en el origen, da paso a la armonía y el caminar hacia la libertad mediante la creación de un conjunto de representaciones extraídas de las nuevas experiencias colectivas.

En Colombia el lugar simbólico de la violencia es otro. Ella no se entierra, no se recicla sino que permanece cimentando el orden político. Es la gran paradoja: mientras la violencia tiene una constante presencia no se presta a la simbolización de un momento a partir del cual simbolizar una ruptura. Desde los años 40, ¿cómo pensar la dificultad de resimbolizar la violencia? La III Parte aborda este interrogante considerando tres cuestiones: las texturas discursivas desde donde circuló la violencia en los años 40; su evolución a lo largo de la década; y el lugar de la violencia en la cultura política.

CAPITULO XI

EL DOBLE ROSTRO DE LA VIOLENCIA

Entre morir por la idea y la barbarie

El discurso de la violencia en nuestro estudio se caracterizó por el doble rostro, en consonancia con la tensión vista a propósito de la serie del «*sentimiento*». En efecto, por una parte, mediante su envío a la barbarie se proscribe y condena; al tiempo, por otro lado, su vínculo con el sacrificio le incorpora a los circuitos de práctica sancionada y legítima.

1. La barbarie

Mas que en los instintos confiamos en la cultura

La huella de las guerras civiles del siglo XIX se erige en la primera forma de conjuro de la violencia. Las cuatro décadas de paz que cumple el país por aquellos años una vez terminada la guerra de los Mil Días en 1902, tienen su primer origen en la conciencia de los efectos destructivos que ocasiona la guerra civil: «*En cada revuelta la república padecía hondos quebrantos; el escaso progreso nacional desaparecía; la riqueza pública quedaba destruida; la anarquía nos devoraba y un espectáculo de desolación y de ruina presentaba la patria*»¹⁶⁶. La forma de la violencia, así como se estiló durante el siglo XIX (élites conduciendo ejércitos), había desaparecido. No obstante, ante diversas coyunturas volvía a hacerse presente la eliminación del oponente. En estas ocasiones la estrategia de la conjura variaba: «*Ya es hora de que los odios dejen el campo a los principios ideológicos y hora también de que las doctrinas políticas sustituyan en la polémica de los partidos la absurda fobia sectaria, irrazonada y violenta*». La «*absurda fobia sectaria*», tal será la fórmula mediante la cual hace su ingreso el «*odio ancestral*», ese término que recoge todo lo que de extraño e incomprensible hay en la violencia. Así es, ante cada ocasión en que se le invoca –cosa que sucede frente a cada brote de violencia–, el «*odio ancestral*» refiere la existencia de un "ajeno" que es preciso exorcizar. «*[Los actos violentos son] una arrebatada ola de locura... que amenaza acabar con nuestras tradiciones*». El término de «*la locura*» arrastra un sinnúmero de calificativos que envían la violencia a comportamiento fuera de la órbita de la razón: «*¿Cuál puede ser la responsabilidad... en esos sucesos en que se mezclan el odio y el alcohol, la pasión sectaria y el desenfreno de temperamentos explosivos?*». «*Alcohol*», «*temperamentos explosivos*» y «*pasión sectaria*» arman la poderosa batería de nociones que, sin falta, convergen en un único significado: «*la barbarie*». «*Los últimos hechos de violencia política... indican precisamente hasta que alarmantes índices ha*

¹⁶⁶ "Terminante ratificación de Ospina de la unión nacional", S: junio 1 de 1946.

llegado la estimulada empresa de zozobra... El recrudecimiento de la barbarie es el signo específico de su programa»¹⁶⁷.

Al convertirse en «*barbarie*» la violencia está forzada a apelar a todas las formas posibles de conjuro: «*[Se trata de] una violencia... que surge espontáneamente y en cuyo origen se halla ignorancia, miseria, primitivas pasiones, barbarie instintiva. Fijémonos [que] los atropellos [se han cometido en zonas apartadas y bárbaras]*». La reclusión del arrebatado del Otro en zonas donde imperan la «*ignorancia*» y la «*miseria*» revela la existencia de un algo "extraño y perturbador" en los modos de relación social. No obstante, la progresiva extensión de la violencia a numerosas regiones hace que dicho "extraño" de la violencia demande un exorcismo más radical. Decía Ospina del bogotazo, cuyas escenas de horror y muerte se convirtieron en el signo de aquello que semantiza el significante de «*bárbaro*»: «*Factores extraños a la índole de nuestro pueblo venían intentando socavar las bases de la nacionalidad... El 9 de abril por su aspecto de crimen, de devastación, de saqueo... no tiene ni puede tener una inspiración colombiana. Es ajeno a nuestro carácter*». El «*extraño a la índole de nuestro pueblo*» remite, igual, a un remanente que viene del pasado y que no logra ser sofocado: «*[Hay que] evitar que las pasiones exacerbadas puedan crear un estado de mutua agresividad, capaz de... retrotraer al país a épocas ya por fortuna lejanas en la historia*», afirmaban los liberales en 1947¹⁶⁸.

La proscripción de la violencia a entidad al margen de la racionalidad, a zonas apartadas pobres y miserables, así como a factores extraños a la índole de la nación, confluyen todos en el señalamiento de la violencia como un límite de la socialización. «*[Nuestros enfrentamientos civiles] corresponden a un pasado inculto por fortuna ya superado*». La gran tarea pasa, ahora, por «*enterrar decisivamente nuestro pretérito inculto*». La violencia es entonces el acontecimiento donde la cultura es aniquilada por completo: «*Los recientes actos de violencia destruyen nuestra tradición de pueblo culto y civilizado*»¹⁶⁹.

La barbarie, el nombre que asume el exorcismo de la violencia, señala ese rasgo que acompaña el exterminio del oponente: la destrucción de la dinámica comunicativa. El lenguaje se clausura restituyendo, a cambio de ello, la tiranía del símbolo brutal del administrador de la muerte. Justamente desde el límite cultural que inaugura la expiración del diálogo es desde donde la violencia encarna un innombrable. Así lo declaran los desesperados intentos por recluirla en el lugar de «*odio ancestral*», de hecho irracional, de fuera del «*carácter nacional*». La «*barbarie*», un hecho arrasador que pone en entredicho el orden político mismo: «*El peor enemigo de la democracia: la violencia sangrienta*». Un hecho que el discurso político intentó sofocar de una vez y para siempre:

¹⁶⁷ "La religión y la violencia", T: febrero 27 de 1948; "Por una oposición doctrinaria", T: junio 16 de 1942; "Hasta cuándo", T: febrero 17 de 1948; "El Jefe del Estado condena una vez más la violencia", T: abril 26 de 1942; "La barbarie", T: marzo 17 de 1948.

¹⁶⁸ "Danza de las horas", T: agosto 15 de 1946; "Alocución de año nuevo del presidente Ospina", T: enero 2 de 1949; "Contra la violencia", T: marzo 12 de 1947.

¹⁶⁹ "El Jefe del Estado condena todo brote de violencia", T: mayo 1 de 1946; "Reflexiones sobre la violencia", S: marzo 29 de 1946.

«Más que en los instintos primarios [confiamos] las soluciones de los arduos problemas públicos a las decisiones de la inteligencia y de la cultura»¹⁷⁰.

2. El sacrificio

Iremos hasta derramar sangre

Las guerras civiles del siglo XIX no sólo son un *«pasado inculto y devastador»* –como se escuchó en el rostro de la barbarie–, sino que, al tiempo, se revisten de otras significaciones: *«No se puede hacer mofa de los políticos y revolucionarios liberales, ni menospreciar la acción cívica y bélica de tiempos pasados»*, señala Calibán en 1947. Las guerras civiles que conmovieran un sinnúmero de veces el panorama político del siglo anterior constituyen, pues, un acervo sin el que resulta impensable la vida de la nación: *«[Colombia] tiene una historia en que lo heroico de las gestas guerreras se hermana con lo noble de las batallas civiles que forjaron principalmente el alma [de la nación]»¹⁷¹.*

Las confrontaciones decimonónicas se ligan a la configuración de la democracia: *«Porque se pudiera votar libremente se combatió desde 1810 hasta los primeros años de esta centuria. [La violencia presente] es una resistencia a aceptar lo que consiguieron los esfuerzos combinados de los dos partidos tradicionales, con sus guerras y con sus controversias parlamentarias»*, dice Lleras Camargo. *«Las banderas liberales, destrozadas en los sitios legendarios de nuestras guerras civiles, arribaron, pues, a su destino [en 1930]. Iban para el capitolio, y para llevarlas se hizo la guerra»*, afirma Alfonso López Pumarejo en 1942¹⁷².

La guerra construye. Los campos de batalla, en conjunción con las contiendas civiles, dan cuenta del *«alma»* de la nación: *«La guerra... es el camino más corto para llegar a la política»¹⁷³*. Sus protagonistas, los legendarios guerreros, encarnan la simbólica del héroe que ha conducido la lucha del partido hasta la misma muerte. Son los veteranos de cien guerras, los ancianos que todavía en la década del 40 cumplen el papel de referente político; no hay oportunidad decisiva en la que no opinen, ni candidato que se respete que no muestre la adhesión de este o aquel grupo de veteranos. El culto por el pasado guerrero está sólidamente establecido: *«Veneramos la colina de calaveras que se erguía sobre los campos de Palonegro, símbolo del sacrificio y del esfuerzo de nuestros antepasados; no quemamos la efigie de los jefes muertos, cuyo recuerdo y enseñanzas nos acompaña y fortalece»¹⁷⁴.*

El guión que se teje entre los *«deberes para con el partido»* y la acción política adelantada *«al precio de la sangre»* -resumida de modo proverbial en el *«símbolo del sacrificio»*-, en los años 40 se erige en el signo mediante el cual

¹⁷⁰ "Responsabilidades y encubrimientos", S: mayo 17 de 1946; "Discurso de Uribe Cualla", S: febrero 15 de 1949.

¹⁷¹ "Danza de las horas", T: octubre 17 de 1947; "A la sombra de los próceres", T: julio 20 de 1948.

¹⁷² "El Jefe del Estado condena todo brote de violencia", T: mayo 1º de 1946; "Discurso de López", T: marzo 12 de 1942.

¹⁷³ Gonzalo Sánchez (1990, p. 8).

¹⁷⁴ "Danza de las horas", T: febrero 7 de 1946.

se lee la acción del partido. Ciertamente ante cada torrente de sangre derramada –tanto en ese momento en que la violencia vuelve y hace su trágica marcha en los 40 como en las gestas del siglo XIX–, el código imaginario religioso cobra entera vigencia: *«Es cierto que [las guerras civiles] demoraron el desarrollo colombiano... pero es cierto también que de sus batallas nos ha quedado una lección ejemplar que recogemos con gratitud por quienes entregaron sus vidas y sus fortunas en aras de ideales que amaban apasionadamente»*. La defensa de la «*idea sacralizada*» demanda el sacrificio que exige el partido, incluso con el precio de la muerte¹⁷⁵.

De ahí el destacado lugar que posee dicho parlamento en la representación del conflicto: *«[Allí no hay] ningún conservador que durante los años de persecución de nuestra colectividad haya estado al lado de la víctimas en el momento de su sacrificio... Nadie que haya acompañado a los conservadores en su martirio»*, declara *El Siglo* ante el manifiesto de un grupo de disidentes. La invocación del «*martirio*» retrotrae la imagen de la lucha tenaz y sin vacilaciones: *«Para entablar un diálogo con nuestros soldados es necesario tener el alma limpia o marcada sólo con cicatrices gloriosas»*. Haber formado parte activa del partido «*en el momento del sacrificio*», ser soldado tatuado «*con cicatrices gloriosas*» configura el texto sobre el que los muertos de la colectividad ascienden a la inmortalidad: *«Nuestros copartidarios de Boyacá... pagaron con el precio de su sangre... su lealtad a la doctrina política que amamos y defendemos»*. El héroe, el que posee «*el alma limpia*», aquel que derramó su sangre en la defensa de la «*doctrina política que amamos y defendemos*». Tras la glorificación del «*sacrificio*» la violencia halla su sanción como modo propio de la vida política. *«Iremos hasta derramar sangre»*, profiere un telegrama enviado a *El Siglo* en 1947. *«Nuestra vida no cuenta al lado de los valores eternos que se juegan en esta lucha»*. Un vínculo entre espíritu y «*sangre*» que Ramírez Moreno explicitará en todo su sentido más cínico: *«Si para capturar el mando hay que exponer diez vidas, cien vidas, mil vidas, el hombre político debe exponerlas... Los muertos caen para facilitarnos la faena y nuestra misión como hombres políticos no es vengar a los muertos sino llevar al poder a los vivos»*¹⁷⁶.

Entre el exorcismo y la glorificación se mueve la paradoja de una violencia que, de un lado habla de la disolución de la cultura y del otro modela el héroe partidario que lleva hasta la muerte su convicción por el partido¹⁷⁷. En medio del doble rostro, ¿cómo marcha la violencia a lo largo del discurso de la década?

¹⁷⁵ "Colombia conmemora 40 años de paz", T: noviembre 21 de 1942.

¹⁷⁶ S: junio 15 de 1942; "Discurso de Primitivo Crespo", S: junio 28 de 1942; "Contra la unión nacional", S: diciembre 30 de 1946; "El conservatismo está dispuesto a defender las instituciones democráticas", S: marzo 26 de 1947; "El delito", S: abril 18 de 1942; "Ramírez Moreno reconoce el triunfo del domingo", T: abril 18 de 1942.

¹⁷⁷ El gaitanismo participa de las matrices discursivas de la violencia. Pero reservamos su discusión a la Quinta Parte.

CODIGO IMAGINARIO DE LA SANGRE: LA VIOLENCIA

SERIES (Significante principal)	CONTEXTOS DE SIGNIFICACION (Significantes secundarios)	SENTIDO
BARBARIE	Desolación guerras siglo XIX, odio ancestral/ Irracionalidad, zonas bárbaras, ajeno índole nacional	Muerte cultura
SACRIFICIO	Construcción política Guerras siglo XIX, veteranos/ Defensa idea hasta derramar sangre	Morir por el partido

CAPITULO XII

HORROR, SORDERA Y QUIEBRE DEMOCRATICO

La notificación de los matones

En medio de la tensión entre la «*barbarie*» y el «*sacrificio*» la violencia aparece a lo largo de la década en circunstancias diversas. Sus nexos con las realidades de poder, como veremos, se modifican a medida que pasan los días y se profundiza la crisis. En dicho itinerario se va cargando de nuevas significaciones y arrastrando consigo, en sus lógicas, al sistema político y los partidos.

1. La invasión de la Violencia

Sólo conocen un medio de hacer política: asesinar

La reelección de Alfonso López Pumarejo pareciera izar pendones de batalla. El secretario del «*movimiento antílope*» lo deja sentir con claridad: «*[Si el gobierno] faltara en su misión de garantizar el orden y los derechos de los ciudadanos, el anti reeleccionismo tendría que recurrir a la defensa personal*». La expresión de «*atentado personal*» cobra, desde la fronda editorial de Laureano Gómez, una abierta invocación al recurso de las armas. Ante la derrota electoral las páginas de *El Siglo* se convierten en mares de prosélitos asesinados: «*La jornada electoral manchada con sangre anti reeleccionista*». Las pruebas de fraude y violencia se publican sin descanso: «*El Directorio Nacional Conservador editará un libro en donde queden consignados tales hechos como suma de ignominias en la hora más infamante de la historia republicana*». Con todo, las ventiscas del vendaval fueron cediendo. Durante algún tiempo el tema de la violencia desaparece de las páginas de la prensa, su nueva irrupción habrá de aguardar hasta el debate religioso del segundo semestre de 1942: «*No regiré, vive Dios, a menos que sea a sangre y fuego, el documento que se obtuvo de la Santa Sede por medio de la violencia moral*»¹⁷⁸.

Hasta mediados de la década el discurso violento sigue la misma curva. Primero aparece ligada a las elecciones; desde días antes de la jornada electoral aparecen denunciados los intentos de paralizar la libre participación de los electores para luego, pasada la gesta, ratificar los actos de fraude y asesinato. Segundo se presenta asociada a coyunturas críticas del enfrentamiento partidario¹⁷⁹. En el interregno entre gestas electorales y coyunturas críticas, hasta 1946, la violencia desaparece del discurso de los diarios.

¹⁷⁸ "El gobierno condena la agresión lopista", S: marzo 4 de 1942; "El partido Conservador define su posición", S: mayo 13 de 1942; S: mayo 12 de 1942; S: octubre 1 de 1942.

¹⁷⁹ Las elecciones de marzo y octubre del 43 y las de marzo del 45 ratifican lo primero; los encarcelamientos de Laureano Gómez y el golpe de Pasto lo segundo.

Mas la jornada electoral del 46 exhibe nuevos rasgos en tanto la victoria conservadora rompe la cadena de acusaciones que siempre proseguían a los debates eleccionarios. Ambos partidos celebran la neutralidad del gobierno frente a una agitada elección presidencial, para unos significa la prueba de la imparcialidad del régimen liberal y para otros la legitimidad de su victoria. La transmisión del mando se avecina en un clima de sosiego. No obstante desde mediados de agosto de ese año las noticias de muertos empiezan a mojar la prensa delineando el rumbo discursivo que adquirirá la violencia de ese instante en adelante. Con el concurso del liberalismo en la intemperante denuncia de la violencia, lo que en un momento pudo percibirse como la consecuencia de la alternancia de los partidos en el poder se convirtió, a partir de diciembre de 1946 y hasta el final de la década, en el rasgo característico de la escena política. El epígrafe de *El Siglo* del 31 de diciembre protocoliza el nuevo momento: «*El liberalismo sólo conoce un medio de hacer política: asesinar conservadores*». La frase, puesta allí como campanada de anuncio del año que inicia, cifra el rumbo que adquiere el discurso a partir de ese sangriento final de año: la escena política no puede ser desligada de la violencia.

La extensión de los sucesos de sangre fuerza la celebración de un acuerdo entre Roberto Urdaneta, ministro de gobierno, y Jorge Eliécer Gaitán y Laureano Gómez, jefes de las dos colectividades. No obstante nada detiene la marcha invasiva del arrebató del oponente: «*A pesar del acuerdo suscrito... continúa desatada en algunos departamentos una ola de violencia que amenaza hacer inútil el patriótico empeño*». Era cierto, el derramamiento de sangre continuaba forzando a cada colectividad a la elaboración de sus propias estadísticas de muerte. En una de sus habituales conferencias Gaitán narra que en los Santanderes y Boyacá hubo 61 muertos, 71 heridos, 38 incendios, 47 asaltos y saqueos, y un sinnúmero de familias precipitadas al éxodo, «*todo causado por la policía del régimen conservador*»; mientras tanto los conservadores en sus propios censos mortuorios, producto de la «*barbarie liberal*», contabilizan 25 actos de violencia en enero de 1947, 39 en febrero y 58 en abril¹⁸⁰.

Desde finales de 1946 el derramamiento de sangre se convierte en el articulador del discurso. Ya no cuenta una violencia esporádica ligada a las elecciones o los momentos de fuerte tensión política: «*La violencia política, lejos de disminuir, aumenta sus estragos. Hubiera podido creerse que por la distancia de las elecciones, éste habría de ser un tiempo de tranquilidad y sosiego. Va resultando todo lo contrario*»¹⁸¹. El ejercicio de administración de la muerte aparece en todo instante ocupando los titulares de primera página, los editoriales, las columnas de opinión. Cada partido repite aquella frase con sabor a réquiem que lanza amenazante el partido conservador al cierre de 1946: el oponente «*no conoce sino una forma de hacer política: asesinar*» a nuestros copartidarios.

¹⁸⁰ T: agosto 16 de 1947; S: agosto 15 de 1947; "Todavía la violencia", T: septiembre 2 de 1947; T: enero 21 de 1948; S: enero 24 y 25 de 1948.

¹⁸¹ "El responsable único", S: diciembre 28 de 1947.

La violencia coloniza el discurso político. Una invasión que significa no sólo una masiva presencia sino, de manera más profunda, una redefinición del gesto del enfrentamiento propiciado por la guerra teológica. El ingreso del horror, la clausura de la comunicación entre las colectividades y la erosión de los fundamentos del orden democrático se convierten en las claves de esa operación de sentido que introduce la invasión de la violencia.

2. El horror

Un plan para exterminar nuestro partido

Cada vez que la violencia hace su irrupción el rostro de la «*barbarie*» aparece. De la mano de él vienen escenas cruentas y desgarradoras. «*Sangre, más sangre*», gritaba un titular de *El Siglo* en 1943 describiendo el tratamiento que recibían sus copartidarios a fin de impedir su asistencia a las urnas en la jornada a celebrarse. Tres días después la descripción adquiere ribetes de exterminio. Bajo el título de «*El terror contra los conservadores*» el diario azul continúa la narración de los atropellos contra sus seguidores¹⁸².

Pero a partir del segundo semestre de 1946 una lectura atenta de las noticias de violencia arroja una novedad protuberante, la descripción de los acontecimientos ingresa en nueva trama. Las noticias no se limitan a la narración de los actores comprometidos y los hechos generales, sino que exhalan una empresa de exterminio y terror descrita con detalle. Los relatos, en especial los de mayor resonancia, dibujan con énfasis los actos de sevicia que emprende el enemigo contra los prosélitos. «*Invadieron la población más de 200 conservadores armados de machetes, hachas y garrotes. Todos venían en estado de beodez... Inmediatamente la emprendieron contra las casas y tiendas de los liberales... En la plaza y en una de las calles se encendieron dos hogueras. Allí se echaron como pasto de las llamas los muebles, los utensilios, las ropas de las familias liberales. Cuando las fogatas estaban en su mayor furor, las campanas de la iglesia comenzaron a repicar alborozadamente y la banda salió a dar vueltas a la plaza entonando el himno nacional. Viva el partido conservador! Viva la religión! Abajo los rojos! Después se armó un baile entre altas voces de júbilo*»¹⁸³.

Las peticiones de garantías a la vida plagan las páginas de las dos prensas. Sus afirmaciones se sustentan en la imagen de una máquina de horror que ya no tiene forma de ser detenida: «*Los gaitanistas matan a los conservadores con sus esposas e hijos*»; «*Ferocidad y salvajismo en Arboleda*»; «*Francotiradores disparan a los trenes con pasajeros en Boyacá*»; «*Perseguidos como bestias los liberales de Ramiriquí*»; «*Nuevas demostraciones de barbarie oficial en Muzo. Parece dentro de su casa en llamas toda una familia liberal en Paipa*»; «*Noche de terror en Bucaramanga*». Un cuadro de horror consignado una y otra vez y que se va extendiendo de manera trágica a múltiples localidades del país, ya desde días antes del asesinato de Gaitán: «*En el curso de año y medio se han cometido, para dolor*

¹⁸² S: febrero 15 y 18 de 1943.

¹⁸³ "Actos de barbarie en Ancuyá de Nariño", T: agosto 22 de 1946.

de Colombia, incontables delitos, crímenes pavorosos, matanzas despiadadas», dice el diario liberal¹⁸⁴.

Matanzas, saqueos, incendios, grupos en fuga y migraciones masivas hacen su desfile luctuoso en el discurso. La máscara de horror de la que se reviste ahora la violencia no hace sino actualizar, como realidad viviente, el «*espíritu destructor*» del que es portador el adversario. El horror, ese innombrable que emerge con la clausura de la interacción comunicativa hace su ingreso triunfal. Si antes aparecía ocasionalmente ahora se vuelve la nota dominante. La agonía de la palabra, consumada en el derramamiento de sangre, es sustituida por la descripción de la sevicia: como si las descripciones llenaran el vacío de lo innombrable que porta la muerte. La violencia dejó entonces de ser una acción esporádica que bien podría obedecer los dictados de la sinrazón, la embriaguez o la miseria, para adoptar la siniestra figura de un plan de exterminio agenciado fríamente por el opositor: «*Los ataques contra ciudadanos conservadores... obedecen a un calculado plan de ataque contra nuestros copartidarios*»¹⁸⁵. De allí que cada colectividad crea, como un principio de realidad que no admite duda alguna, que la invasión de la violencia «*es un plan para exterminar nuestro partido*».

3. La argumentación sorda

La retaliación conservadora y la consigna violenta liberal

En las cíclicas apariciones de la violencia entre 1942 y el primer semestre de 1946 los partidos denuncian el uso de la eliminación del oponente como arma política: «*[Los conservadores querían] regresar al gobierno con el intento de renovar su obra de retaliación, que tantas cruces liberales levantó en los cementerios*», dice el liberalismo tras los comicios de 1942. «*El problema de la policía... se presentó desde los primeros años del régimen liberal [obedeciendo] a una consigna del régimen: reducir por la violencia a los conservadores*», comentaba el diario laureanista en 1943¹⁸⁶.

Con todo, es sobre la máscara del horror que se impone el enfrentamiento sin retorno. Lo que constituye hasta la mitad de la década un compañero más del enfrentamiento partidario se convierte desde el 46 en argumento inmune a toda prueba de realidad. Para los liberales se trata de la «*retaliación conservadora*» inscrita en la violencia oficial; para los conservadores de una «*consigna violenta*» encaminada a preservar las ficticias mayorías liberales. Sobre estos textos encontrados se arma el argumento que cada colectividad repite hasta la saciedad. «*La causa íntima, profunda y auténtica de la violencia se halla en el intento de que el fraude electoral liberal continúe preponderando como factor decisivo*». Ante el enunciado el diario rojo expone su enunciado radical: «*Es bien sabido que, en el 90 por ciento de los casos de violencia política que se*

¹⁸⁴ S: diciembre 20 de 1947; T: enero 29 de 1948; T: marzo 11 de 1948; T: marzo 13 de 1948; "La impunidad", T: marzo 13 de 1948.

¹⁸⁵ S: febrero 1 de 1948.

¹⁸⁶ "La magna obra del Régimen fue la mejor bandera", T: mayo 16 de 1942; "Dos reparos a *El Siglo*", S: agosto 9 de 1943.

han presentado últimamente, corresponde a las autoridades conservadoras la responsabilidad total»¹⁸⁷.

La reiteración de imprecación sorda se reviste, con el paso de días siempre bañados de nuevos derramamientos de sangre, de motes que señalan la administración de la muerte como una inequívoca obra de barbarie del adversario. «Desde cuando se apeló al [matonismo] en la administración de Olaya, como institución fundamental para ganar elecciones, durante todos los años de gobierno liberal se sucedieron las horrendas matanzas de ciudadanos inocentes... Se reclutaron salteadores de caminos, malhechores, forajidos de sangre y de violencia, para integrar las fuerzas de las policías... El liberalismo tiene un empeño vehemente en que no se verifique el saneamiento de personal policial, porque si tal se hiciera se debilitaría la institución del matonismo que tan cuidadosamente se creó para estrujar y tiranizar la opinión política de los conservadores». El Tiempo, por supuesto, devuelve la acusación con una rúbrica equivalente: «No se puede dudar ya más que se trata de una organización de matones auspiciada por el Estado y al servicio exclusivo y beligerante del partido conservador». Y sus descripciones rozan los mismos límites del horror: «La conservatización... ha conducido a todos los extremos de la barbarie y de la arbitrariedad... El gobierno, en forma que rebasa todos los límites de la arbitrariedad, se ha entregado a perseguir a los liberales con saña inaudita. De las poblaciones los hombres huyen con sus familias... Las armas oficiales le siguen de cerca, en una siniestra cacería, que no se detiene ni ante el dolor de las mujeres, ni ante el grito inocente de los niños»¹⁸⁸.

La guerra teológica cobra, a buen recaudo, la imposibilidad de su superación. La disolución de cualquier estrategia comunicativa se profundiza a medida que se cincelan los epitafios. El enunciado de cada partido, probado y reprobado según las páginas de cada diario, se erige en abismo que quiebra la emergencia de alguna perspectiva crítica y reconstructiva frente a la violencia. El 9 de abril sella la sordera de un enfrentamiento plagado de argumentaciones indiscutibles. El asesinato del líder, y la hecatombe de las multitudes arrebatadas, comprueban en el plano de lo real las acusaciones que cada partido lanzara a su oponente secular; el rostro de la barbarie estaba ahí, con sus estridentes imágenes de destrucción y embriaguez. De allí en adelante, y pasada una breve reconciliación mediante la inmediata restitución de la política de unión nacional, el argumento sordo no deja sino el enfrentamiento entre la «retaliación» violenta del conservatismo y la «consigna» violenta del régimen liberal.

4. El exterminio de las reservas electorales

Paralizar de terror al adversario

A lo largo de la década cada debate electoral arrastra consigo una verdadera batalla sangrienta. «Fraude» y «violencia» se convierten en los dos términos sinónimos y hermanos de la realidad política de mediados de siglo. La

¹⁸⁷ "Los crímenes políticos", S: agosto 2 de 1947; "La violencia", T: agosto 20 de 1947.

¹⁸⁸ "El matonismo liberal", S: agosto 13 de 1947; "La Policía de Boyacá", T: septiembre 5 de 1947; "Violencia en Boyacá", T: diciembre 16 de 1947.

democracia porta el rostro de la civilización y la cultura opuesto a la barbarie y los instintos desatados: «*[Ciertamente el país tiene problemas económicos]. Pero su problema esencial... es ser una democracia auténtica... Y sólo tiene una solución: buenas elecciones. Todo el drama de nuestra democracia reside en que votar no es todavía una función apacible y sagrada del ciudadano sino la reminiscencia de nuestro pasado de guerras civiles*»¹⁸⁹.

El tema de la reforma electoral, nervio de la democracia representativa, se convierte frente a la marcha de la violencia en la gran preocupación de la vida política. El acuerdo firmado en septiembre del 47 entre el ministro de gobierno y los jefes de los dos partidos estipulaba, como cláusula fundamental, la voluntad de llevar adelante la candente reforma. Empero, la negociación entre los partidos está signada por la imposibilidad del entendimiento. Ante el argumento conservador del 1' 800.000 cédulas falsas en manos de los liberales cualquier comprensión resulta imposible. Los tres primeros meses de 1948 -los del ambiente político más tenso, sólo igualado durante el año 49—, discurren con el prontuario trágico de la ineffectividad de todo acuerdo. El mensaje de año nuevo del presidente Ospina deja ver el modo como, hasta el defensor inveterado de la conciliación y la unión nacional, se ve arrastrado en la lógica del gesto del enfrentamiento: «*[La eliminación de la violencia] necesita... la adopción inmediata de una reforma electoral que restablezca la justicia política, eliminando el fraude... Yo denuncio, una vez más, esta oprobiosa realidad y la señalo ante la conciencia honrada del pueblo como la causa principal de la violencia*». El nuevo acuerdo bipartidista, firmado en medio del fuego que abrasa la capital el 9 de abril, halla una de sus concreciones en la reforma electoral. El parlamento dedica sus mayores energías a su aprobación hasta que el 10 de diciembre, pasadas las componendas y arreglos del caso, sale victorioso un pacto: «*Con la aprobación de la reforma electoral entramos así definitivamente, y bajo los mejores auspicios, a una nueva etapa política. A una nueva era democrática cuyo significado histórico acaso no sea posible apreciar inmediatamente, pero cuya trascendencia sería necio desconocer*»¹⁹⁰.

No obstante al año siguiente la euforia se trasmuta en su opuesto. El liberalismo propone un proyecto de ley encaminado a adelantar la fecha de las elecciones; estas no debieran celebrarse en mayo de 1950 —tal como estipulaba el acuerdo del 48—, sino que debían realizarse en noviembre de 1949. El argumento esgrimido a favor de la enmienda era el avance de una violencia comprometida en el «*exterminio de sus reservas electorales*». El proyecto liberal, tal como aconteció, era una declaratoria de guerra. El orden democrático, fundado en el reconocimiento del Otro sobre la base de la diferencia, queda arrasado frente al avance de la violencia. La imposibilidad de restituir el fundamento legal de los procesos electorales desbarata el lugar en donde el Otro y su diferencia cobra una legitimidad reconocida. El arrasamiento de las elecciones, el pilar de la democracia en la Colombia de los años 40, supone el desconocimiento del Otro como sujeto político. Al adversario, agente de la barbarie y el horror, no se le puede conferir la ciudadanía política. En el contexto de un ejercicio de la muerte que ya no tiene obstáculos, el vínculo

¹⁸⁹ "El Jefe del Estado condena todo brote de violencia", T: mayo 1° de 1946.

¹⁹⁰ "Alocución de año nuevo del Presidente", S: enero 2 de 1948; "Una democracia en acción", T: diciembre 11 de 1948.

entre violencia y democracia arrastra el fundamento sobre el que se levanta el orden político. No de modo gratuito el argumento sordo de cada colectividad se refiere a la destrucción de sus reservas electorales: *«El medio no sólo propicio, sino obligado para que el fraude se realce, es el de la violencia: pues es preciso paralizar de terror al adversario»*.

Sobre estos tres ejes se produce la operación simbólica de la invasión de la violencia al discurso político. Primero la armadura del horror toma la escena política en una calculada empresa de exterminio del adversario –es el argumento de cada partido-. Después los argumentos sordos clausuran los puentes comunicativos entre las colectividades e impiden cualquier ingreso de los hechos de sangre en un dispositivo que permitiera reflexionarlos públicamente. Y finalmente, en tercer lugar, la puesta en juicio de los procesos electorales postra el fundamento democrático en donde fuera posible la alteridad política.

CAPITULO XIII

RITUAL, MEMORIA COLECTIVA Y GUERRA SIMBOLICA

El recuerdo de los muertos aumenta el entusiasmo

Frente a la invasión de la violencia nuestro interrogante por la cultura política deriva en la pregunta planteada al comienzo de esta III Parte: ¿Cómo opera la codificación simbólica de la violencia en el cuadro del doble rostro y la invasión discursiva de la muerte? Empezaremos una tentativa de respuesta alrededor de tres tensiones que atraviesan dicha codificación.

1. A pesar de su presencia desde el inicio de la vida republicana, la violencia no se presta a la simbolización de un momento de ruptura¹⁹¹. Ni las guerras civiles del siglo pasado, ni las guerras más recientes, tienen como colofón la instauración de un orden nuevo de cosas. Ellas discurren con su trágico cortejo mortuario sin que la conciencia histórica pueda hallar allí un instante fundacional y creador: ni un renovado orden político ni la circulación de remozadas identidades ha traído consigo una muerte sin cuento. Sin embargo la violencia no pierde su "eficacia" sorda pues la historia nacional y sus transformaciones resultan impensables sin su concurso. La prodigiosa modificación del país en los últimos 50 años tiende profundos hilos con el reparto de poder que instaura el arrasamiento del oponente. Como dice Gonzalo Sánchez, "se siente como si en un mismo movimiento todo hubiera sido removido, sin que nada hubiera cambiado"¹⁹². Surge pues la PRIMERA TENSION que atraviesa la codificación simbólica de la violencia en Colombia: ésta no produce transformación estructural ninguna y el continuismo parece ser su lenguaje; pero, a la vez, ella lo impregna todo precipitando cambios y constituyéndose en elemento de cambio.

Esta primera tensión adquiere en los años 40 su formidable expresión. La violencia, en efecto, diluye el fundamento del orden democrático. A finales de la década no queda nada del ejercicio de una voluntad popular constituyente de poder, como lo pone en claro el desenlace de la reforma electoral. El ejercicio ciudadano, cuya mayor expresión cobra cuerpo en las elecciones, pierde toda legitimidad. Pese a dicha postración democrática el funcionamiento sancionado y "regular" de las instituciones no desaparece. En medio de una crisis que toca fondo en noviembre de 1949 Laureano Gómez es elegido para la presidencia de la república. El estado de excepción decretado en esos días, la clausura del congreso, la abstención electoral del liberalismo y la entronización de la violencia, no se convierten en obstáculos para la escogencia del nuevo presidente.

¹⁹¹ Daniel Pécaut (1987, p. 496) señala la imposibilidad de ver en la violencia algún momento de origen.

¹⁹² Sánchez (1990, p. 21).

En las elecciones el Otro adquiere el lugar de sujeto político real, las decisiones en las urnas colocan en escena la magnitud de sus fuerzas. En ellas el oponente se hace carne y hueso, se vuelve voluntad en marcha. Pero en la Colombia de mitad de siglo, justo cuando el Otro se convierte en actor político efectivo, aparece tercamente la violencia. Como consecuencia el Otro no se desliga de su inscripción imaginaria en la muerte.

En el concierto de la invasión de la violencia la tensión entre la «*barbarie*» y el «*sacrificio*» se "resuelve". El Otro, a quien se le endosa el significante de bárbaro, encarna el "ajeno" a la cultura. Con dicha operación se destruyen la alteridad y la singularidad como lugares de construcción positiva de las identidades, en tanto el reconocimiento de la diferencia se inscribe en los códigos de la satanización. Sólo desde este evangelio se hace comprensible el acto de discurso para el que los muertos se convierten de inmediato en héroes con identidad política: «*Las víctimas son todas conservadoras y los victimarios han sido siempre liberales*»¹⁹³. Cada muerto habla de la contienda teológica, la sangre vertida testifica la condición irreconciliable de los dos espíritus antagónicos y lo hace con la fuerza que nada más puede hacerlo.

La frontera entre el texto del «*sacrificio*» que glorifica «*el morir por la idea*» y la administración de la muerte que legitima «*el matar por la idea*» se vuelve nebulosa. El Otro no puede ser separado de su codificación imaginaria en la figura de la muerte porque la violencia se erige en el único operador discursivo que "zanja" la tensión entre la fragmentación y la unidad de la nación. En efecto, en un recoveco de la cultura política está afirmado que la violencia soluciona el conflicto entre la dislocación siempre sentida (palpable en el gesto del enfrentamiento) y la unidad sin fisuras (inscrita en la función mesiánica del partido): el arrasamiento del adversario es el único camino para que al fin se geste la unión nacional en torno al espíritu del partido. No más que por este camino el avance enmudecedor de la violencia podría convertirse en símbolo de la ruptura que transforme la faz de la nación.

2. ¿Basta sólo con invocar la terca presencia de la violencia para dar cuenta de la tensión anterior? Creemos que ahí palpitan tramas más profundas. El despojo del Otro ha ingresado al paisaje "natural" de los aconteceres nacionales, volviéndose cotidiano y hasta trivializándose. Ascende a mediación de las relaciones sociales en tanto se configura en recurso mediante el cual se configuran actores públicos —quien tiene armas tiene voz política—. En la violencia no hay que ver, así las cosas, una institucionalización precaria; por el contrario ella está incorporada a los intercambios sociales y las representaciones colectivas. Por eso resulta vano buscar en el aniquilamiento del adversario un comportamiento que de modo a priori se califique de patológico¹⁹⁴. En más de un contexto y en cientos de coyunturas el ejercicio de la violencia, en Colombia, es un modo sancionado que confiere identidad a quien lo practica. No obstante, y a pesar de esta "institucionalización" de la violencia en los circuitos del tejido social, ella no pierde su condición de acontecimiento que suspende la cultura. El arrebató del oponente no se

¹⁹³ "Para preparar el fraude el liberalismo está desangrando Santander", S: enero 22 de 1948.

¹⁹⁴ La indagación de María Victoria Uribe (1990, p. 29) permite pensar una mirada no patologizante de la violencia.

despoja de su condición de hecho que pone en entredicho las mediaciones del lenguaje y la comunicación. Estamos ante la SEGUNDA TENSIÓN.

Ciertamente el despojo del Otro no es la expresión de una institucionalización precaria. Por el contrario en lo imaginario de mediados de siglo la violencia se halla institucionalizada, la fuerza simbólica del rostro del «sacrificio» lo revela. La consigna de «matar por la idea» como una «cuestión de principios» ha marcado el ingreso de la violencia a la simbólica que informa la vida política y sus prácticas efectivas. No sólo en el rostro del «sacrificio» adquiere la violencia su carácter de instituido. La eliminación física del oponente termina por convertirse en lo real de la guerra simbólica que sostienen los partidos en la prensa. Día por día sus órganos periodísticos asisten al descuartizamiento ritual del adversario. Las críticas cotidianas, la acritud con la que se dibuja al adversario, las argumentaciones presuntamente armadas sobre pruebas irrefutables preceden el acto de eliminación física del Otro. La confrontación teológica es una cotidiana contienda de los signos. «*La violencia más típica de nuestras luchas políticas hace sus víctimas en los campos y barriadas... pero el combustible ha sido expedido desde los escritorios urbanos, trabajado con frialdad, elaborado con astucia para que produzca sus frutos de sangre*», decía Lleras Camargo en lúcido señalamiento de los vínculos entre lenguaje y violencia. «*Hoy, como ayer, la guerra es a muerte. ¿Qué más da que el fusil haya cedido el paso a la pluma? Si la saña es la misma y el odio igual qué más da*». La “mutilación” verbal del oponente, tarea de todos los días, es el punto de partida de una violencia que no abandona la escena política. No en vano a lo largo de la década, ante cada convulsión, los edificios de los periódicos fueron blanco de ataques despiadados¹⁹⁵. Saqueos a los periódicos tan indicativos del lugar de la palabra escrita como los anatemas condenatorios de los prelados al diario liberal capitalino: «*A toda persona que compre, lea u oiga leer, ayude con sus avisos o guarde el periódico [El Tiempo] incurre en la pena de pecado mortal*»¹⁹⁶. No quedan dudas sobre la fuerza de la frase de Nietzsche que sirve de epígrafe a este libro: «*Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu*».

No obstante, mientras la violencia accede al lugar de instituido su expansión socava la institucionalidad. La administración de la muerte implica el aniquilamiento del acuerdo básico de la convivencia civilista que supone la democracia. Ante la violencia las mediaciones de la cultura –concebida como la palabra capaz de mediar el conflicto–, quedan por entero clausuradas. La permanencia obstinada de la argumentación sorda es su prueba fehaciente. La palabra pierde su capacidad de diálogo y averiguación pues, en la incansable repetición del mismo argumento supuestamente probado y reprobado, el Otro como horizonte de la comunicación se desvanece.

¹⁹⁵ Los ejemplos son muchos. Entre otros en mayo de 1942 son atacados y apedreados los periódicos conservadores de Bucaramanga; en 1949 el periódico liberal del Tolima; en 1950 *El Espectador* y *El Tiempo* de Bogotá. Y no puede faltar la memorable quema del edificio de *El Siglo* durante el 9 de abril.

¹⁹⁶ "Alocución de Lleras Camargo", T: mayo 1 de 1946; "Los comunistas aspiran a elegir presidentes liberales", S: marzo 6 de 1944; "Obispos de Santander excomulgan liberales", S: enero 10 de 1949.

3. La violencia en Colombia no desaparece de los códigos a partir de los cuales se descifran el orden político y sus vicisitudes. De manera distinta, atraviesa los discursos sobre la constitución de los actores sociales y sus búsquedas de poder. Con todo, pese a su presencia discursiva, la violencia no habla nada más allá de la referencia empírica a la destrucción y el aniquilamiento¹⁹⁷. La muerte no se ritualiza, se resiste a ser incorporada en algún dispositivo cultural que la destierre del discurso a partir del cual se representan las realidades políticas. ¿Acaso se ha levantado algún monumento a los cientos de miles de muertos caídos en las múltiples violencias? ¿Jorge Eliécer Gaitán, la más ilustre víctima de la hecatombe de mediados de siglo, ha llegado a servir como encarnación simbólica de algún proceso de subversión posterior?¹⁹⁸. ¿Los incontables desaparecidos han generado algún movimiento de la sociedad civil –al estilo de las madres de la plaza de Mayo en Argentina– capaz de resimbolizar el dolor de quienes han de vivir un duelo sin rostro? Sin duda, la administración de la muerte en Colombia, más allá de sus presencias reales, no irriga los circuitos de la cultura bajo la forma de una narración que haga posible su resemantización. Entre la tiranía semántica de una violencia que no abandona el discurso político y su imposibilidad de resemantización emerge la TERCERA TENSIÓN.

La violencia, es verdad, no abandona la palabra política. Por el contrario se erige en el signo que cimenta la contienda de los dos espíritus antagónicos. El conservatismo lo resume al evocar la matanza de sus copartidarios en Gachetá en 1939: «*El recuerdo de Gachetá aumenta el entusiasmo del conservatismo*». El frenesí armado sobre las sepulturas se liga a la imposibilidad de borrar las marcas propinadas por el contrario: «*El conservatismo no olvida, no puede olvidar la matanza de Gachetá*». Los muertos y los sacrificados «*no se pueden olvidar*» puesto que ellos «*aumentan el entusiasmo*» del partido. Sobre la trama de este libreto la violencia se apodera de la memoria colectiva. El recuerdo ensangrentado de los sacrificados se encargó de forjar, en lo real, el carácter apocalíptico del adversario. La violencia se instituye en llaga, en cicatriz que se expone al modo de testigo insobornable: «*Se equivocan los diaristas liberales si anhelan que el país olvide cuanto ocurrió el 9 de abril... "RECORDAD EL 9 DE ABRIL" tendrá que ser el lema forzoso de las actividades políticas del futuro*». La violencia, al convertirse en dispositivo básico de la memoria colectiva, impone a los partidos la afirmación concluyente: «*Como un acicate constante, como una reclamación permanente de justicia, se mantiene en la mente de todos los nuestros el lívido cortejo de los copartidarios sacrificados*»¹⁹⁹.

El «*lívido cortejo de los copartidarios sacrificados*» o, lo mismo, el registro de una conciencia pública forjada en torno a un centenar de guerras. Como dijera una mujer conservadora sobre sus vecinos liberales de otras veredas: «*Nosotros éramos conservadores y los liberales eran los extraños, los que*

¹⁹⁷ La violencia misma se convierte en sujeto sustancializado y autónomo. Sobre la violencia de mediados de siglo se suele escuchar decir: “La violencia me quitó la finca”; “la violencia me mató el marido”. Carlos Miguel Ortiz (1985, p. 22).

¹⁹⁸ La memoria de Gaitán tuvo enorme vitalidad en los años que siguieron a su asesinato. En tiempos actuales ha perdido fuerza pese a que continúa siendo la referencia de la memoria colectiva respecto a la vida de mediados del siglo XX.

¹⁹⁹ T: octubre 9 de 1948; S: enero 8 de 1943; S: marzo 3 de 1942; S: enero 3 de 1949.

vivían al otro lado del pueblo... Eran la gente a la que uno le tenía miedo, eran la gente de allá. No es que fueran extraños porque uno sabía quienes eran, pero eran gente mala. Si uno cruzaba al otro lado de la vereda, allá decían lo mismo de nosotros. Para ellos, nosotros también éramos raros»²⁰⁰.

Para cada partido el Otro es un «extraño» que, al mismo tiempo, no es un desconocido. Una ambivalencia tejida en el miedo y la certeza de que son «gente mala». Un «extraño», el sujeto «del otro lado», el "ajeno" sembrado en el otro espíritu cuyo operador discursivo viene tejido a la memoria de la violencia. De allí que ante el avance de la muerte aflore con toda su potencia el «odio ancestral», esa protuberancia de la memoria colectiva que trastorna el vínculo con el Otro en el veneno de la venganza: «Los hechos de sangre que el país está contemplando ahora, no son sino la proporcionada venganza de otros»²⁰¹.

Pese a la extensión de la violencia, sin embargo, la muerte no logra producir categorías de representación del conflicto: no logra resimbolizarse, se circunscribe a la argumentación sorda. El 7 de febrero de 1948 el partido liberal convocó a un acto público encaminado a expresar una firme voz de rechazo contra la violencia. La marcha pretendía romper la cadena de la palabra ciega pues los asistentes habrían de acompañar el cortejo en completo silencio, portando antorchas encendidas y banderas negras. ¡No a la muerte!, tendría que ser el único grito que profiriera aquel silencio atiborrado de sangre derramada. «La Marcha del Silencio» de aquel sábado de febrero fue la gran expresión pública de la década encaminada a exorcizar el rumbo arrasador de la violencia. El multitudinario cortejo y la voz aplastante del silencio evidenciaron la voluntad hacia la solución civilista del conflicto. No obstante la peregrinación no cristalizó sus propósitos. Como lo hiciera con el escenario político la lógica de la imprecación impuso sus prácticas: los muertos evocados en el silencio no dejaron de tener color político. «Todas las delegaciones deben llevar sus banderas enlutadas en homenaje a los liberales sacrificados por el sectarismo», decía el periódico liberal en primera página. Por supuesto el argumento es devuelto por *El Siglo* desde el mismo guión pero en dirección opuesta: «El señor Gaitán rindió homenaje ayer a los muertos. Entendemos que se trata de los muertos conservadores, porque los liberales víctimas de la persecución oficial no existen»²⁰².

Entre los «liberales sacrificados» y los «muertos conservadores» quedó impedido el conjuro de la muerte. Sin duda el rito, además de su dimensión integradora, posee en una misma proporción una función de exclusión de los que no ingresan en sus códigos y prácticas²⁰³. Pero la «Marcha del Silencio» se limitó a reproducir el gesto del enfrentamiento al quedar atrapada entre una movilización liberal versus una farsa que los conservadores deslegitiman. Un ritual que permitiera actuar ceremonialmente la muerte y sus horrores

²⁰⁰ Citado en María Victoria Uribe (1990, p. 90-91).

²⁰¹ "Razones de la unión nacional", S: octubre 22 de 1946; "Ojo por ojo", T: agosto 16 de 1947.

²⁰² "Listos los preparativos para la manifestación", T: febrero 4 de 1948; "Homenaje a los muertos", S: febrero 8 de 1948.

²⁰³ Para las dos funciones del rito mirar Néstor García Canclini (1989, p. 179-180).

neutralizaría la presencia de la violencia en el tejido social²⁰⁴. Mas la comunión del rito supone la preexistencia de un espíritu compartido capaz de poner en marcha los flujos de energías enterradas en diversos confines del tejido social. No es el caso de Colombia en los 40, la ausencia de un espíritu de lo nacional convirtió la Marcha en una retraducción del gesto y sus argumentaciones sordas. Frente a la guerra teológica todo dispositivo resultó infructuoso²⁰⁵. La violencia, explícitamente presente en los discursos con los que se representa el orden político, no logra circular en ningún dispositivo cultural que permita su resemantización.

Los partidos políticos, cada uno por su lado, no dejan de ver en el adversario el agente de una violencia que pretende arrasarse sus reservas electorales y fundar, sobre la sangre, su hegemonía política. La simbólica que encarna el código imaginario religioso es así prolongada y resignificada en el código imaginario de la sangre: el acto de eliminación física del contrincante pone en marcha el espectáculo del derramamiento de la sangre; y el cuadro de la sangre vertida confirma todo el sentido que bulle en el enfrentamiento insuperable de los dos espíritus. Decía Alberto Lleras Camargo en 1942: «*Sólo habrá convivencia nacional auténtica cuando no haya electores colombianos reclutados como sombría carne de urna, sino como ciudadanos que informados intensamente de lo que está ocurriendo ahora, y no en la centuria precedente, opinen, sin viejos odios sobre nuevos problemas. Sólo entonces las decisiones de la democracia no serán irreparables y no oscilarán los partidos entre la violencia de dos desesperaciones*»²⁰⁶.

Los dos códigos imaginarios se conectan de manera orgánica, el «*espíritu*» del partido se anuda en la «*sangre*» de la violencia bajo la forma de «*la violencia de dos desesperaciones*». Bien porque el enfrentamiento entre los partidos, cuyas enseñanzas rayan en la desesperación, parece no encontrar solución sino en los cauces de la violencia; bien porque la permanencia terca de la violencia constata la inmovilidad de una desesperación tejida en los mares profundos de la cultura política. La pertenencia primordial está asegurada. La adscripción partidaria en el código imaginario religioso está sellada en el código imaginario de la sangre: «*Porque la sangre es espíritu*». Con todo, la simbólica política de la década no se agota allí. Lleras lo expresa al signar la tragedia de la democracia bajo la tensión entre el «*colombiano reclutado como sombría carne de urna*» y el «*ciudadano*». Este será el problema de la siguiente Parte.

²⁰⁴ La noción de un ritual capaz de exorcizar el ejercicio real de la violencia se encuentra en René Girard (1975). También en Tzvetan Todorov (1989).

²⁰⁵ Naturalmente nos referimos a rituales con capacidad de recodificar la violencia. La eliminación del adversario tiene en sí misma sus rituales, como los de las matanzas de aquella época. María Victoria Uribe (1990).

²⁰⁶ "Gran fiesta liberal el banquete", T: mayo 14 de 1942.

CUARTA PARTE

LO IMAGINARIO DE LA CIUDADANIA FRAGMENTADA

Mientras haya régimen habrá oposición

La importancia simbólica de la perspectiva tradicional en la cultura política de mediados de siglo queda fuera de duda. Empero, para completar nuestra analítica, es preciso dar cuenta de la expresión discursiva de la modernidad política en la prensa de la década. La respuesta a dicho interrogante, a esta altura de nuestra reflexión, ha de explicar los modos como la pertenencia primordial resimboliza los horizontes de la modernidad.

Pues no se trata de una presunta oposición que distribuye lo tradicional y lo moderno siguiendo los estratos de una geología social: «[El cacique] se convirtió... en el intermediario entre los dos mundos culturales, como eran el Estado moderno... y la sociedad tradicional»²⁰⁷. Al decir de este planteamiento lo moderno es el lugar propio de las élites que dirigen el Estado; lo tradicional, por su parte, gobierna el mundo de los sectores subalternos según lo prescribe su obediencia a las formas arcaicas de poder. La oposición, sin embargo, no se sostiene. Ni los sectores dirigentes se apegaron a pie juntillas a los cánones de la modernidad, así como lo ponen en escena las páginas anteriores; ni los sectores subalternos renunciaron a la interpelación de la modernidad toda vez que emprendieron sus propias luchas²⁰⁸.

Nos distanciamos, del mismo modo, de aquella otra visión que ve en la implantación de la modernidad un traspaso mecánico que soslayó su adaptación a las realidades nacionales. La llamada "implantación acrítica" supone, según rezan sus exponentes, una recepción del bagaje político moderno sin que, al tiempo, se efectuaran las adecuaciones que demandaba su establecimiento en una geografía social distinta a aquella donde se incubó la cultura de la democracia²⁰⁹. En la grieta que inaugura esta discordancia entre la adopción de la modernidad política y su precaria –no faltará quien diga nula– adecuación de la fisonomía nacional, se reconoce la evidencia de una modernidad siempre postergada.

La circulación de la modernidad política en Colombia tuvo que enfrentar infinidad de obstáculos. El bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas frenaba la gestación de los mercados simbólicos y materiales sobre los que se funda la racionalidad democrática; la ausencia de un aparato estatal centralizado socavaba la posibilidad de hacer del Estado un ente de unificación nacional; la inexistencia de ciudadanos entorpecía la configuración de una ética de lo general; las ataduras comunitarias se alzaban como verdaderos muros de contención al surgimiento de individuos autónomos. Empero, el complejo manejo de tropiezos que debió sortear la instauración de la modernidad política no apoya, ni el abismo insalvable entre unas élites cultas y un pueblo tradicional, ni la implantación acrítica de una modernidad que no dialoga con las singularidades nacionales. De modo distinto, las permanencias tradicionales que asoman bajo la imagen de «*porque la sangre es espíritu*» hablan, justo, del intercambio orgánico al que debió acudir la modernidad en su implantación en

²⁰⁷ Fabio Zambrano (1988, p. 22).

²⁰⁸ Ya desde mediados del siglo XIX en la revolución de 1854, y luego durante múltiples luchas, Mario Aguilera y Renán Vega (1991) muestran la existencia de elementos de la modernidad en el discurso político de los sectores populares.

²⁰⁹ Fabio López (1990, p. 106).

el país. Tan sólo por la vía de este diálogo entre modernidad y tradición resulta comprensible la rápida extensión que cobró la legitimidad del nuevo orden político. La modernidad en Colombia, así pues, no sólo se adoptó sino que se adaptó de manera tenaz y sorprendente.

Nos ocuparemos de la nación, el pueblo, la historia y el régimen, claves enunciativas de la modernidad política. De seguro se pueden seleccionar otras. Nos circunscribimos a ellas por la claridad con que se prestan al cometido de mostrar la tensión semántica que arrastró la cultura política de mediados de siglo. Las cuatro nociones escogidas hablan de un orden democrático sobre el que existía consenso en todas las fuerzas políticas de la época; no obstante el proyecto de construir la nación desde los dictados históricos de un gobierno popular, en la medida en que es resignificado por la pertenencia primordial, termina por construir lo que denominaremos el código imaginario de la ciudadanía fragmentada: la ciudadanía se establece y es ingrediente básico del discurso político; pero al modo de un ciudadano que se mueve entre el actor civil artífice de la nación y el adherente ciego a la colectividad partidaria.

CAPITULO XIV

LA NACION

La unidad del partido es la unidad nacional

Decía el conservatismo durante la campaña de 1946: «*El espíritu de secta se halla ya definitivamente abolido... Lo que el viento se llevó fueron los gobiernos de partido... Por sobre todo está la nación que es lo único que nos une por encima de todo lo que nos divide*»²¹⁰. Los nuevos vientos de la época inaugurados por el ascenso del gobierno conservador hay que buscarlos en la «*nación*». El concepto, es verdad, describe ese horizonte de sentido en torno al cual pueden identificarse en comunión los individuos que componen un país. La construcción de la nación habla de una identidad a partir de la cual los miembros de un grupo humano se confieren un sentido colectivo, al margen de su condición social, política, étnica o religiosa. La unidad y la convergencia se sobreponen a cualquier fragmentación, el interés general prima sobre el particular y partidista y «*une por encima de todo lo que nos divide*».

Sobre este texto la «*nación*» invade el discurso de la prensa de los 40. Como aconteció ya a otros significantes importantes, se la invoca ante cada oportunidad en que las crisis parecen imponer sus efectos disolventes: la «*unión nacional*» será su fórmula preferida. Desde finales de 1943, cuando ya resultaba inminente la agonía del segundo gobierno de López, suenan los primeros clarines de la unión partidista²¹¹. Pero no será sino hasta la renuncia del presidente cuando se hace efectiva la colaboración conservadora en el breve gobierno de Lleras Camargo. La fórmula, acogida desde agosto de 1945, se convierte en el distintivo de la campaña proselitista del año siguiente²¹².

El Siglo lo deja bien claro: «*El frente nacional ha hecho camino y quien logre servir de abanderado de ese poderoso movimiento que bulle en la mente de todos... será el ungido de la voluntad popular*». La consigna unionista, efectivamente, se erige en pasaporte político. El candidato conservador se auto define como «*el Candidato de Unión Nacional*». Fiel a sus anuncios sube al poder guiado por la consigna electoral: «*He avanzado como lo hubieran hecho Herrera y Uribe, a poner la patria sobre los partidos*», dice en su discurso de posesión. Los liberales acogen la tesis e ingresan al gobierno con representación en todos los niveles de la administración pública. El presidente que hace entrega del mando expresa la convicción que anima en ese instante

²¹⁰ "Lo que el viento se llevó", S: marzo 15 de 1946.

²¹¹ López propone cargos ministeriales a algunos conservadores y a finales de ese año se lanza la iniciativa de la constitución de comisiones parlamentarias mixtas. T: diciembre 1º de 1943.

²¹² Alfonso López es el primero en proponer la constitución de un frente nacional del que resulte elegido un candidato único, con la anuencia de ambas colectividades. El liberalismo reacciona con virulencia: «*[López] no le da importancia ninguna a esta fórmula de poner en manos del enemigo la selección del candidato liberal a la presidencia*». "Discurso de Forero Benavides", T: febrero 4 de 1946.

al liberalismo: «¿Cómo esperar que el gobierno de un solo partido, aún dirigido angelicalmente, no derive a una fórmula cualquiera de violencia?»²¹³.

No obstante los entusiasmos iniciales bien pronto tienen que empezar a ser morigerados. Desde el principio de la administración azul, apenas dos días después de la posesión, se dejan oír voces de descontento: «No parece posible esperar que en [Cauca y Nariño] vaya a cumplirse la fórmula de la unión nacional... [Sus gobernadores] representan lo más arisco y beligerante del conservatismo». Aquí y allá, de ese momento en adelante, surge siempre una noticia que hace temblar los cimientos de la nueva convivencia arrastrando la determinación de superar la fragmentación partidaria. «En Santander hay gobierno completamente conservador»; «El Directorio Liberal de Caldas ha declarado rota la unión nacional». Las denuncias liberales se ven orquestadas por sectores conservadores pese a que el partido se encuentra a la cabeza del Estado: «Gobernador de Cundinamarca no cumple la unión nacional. Destitución en masa de conservadores»; «Jefes conservadores rompen con la unión nacional en Tolima»²¹⁴.

Tras las acusaciones que van y vienen la convención liberal, reunida a finales de febrero de 1948, decreta la ruptura de la unión nacional: «Rota la colaboración liberal. Las mayorías lo acordaron anoche por unanimidad». En medio de la lluvia de argumentaciones el partido rojo declara los motivos que forzaron su determinación: «Creemos que el gobierno de unión nacional es la curva de empalme hacia el régimen conservador». El conservatismo, obviamente, califica en los mismos términos la decisión de sus oponentes: «Importa dejar establecido que el rompimiento de la unión nacional corresponde exclusivamente al liberalismo... Es un acto de agudo sectarismo»²¹⁵.

«La política de unión nacional seguirá inspirando mi gobierno» decía el presidente Ospina al tiempo que firmaba el decreto de creación de un gabinete ministerial exclusivamente conservador²¹⁶. Bajo el saldo del desencuentro, que ni el proyecto de nación pudo superar, prenden las llamas del 9 de abril. De los escombros resurge un nuevo acuerdo unionista sometido, al igual que el pactado en 1946, a la suspicacia y la acusación. «La 'unión nacional', como todo programa político, entrañaba un contenido real y una visión profética... [Pero los liberales han querido] a su amparo implantar la impunidad de los enemigos de la Patria», afirmaba el diario laureanista pasado el bogotazo. Las voces de llamado a la concordia; las reconveniones sobre las «proféticas» ventajas de la unión nacional que la hacen «no tan sólo una fórmula política ni el programa de un gobernante si no la manifestación vigorosa de una necesidad colombiana», no fueron capaces de desterrar la guerra partidaria²¹⁷.

²¹³ "La realidad nacional", S: marzo 8 de 1946; "Discurso del Presidente", T: agosto 8 de 1946; "Nueva época", S: agosto 7 de 1946.

²¹⁴ "Los departamentos y la unión nacional", T: agosto 10 de 1946; T: julio 3 de 1947; T: agosto 12 de 1947; S: agosto 15 de 1947; S: diciembre 11 de 1947.

²¹⁵ "Vivezas", T: marzo 6 de 1948; "Una nueva política", S: marzo 1º de 1948.

²¹⁶ En ese momento ya se habían dado dos crisis ministeriales resueltas con la distribución paritaria entre liberales y conservadores: una en diciembre del 46 y otra en mayo del 47.

²¹⁷ "Realidad de una política", S: 15 de julio de 1948; "Sobre un mensaje presidencial", T: julio 29 de 1948.

Efectivamente el 21 de mayo de 1949 se rompe de nuevo el pacto de unión entre las colectividades.

Ante la fragmentación que produce la pertenencia primordial la «*nación*» no pudo cumplir su función de referencia imaginaria a la unidad. No porque los partidos carecieran de la visión utópica de la construcción de la armonía y la comunión nacionales; todo lo contrario, dicha aspiración formaba núcleo primordial del código imaginario religioso bajo la imagen de la redención salvífica. Solamente que dicho sueño de unidad pareciera quedar reciclado en lo imaginario de la sangre. «*La unión nacional es el programa del sacrificio*», afirma Juan Uribe Cualla en el congreso de 1947. Desde allí ambos partidos degradan la referencia simbólica a la unidad al convertir el espacio universal de la nación en un asunto partidario. «*Sólo nuestro partido puede imponer la política de unión nacional*», se dice cada una de las colectividades destruyendo el horizonte de sentido que instaura la nación²¹⁸.

La tensión ahí latente adquiere su distintiva formulación en una frase del liberalismo a comienzos de 1947: «*La unidad del partido es la unidad nacional*». Sólo la unidad del partido podrá instaurar la unidad de la nación. Cada colectividad, en su momento, se repetirá la misma aseveración que lanzara Laureano Gómez en 1942: «*¿Cómo creer nosotros que formamos parte de un todo, de un conglomerado nacional, si somos repelidos de esa atroz manera con mentira, con engaño y con falacia?*»²¹⁹. Los partidos están por encima de la nación, algo bien distinto a lo que sugiere la aplaudida sentencia según la cual «*la nación está por encima de los partidos*». La «*mentalidad sectaria de nuestros partidos*», esa misma tejida en el clamor de «*porque la sangre es espíritu*», cercenará el espíritu de la convivencia pluralista que porta el imaginario de la nación.

²¹⁸ "Los criterios y los estilos", T: agosto 9 de 1947; T: enero 27 de 1947.

²¹⁹ "El dogma del régimen", S: agosto 4 de 1942.

CODIGO IMAGINARIO DE LA CIUDADANIA FRAGMENTADA: LA MODERNIDAD

SERIES (Significante Principal)	CONTEXTOS DE SIGNIFICACION (Significantes secundarios)	SENTIDO
NACION	Unidad más allá Partido, Superación Odio ancestral/ Política del sacrificio	Unidad Partido es Unidad Nacional
PUEBLO	Base poder, sabiduría democrática/ Pueblo paternalizado, denigrado, partidizado	Pueblo del Partido
HISTORIA	Mito del origen, legitimidad política/ Bolívar versus Santander, historia fragmentada	Historia del Partido

CAPITULO XV

ENTRE EL PUEBLO Y EL ELECTORADO

Al pueblo que se lo lleve el diablo

El pueblo se erige en sujeto permanente del discurso político de la década. El es fundamento de la democracia, piedra angular sobre la que se levanta el orden político. Las precarias condiciones de vida del pueblo no representan un obstáculo para el despliegue de la esencia democrática que rige a Colombia. «Aspiro a que [los extranjeros] no recuerden grandes palacios sino campos ubérrimos esmaltados de casitas campesinas», decía Eduardo Santos; más allá de la pobreza, sin embargo, se trata de un pueblo democrático: «Cada pueblo... busca la realización de sus destinos conforme... a su temperamento. Y nosotros tenemos en el criterio democrático no sólo la mejor sino la única forma de expresión de nuestras almas»²²⁰.

El intento golpista de los militares en 1944 hace circular, con fuerza, esta imagen de un pueblo democrático que por encima de la pobreza sigue los dictámenes de «la única forma de expresión de nuestra alma»: «La palabra pueblo está limitada muy sabiamente a esa vasta zona popular de los descamisados... de los trabajadores manuales... de alpargatas. Y ha sido ese pueblo... el que ha estado presente en las calles. ¿No demuestra ello que ese pueblo de descamisados, de humildes obreros sin segundo traje, vale tanto o vale más que el mejor pueblo de la tierra?»²²¹.

Poca monta tiene el que el pueblo «no tenga segundo traje». Su naturaleza democrática lo iguala –o lo hace superior– al más avanzado y promisorio pueblo de la tierra. Dicha imagen alimbarada del pueblo democrático aparece aquí y allá cada vez que el querer popular debe desfilar por la escena política. En los momentos en que el movimiento obrero dio muestras de autonomía política las invitaciones a la cordura solían comenzar con el llamado a un pueblo ejemplo de cordura y democracia: «El fondo moral del pueblo colombiano es excelente. Superior al de muchos otros, que gozan de mayor adelanto material. [Eso no lo pueden olvidar los obreros]»²²².

Sin embargo junto a la asociación de pueblo y sabiduría democrática corría pareja la visión paternalista. Las conquistas populares eran el resultado de las luchas que habían librado los dirigentes de los partidos. «Sin la dirección intelectual del liberalismo, que dota de una orientación y un sentido a ese movimiento, el sindicalismo no tendría sentido específico. Se convertiría en una fuerza más a la deriva», decía *El Tiempo* a finales de 1943. El pueblo, que «sin la dirección intelectual» del partido no es más que «una fuerza a la deriva» debe aguardar su redención: «[Los avances de la legislación social] vienen

²²⁰ "En el altar de la patria deposito las insignias del mando", T: agosto 9 de 1942.

²²¹ "Nuestro pueblo", T: julio 13 de 1944.

²²² "Danza de las horas", T: diciembre 31 de 1947.

siendo convertidos, con el asentimiento de todos los partidos, en instrumentos de redención social y económica». El pueblo requiere custodia a fin de que no se extravíe y los partidos son los llamados a ejercer la tutela: «La patria deben salvarla, necesariamente, sus antiguos vigías, los que señorean el pueblo y lo orientan», dirán los liberales después del 9 de abril²²³.

La mutación de la imagen heroica del pueblo a la imagen de sujeto precario cobra toda su fuerza cuando la oleada del movimiento social va en ascenso a partir de 1945: *«Infortunadamente cruza el país un desconcertante viento de locura, tanto más peligroso cuanto que resulta muy difícil señalarle su dirección, fijarle su cauce, encontrar el objetivo de su huracanada y dispersa energía»,* afirma el liberalismo. El paro de mayo de ese año, naturalmente, activa la descalificación: *«Combatimos la huelga general por razones muy nobles... No hay [en ella] motivos serios y respetables... La huelga es ilegal y antidemocrática».* Los partidos tradicionales no encontraron en la turbulencia social de esos días sino fuerzas extranjeras interesadas en aprovecharse de la buena voluntad del pueblo: *«Puede asegurarse en forma enfática que ninguna de las huelgas de los últimos años ha tenido origen puramente obrero... Todas han sido iniciadas y dirigidas por el comunismo»,* asevera Calibán al comienzo de la década anunciando lo que vendrá poco después. En efecto, esas opiniones que podrían ser miradas como el descontento de una facción liberal con las propuestas lopistas, se trasmutan en la opinión oficial de las elites cuando se les vuelve tarea imperativa la neutralización del movimiento obrero: *«Las últimas agitaciones sociales que han estallado... tienen una característica común: la sinrazón... Resulta evidente que no están en juego intereses obreros legítimos... El trastorno tiene sus raíces en un minúsculo grupo de agitadores profesionales sin responsabilidad, ni solvencia moral»²²⁴.*

El ingreso del pueblo a la escena política a título de actor autónomo es reducido a «la sinrazón». Para los partidos el pueblo podía tener vida política si y sólo si estaba tutelado, lo muestra de manera diáfana la explicación del «malestar social» a partir de la manipulación de agitadores que extravían al movimiento popular. En el concierto de dicha visión paternalista se caía con facilidad en la desconfianza y la denigración: *«Los trabajadores... en primer lugar son ignorantes. No solamente lo son porque en su mayoría no conocen el alfabeto, sino que, además, ignoran su trabajo y su ejecución honrada»,* diría un articulista en *El Tiempo* pocos días después del paro de mayo del 47. A la hora de las evaluaciones sobre el resultado de la política laboral no faltan los diagnósticos desoladores: *«Al derecho de huelga... debió seguir... la labor de educación de la masa que le hiciera creer no solamente en esas ventajas, sino en otras muchas que se derivan del trabajo eficiente».* El remate del artículo es conclusivo: *«No solamente la gran mayoría de los trabajadores, por no decir la totalidad, son íntegramente ignorantes, sino que a esa terrible ignorancia se agrega el gran sedimento de odio que en su mentalidad siembra la obra de los*

²²³ "El sindicalismo liberal", T: diciembre 5 de 1943; "Alocución de Ospina", T: enero 2 de 1949; "Patria y partidos", T: octubre 3 de 1948.

²²⁴ "La crisis social", T: mayo 3 de 1947; "Razones contra el paro", T: mayo 12 de 1947; "Danza de las horas", T: junio 24 de 1942; "Insolencia de la sinrazón", S: mayo 11 de 1947.

demagogos»²²⁵. La febril irrupción de las masas en los episodios del 9 de abril hará saltar de nuevo las versiones degradantes.

Entre el pueblo sabio y el pueblo denigrado la lógica del gesto del enfrentamiento se hace también presente. «*El fervor y el instinto del pueblo liberal, siempre superior al fervor y al instinto de sus dirigentes*» indicaba *El Tiempo* en 1942. «*Al pueblo liberal, sano, honesto, le va a faltar ahora... el coraje necesario para no ser burlado*», repetían los liberales en 1947. Por supuesto el conservatismo se abroga también el llamado partidista al pueblo: «*No puede haber colaboración conservadora... porque hay un pueblo conservador y un partido en el ostracismo*», exclamaba *El Siglo* en 1943. «*El sufrido pueblo conservador desde hace diez y seis años consecutivos es víctima de toda clase de persecuciones*», reiteraba años más tarde²²⁷.

En este contexto el pueblo es cercenado de su unidad imaginaria. No es el ente universal en donde se teje la voluntad sobre la cual descansa el último poder; menos aún una categoría sociológica que describa la articulación clasista de la sociedad. En el devaneo entre el «*pueblo liberal*» y el «*pueblo conservador*» queda recluido en el particularismo de los prosélitos que siguen a una u otra colectividad. La visión paternalista y denigrante termina de socavar la posible invocación del sujeto fundante del orden político. De tal modo la tensión semántica que atraviesa la cultura política de la década cobra en el pueblo una más de sus expresiones: aquella que se mueve entre los llamados al pueblo universal fuente del poder y la convocación al pueblo del partido sostén de los apetitos partidarios. Entre un polo y otro entra de manera perfecta un fragmento de Calibán: «*Pueblo somos todos, desde el millonario hasta el mendigo... En realidad lo que los políticos llaman pueblo es al electorado... Y al pueblo que se lo lleve el diablo*»²²⁸.

El vínculo entre el pueblo fundamento de la democracia y el pueblo del partido –pasando por el tutelaje y la denigración–, se anuda sobre la realidad de una democracia reducida a los procesos electorales. Cualquier otra iniciativa política es de inmediato censurada o, como fue el caso del movimiento sindical, sometida a su fragmentación siguiendo las líneas de la división partidista. En suma, para las colectividades resulta intolerable todo protagonismo político que se salga de sus estructuras de funcionamiento. En últimas, ante la realidad partidaria sobra cualquier otra forma de organización de la sociedad civil. «*Al pueblo que se lo lleve el diablo*» pues el pueblo a redimir, simplemente, debe entrar a formar parte de las filas del partido.

²²⁵ "Una cuestión social el problema de los trabajadores", T: mayo 19 de 1947.

²²⁷ "Realidad del peligro", T: marzo 19 de 1942; "Danza de las horas", T: marzo 7 de 1947; "Es necesario que el gobierno se cure del prevaricato", S: diciembre 1º de 1943; "Las calumnias al clero", S: febrero 6 de 1948.

²²⁸ "Danza de las horas", T: octubre 5 de 1948.

CAPITULO XVI

LA HISTORIA Y EL REGIMEN

Una historia que no les pertenece

El proyecto de construcción de la nación tenía su inicio y único origen, según los periódicos capitalinos, en la gesta emancipadora que condujo al nacimiento de la república independiente. En Colombia no se invocó la fuerza creadora de un pasado aborigen, como bien lo hicieron Perú o México²²⁹. **La historia nacional comienza con los padres que fundaron la patria democrática.**

El soplo creador del mito fundacional no deja de enviar su luz a pesar de las convulsiones internas: «*La fuerza de los valores espirituales que precedieron las luchas por la independencia... no han dejado de prevalecer entre nosotros a pesar de los brotes esporádicos de la violencia*», proclama el presidente Ospina Pérez días después del 9 de abril²³⁰.

La esperanza legada por los padres de la patria es un norte de la labor política: «*Lo que está en juego es la herencia de los próceres y en su defensa todos los sacrificios son pequeños, inclusive el de la vida*», apuntaban los conservadores en 1942. No hay esfuerzo que no justifique, pues el sueño de los fundadores está todavía trunco: «*En realidad no se ha cumplido sino a medias el sueño de los libertadores*». De allí que el hálito inicial sea llamado a conjurar las crisis: «*En todos los rincones del país se oye el despertar de aquellos ecos ocultos pero operantes de la Colombia que crearon los Libertadores en la magna gesta; gritos de la tierra regada con sangre de héroes y mojonada con la tumba de los próceres, que sólo hacen irrupción en las grandes crisis de la nacionalidad*»²³¹. De tal suerte, la acción política venía preformada en los principios tutelares de la nacionalidad. El intento de cercenar este vínculo primordial de la tarea política, o de siquiera ponerlo en duda, recibe un caudal de improperios. «*Ningún partido corta las raíces que le unen al pasado, porque quedaría como el árbol mustio, condenado a muerte*», dice Calibán²³². De la gesta libertadora hacia atrás sólo están las tinieblas de la dominación colonial; todo aquello que hable de la conformación del país, de su génesis y sus procesos, ha de buscar sus raíces en el alumbramiento creador de la Independencia. El aliento así creado se ha materializado en la permanencia de la democracia y los derechos civiles.

²²⁹ La raíz indígena en la construcción del discurso político peruano puede consultarse en Antonio Flórez (1986). La de México en Néstor García Canclini (1989).

²³⁰ "La figura del doctor Ospina adquirió ante el mundo los perfiles del mármol", S: julio 21 de 1948.

²³¹ "El delito", S: abril 18 de 1942; "Siete de agosto", T: agosto 7 de 1943; "El cuerpo de ingenieros ofrece un banquete a Ospina", S: mayo 1º de 1946.

²³² "Danza de las horas", T: mayo 22 de 1946.

El discurso histórico es una manera de construir la realidad. De allí el interés que manifiestan los poderes en hegemonizar su narración, los signos del pasado y el origen son fuente cardinal de la legitimidad. Los partidos tradicionales de los años 40 tenían conciencia exacta del nexo entre origen, historia y legitimidad. La permanente referencia a la historia patria y la constante iconización del pasado ponen de presente el lugar estratégico de la conciencia histórica en la simbólica política²³³. Entre el origen y la legitimidad la historia invade el discurso político de mediados de siglo.

Pero no bien se franquea el limbo de este lugar general de la historia la pertenencia primordial y sus fragmentaciones se imponen. Ciertamente cada colectividad hallará el registro de su pasado partidista mediante su adhesión simbólica a un prócer²³⁴. De la tradición civilista de Santander, en boca liberal, a la visión católica de Bolívar, al decir conservador, los partidos descifran el pasado histórico sobre la gramática del gesto del enfrentamiento. La serie síntesis de «reacción» e «izquierdismo» aparecen de manera inmaculada cuando se trata de verificar el significado del pasado fundacional: «*Bolívar fue librepensador, jacobino, de vida privada poco recomendable, amplio hasta la exageración en materias religiosas. Su conservatismo no era ideológico sino puramente autoritario. Santander, en cambio, fue católico sin tacha, hombre de orden, civilista y apegado a la ley... Quedaron desde entonces partidos los dos campos. Los conservadores añorando siempre la dictadura. Los liberales siempre defendiendo la libertad*», afirmaba *El Tiempo*. «*Mientras los ejércitos colombianos estaban luchando por la patria todavía en el Perú, la logia masónica estaba aquí en Bogotá socavando la autoridad del libertador... desacreditando los puntos de vista católicos*» ripostaban los conservadores. La conclusión es igual de concluyente: «*Nosotros somos el porvenir porque en lo político somos herederos de Simón Bolívar*», rezaba un epígrafe de *El Siglo* durante la campaña de 1946²³⁵.

La historia nacional se fragmenta y el futuro histórico se vislumbra en el horizonte mientras el partido esté en el poder. Con el asalto de una colectividad a la conducción de los destinos del país se cree dar recomienzo a los acontecimientos nacionales, lo dejamos atrás. Toda perspectiva que de cuenta de un nuevo proceso en la sociedad se convierte en objeto que cada partido pretende apropiarse para su imagen mesiánica –los liberales se vuelven más religiosos, los conservadores más audaces en la política social–; los logros de la otra parcialidad se exhiben como destrucción o, en el mejor de los casos, como la simple continuación de un espíritu ya sembrado con anterioridad. «*De acuerdo con la tesis de El Siglo, sólo ahora empieza la patria. Antes del episodio de la*

²³³ Henao y Arrubla, cuyos libros son el prototipo de la narración histórica vigente en la década, fueron premiados en 1910 y 1946 por sus textos escolares. Asimismo, las fiestas y los monumentos patrios plagaron la década. La celebración del 20 de julio era un verdadero festejo con participación de los más diferentes estamentos, desde las fuerzas armadas hasta el aparato escolar. Los monumentos y las peregrinaciones son también frecuentes. Entre otros el 6 de junio de 1946 se inaugura uno al Mariscal Sucre, el 1 de marzo de 1947 a Herrera, el 16 de octubre de 1947 se hace peregrinación a la tumba del general Uribe Uribe.

²³⁴ No se trata de dos mitos fundadores contrapuestos, como supone Fabio Zambrano (1989, p. 37), sino de un solo mito desgarrado entre los personajes del enfrentamiento partidario.

²³⁵ "Historia del Partido Liberal colombiano", T: mayo 24 de 1942; "Los verdaderos enemigos de la patria están adentro", S: agosto 12 de 1942; S: marzo 24 de 1946.

unión nacional todo era sombrío, siniestro, desolado». El alumbramiento que pretende hacer suyo el conservatismo en 1946 es el mismo que empleara el liberalismo de 1930: «Para [los liberales] ninguna realización digna de mérito existió antes de 1930. Casi no le dejan mérito a Bolívar. Todo el progreso de Colombia arranca de esa fecha en la cual se originó la civilización, donde antes campeaba la barbarie»²³⁶.

La conciencia histórica, esa que en la modernidad mantiene una oposición abstracta con las épocas pasadas²³⁷ y que se auto comprende como un proceso sucesivo, lineal e irrepetible²³⁸, cobra, en el discurso político de mediados de siglo, una relación esencial con un pasado diferenciado que es actualizado con cada nuevo acceso del partido al poder. **La historia pierde su condición de acervo construido mediante el acumulado de la experiencia colectiva, trastocándose en la expresión sustantivada de la esencia enterrada en la memoria del partido.**

Cada colectividad inaugura la historia sobre la base de un espíritu germinal. Sus obras y realizaciones vienen marcadas por la sangre de los héroes que ofrendaron su vida. *«Los próceres que firmaron el acta de 1810 juraron derramar hasta la última gota de su sangre en defensa de los más caros intereses»*. El devenir ya está escrito y de lo que se trata es de hacerlo realidad; para ello cada partido posee los textos, los únicos y verdaderos. Lo demás significa caos y entronización de la barbarie. Es una lectura bíblica de la historia. La experiencia colectiva tiene una relación sustantiva con el parto alumbrador del siglo pasado; allí se incubó el espíritu del partido cuya manifestación se ha hecho posible con la instauración del respectivo «régimen». Pues la fragmentación histórica descansa, en últimas, en el significativo de «régimen». *«El triunfo conservador implicaría la instauración de un régimen que adormecería las energías nacionales»*, dice Calibán durante la campaña del 46. *«El país decidió democráticamente en las urnas el cambio de régimen»*, declara Mariano Ospina Pérez a comienzos de 1948²³⁹. **El «régimen», una pieza esencial del discurso de la prensa de los años 40, se levanta como referente final que dirime el enfrentamiento entre los partidos. Finalmente el «régimen» es el espíritu eterno del partido en marcha. Por esa razón la historia nacional se leyó y periodizó bajo el guión del régimen de cada partido:** la federalización liberal del siglo pasado; los cincuenta años de la hegemonía conservadora; la república liberal; los gobiernos conservadores de 1946 a 1953. Cada partido dice entonces de su contrario: *«[Colombia] nace de una historia que no les pertenece»*.

La modernidad política se resignificó en la pertenencia primordial: *«Se debe escribir la historia, nuestra historia de siglos, para interesar a millones de hombres en la narración de los hechos y en sus relaciones con la moral*

²³⁶ "La solución al revés", T: julio 4 de 1947; "Cubriendo desnudeces", S: junio 15 de 1946.

²³⁷ Jürgen Habermas (1991, p. 18).

²³⁸ Octavio Paz (1991, p. 118).

²³⁹ "La figura del doctor Ospina adquirió ante el mundo los perfiles del mármol", S: julio 21 de 1948; "Danza de las horas", T: marzo 27 de 1946; "Alocución de año nuevo del Presidente", S: enero 2 de 1948.

eterna», aclama *El Tiempo* a comienzos de 1949²⁴⁰. La «*nación*», el «*pueblo*» y la «*historia*» quedan presos de la «*moral*» inmanente que informa la codificación imaginaria de «*porque la sangre es espíritu*». Entre el interés general de la nación y el particularismo de la tarea de cada partido; entre el orden político con mayúscula y la democracia partidista; entre el pueblo como ente autónomo y las masas electorales de las colectividades; entre el acervo colectivo y la obra del régimen: sobre estas tensiones se mueve el discurso político de las elites a mediados de siglo.

La modernidad política, sin duda, ingresó en los lugares de producción de sentido de lo político. El proceso de construcción de la nación se instituyó en la columna de la vida política; el orden democrático regía la escena política; el pueblo asumía la responsabilidad de elegir a sus representantes; la historia era ingrediente obligado en la reflexión sobre el espacio público. Se instauró pues la ciudadanía; pero lo hizo a medio camino por cuanto no resolvió la tensión entre el ciudadano ligado a un conjunto de intereses generales y el militante partidario unido visceralmente a su colectividad. «*Mientras haya régimen habrá oposición*». La frase, formulada en uno y otro momento, no expresa el principio democrático de una fuerza que en la oposición cumple con la tarea crítica de las ejecutorias de la gestión pública. Al contrario la oposición es, en los años 40, el espíritu que aguarda su oportunidad de refundar la realidad. El «*régimen*» expresa a nivel del Estado y la sociedad lo que el «*espíritu*» expresa a nivel de los partidos: es el espíritu del partido en el poder. Por ello, de manera indefectible, «*mientras haya régimen habrá oposición*».

²⁴⁰ "La historia como obra de arte", T: enero 10 de 1949.

QUINTA PARTE

RELACIONES SOCIALES Y RUMBOS GAITANISTAS

Un llamamiento misterioso

En un sugerente artículo María Victoria Uribe propone que “el componente partidista no penetra lo suficiente como para que podamos considerarlo un fenómeno estructural”. Una misma ritualización de la matanza en campesinos liberales y conservadores, incluida la nominación verbal del cuerpo, apoya su conclusión: “Estoy convencida de que la pertenencia partidista no penetra lo suficiente como para afectar niveles profundos de aprehensión de la realidad”. La última frase del escrito aclara el sentido de su reflexión: “[El papel del componente partidista] es similar al de la máscara, cubrir el rostro”. El móvil de la guerra y la saña del enfrentamiento entre las colectividades reside en última instancia, no en una abstracta politización, sino en la venganza de la sangre, ese “factor que altera [la] vinculación involuntaria [con el partido]”²⁴¹.

Sostendremos el punto de vista opuesto. La coincidencia discursiva y ritual – que para María Victoria Uribe convierte al partidismo en una máscara encubridora– es aquí la muestra palmaria de la eficacia de la cultura política asentada sobre el bipartidismo. ¿Hasta dónde penetra la cultura política el conjunto de la cultura? O dicho de otro modo: ¿De dónde deriva su eficacia discursiva la simbólica política reconstruida? Abordaremos el interrogante desde dos lugares: primero desde una mirada del vínculo entre cultura política y relaciones sociales; y segundo con la consideración del lugar del movimiento gaitanista frente a los códigos imaginarios.

²⁴¹ Uribe (1990a, p. 26, 22, 26 y 24 respectivamente).

CAPITULO XVII

CULTURA Y TEJIDO SOCIAL

Se vive en paz donde no hay revoltura

¿Cómo se agencia socialmente la simbólica política? Esto es, ¿cómo se irrigan en la sociedad los códigos imaginarios del espíritu, la sangre y la ciudadanía fragmentada? Los partidos políticos se erigieron en el primer factor de cohesión nacional, su existencia precedió a la nación misma²⁴². Para los años 40 la impronta partidista está más viva que nunca. Nuestra hipótesis afirma que para esos días la fragmentación que induce el gesto del enfrentamiento acompaña la construcción misma del tejido social. Es lo primero de lo que nos ocuparemos.

1. La partidización del espacio público

Allí la política es todo

Los modos como llegó la política a las regiones y localidades de Colombia es todo un interrogante²⁴³. Sin embargo se la ve actuando poderosa en toda suerte de lugares y circunstancias. Su marcha, acompañada de tambores de guerra, está detrás de la ocupación territorial que arrojó esa imponente geografía política que convirtió desde departamentos hasta veredas en seguidores ciegos de una u otra agrupación. Antioquia grande y Cauca conservadores, la Costa y los Santanderes liberales, por mencionar los ejemplos más visibles.

Tras la ocupación del territorio sobre los colores políticos el espacio público se partidiza. Comenzando por un aparato de Estado asaltado por la filiación partidista, desde los cargos de gran responsabilidad en el nivel nacional hasta los empleos de menor valía en las localidades. Cada cambio de régimen se acompañó del destierro del adversario de la administración pública a sangre y fuego. Los liberales lo hacen en 1930 con una saña que la historia liberalizante no ha permitido evaluar con más juicio, tal como lo revela el trabajo de Javier Guerrero en Boyacá; mientras en 1922 el partido rojo contaba apenas con el 26% de los votos boyacenses, en las elecciones de 1933 había ascendido a nada menos que al 82%²⁴⁴. Una liberalización que no tomó cuerpo sólo en Boyacá y los Santanderes, como deja pensar la fuerte violencia que se desató en esa región durante los años 30; la situación es la misma en el Valle y en Tolima²⁴⁵. El conservatismo repite el mismo proceso de persecución tras su victoria en los comicios del 46. Las sucesivas rupturas de la unión nacional,

²⁴² Malcolm Deas (1986), Fernán González (1989).

²⁴³ Malcolm Deas formula la pregunta en un iluminador escrito (1993).

²⁴⁴ Guerrero (1991, p. 228).

²⁴⁵ En el caso del Valle lo muestran Darío Betancur y Martha García (1990, p. 61). En el Tolima James Henderson (1985, p. 108 y siguientes).

junto a una violencia agenciada desde arriba, producen la conservatización del gobierno hacia finales del 49: el ejecutivo con sus ministerios, el ramo de justicia y las policías, el Estado departamental y municipal, toda la panoplia de la administración respiraba azul. Ninguna de las colectividades, en su momento, escatimó esfuerzos en una partidización del Estado que garantizaba la continuidad del partido en el poder. El «régimen», más tarde o más temprano, excluye por definición al adversario.

Asimismo los conflictos sociales, en su generalidad, terminaron inmersos en la misma lógica. Darío Betancur y Martha García narran la manipulación partidista de los conflictos agrarios en la zona cordillerana del Valle; Charles Bergquist muestra el enquistamiento de las luchas de los trabajadores cafeteros en la lógica liberal y partidista; Mauricio Archila dedica una reflexión a la entrega del movimiento obrero en brazos de López Pumarejo²⁴⁶.

Desde el Estado y los actores sociales la partidización hace su presencia rampante en los tejidos sociales de las localidades. El municipio de Santa Isabel en el Tolima es un formidable ejemplo. Constituido a partir de una migración de conservadores a fines del siglo XIX, luego engrosado por colonos del mismo partido y posteriormente apoyado por el obispo de Ibagué con la repartición de tierras entre seguidores de la causa, Santa Isabel “tenía fama de ser un lugar donde los conservadores podían prosperar”²⁴⁷. Mas la llegada de los liberales al poder en 1930 rompió la armonía construida a lo largo de casi 50 años, la redistribución de los cargos públicos propició una agria batalla que se prolongó en la Violencia de mediados de siglo. La partidización del espacio público, como bien lo ilustra Santa Isabel, afectaba intereses vitales en tanto la adscripción al partido significa posibilidades laborales, desde cargos públicos hasta empleos privados; influye sobre el acceso a la propiedad de la tierra o al crédito; se relaciona con los cupos para los hijos en la escuela; determina la obtención de partidas del erario público y de servicios del Estado. Si la burocracia estatal tiene el tinte político adecuado –es decir es del partido-, las oportunidades están abiertas; de lo contrario la vida, ya de por sí precaria, lo puede ser mucho más.

Como lo dijera *El Tiempo* cuando el conservatismo iba a subir al poder: «En la capital no es imposible el acuerdo de jefes políticos adversarios... En las secciones, el paisaje espiritual es diferente. Allí subsisten viejos odios... Allí la política por razones sociales muy obvias, es todo»²⁴⁸. Efectivamente, no sólo en las provincias sino en la totalidad del tejido social «allí la política... es todo». Claro, lo es todo pues la ocupación territorial, el Estado, los actores colectivos y sus conflictos, la armazón pública de la vida cotidiana están todos atravesados por la conflictividad partidaria.

Pero... ¿cuáles son esas «razones sociales muy obvias» sobre las que, según el diario liberal, lo político se vuelve «todo»? Dentro de los límites temporales y

²⁴⁶ Darío Betancur y Martha García (1990); Charles Bergquist (1988); Mauricio Archila (1991).

²⁴⁷ James Henderson (1984, p. 35).

²⁴⁸ "Los departamentos y la unión nacional", T: agosto 10 de 1946.

contextuales del presente escrito dos cosas aparecen²⁴⁹. Por una parte la corrosiva presencia de una violencia cuya gramática se apoderó de la memoria pública –se mostró ya en la III Parte–: «*La adhesión al partido es tan sólo una fuerte y extraña fidelidad a los abuelos, a los odios sembrados en las guerras civiles*»²⁵⁰. Por otra, la invasión de lo político al reducto familiar; allí adquieren vigencia esa «*extraña fidelidad a los abuelos*» y esos «*odios sembrados en las guerras civiles*». Será el punto en lo que viene.

2. La mediación familiar

La infancia iluminada con los recuerdos guerreros

El 8 de mayo de 1946 el entonces presidente de la república se dirige al país a través de la Radiodifusora Nacional. Tres días antes, para regocijo del gobierno, se celebraron unas elecciones neutras y tranquilas: «*Jamás la democracia ha tenido una mayor grandeza*», decía Lleras²⁵¹. Las loas a la democracia se prolongan un buen rato. Empero, de manera repentina, el discurso del presidente entra en el contexto de una nueva argumentación: «*Nací en un hogar de gentes sencillas, cuyos únicos blasones fueron servicios modestos a la patria... No es extraño, pues, que mi infancia se iluminara con los recuerdos guerreros de mis gentes, y que en vez de las vidas de Plutarco se encareciera ante mí la de los varones marciales que en la familia habían perecido en batallas de trágico renombre*».

La familia en la Colombia de los años 40 es la instancia básica de socialización. Es el centro de la transmisión cultural de las viejas a las nuevas generaciones y, por ende, es un privilegiado espacio de configuración de las identidades colectivas. Una instancia sometida de forma inmediata al expediente de la coloración partidista: «*Yo he nacido, he vivido y estoy seguro de morir en el seno del partido liberal, a la sombra de cuyas ideas se meció la cuna mía y la de mis antepasados y por las cuales más de un tumba se abrió en mi familia prematura y brutalmente*», agrega el presidente palabras más adelante. La «*cuna*», símbolo de los años formativos de la infancia y del ingreso a la cultura es arrullada por el salmo liberal. El partido político ingresa a los códigos de ese primer lugar de las identidades colectivas que se cuece en la familia y desde el que queda garantizada la afirmación tajante, «*estoy seguro de morir en el seno del partido liberal*». De la infancia a la muerte, el partido lo toma todo.

No es una simple pertenencia, antes bien se trata de una inclusión imperativa en términos morales: «*No he podido sustraerme a recordar, cuando quiera que me asalta una duda sobre cuál es mi deber... las figuras que en mi casa fueron legendarias, por sus gestos ante la vida y por su resolución ante la muerte... [Un familiar] comandaba la guarnición de Tunja... Pedro José Sarmiento no estuvo de acuerdo con la evolución [de Nuñez] y decidió salir... a pronunciarse*

²⁴⁹ Una detallada respuesta a este interrogante demanda una visión histórica de larga duración más allá de la década del 40 y supone una lectura de los modos como la simbólica política elaborada por las élites es recogida y apropiada en las localidades. Ambas tareas se salen de nuestros alcances, se señaló desde la Introducción.

²⁵⁰ "Doctrina conservadora", S: diciembre 2 de 1946.

²⁵¹ "Maravillosa exposición hizo anoche el Presidente Lleras", T: mayo 9 de 1946.

en los campos de guerra contra ella. Entregó al jefe militar gobiernista el depósito de armas... confiado a su honor... y fue a buscar la reconquista en la revuelta, aunque sólo halló la muerte [en la batalla] de la Humareda». Los contextos de significación que porta consigo la familia se revelan en su entera claridad. Las figuras «legendarias» de la familia, instituidas sobre el texto de su «resolución ante la muerte», lo son también porque portan la enseña «moral» que guía ante cada oportunidad en que «asalta una duda» sobre cuál ha de ser el correcto proceder ciudadano. Lleras termina por explicitarlo con la transparencia del lenguaje que la alocución presidencial exigía: «Alguien podría decir que yo tuve en mis manos el parque de Pedro Sarmiento... Pero si hubiera alimentado [el] pensamiento abominable [de usarlo en beneficio de mi partido], allí había surgido la legendaria sombra de Sarmiento, atravesada entre mi deber y mi afecto enceguecido». Lleras habla del dilema que entraña la responsabilidad cívica en su época; en su caso se traduce en optar, bien por su partido, bien por la tarea de garantizar como jefe del Estado la transparencia democrática. Frente a la disyuntiva la solución del conflicto ha de buscarse en los recovecos del pasado familiar liberal, vale decir en la «sombra» moral que se interpone entre el «deber» y el «afecto enceguecido» por el partido. ¿Qué significado guarda el vínculo entre partido y familia?

3. La invasión a lo privado

Un cálido resumen de todos nuestros amores

Desde tiempos inmemoriales, nos señala Duby, el campo semántico de lo privado se opone al de lo público²⁵². En la lengua latina clásica lo privado ya significa la propiedad particular, lo oculto, lo secreto y lo íntimo, lo personal. Esto es, todo aquello que acota el campo jurídico propio del espacio doméstico y familiar. Mientras tanto lo público es designado como lo perteneciente al pueblo, de dominio general y propio de una legalidad del espacio colectivo. La oposición entre los dos campos, idéntica en sus contenidos, llega hasta el siglo XIX. Lo privado sigue refiriendo lo íntimo y la posesión particular, al tiempo que lo público designa lo popular y de usufructo colectivo. No obstante el proyecto de la modernidad provee de nuevo estatuto a la oposición. Sobre la base de la construcción de la individualidad se produce, tanto una escisión tajante entre lo público y lo privado, como una profunda fragmentación de este último.

La escisión público y privado cobra cuerpo en la separación entre sociedad civil y Estado. La primera circunscribe el ámbito de lo estrictamente privado a la que concurren agentes económicos dotados de igual capacidad de competencia; el segundo entraña la voluntad colectiva a la manera de un ente encargado de dirimir los conflictos derivados de los desajustes en las leyes del mercado. Y ante la tajante diferenciación, lo privado sufre a su vez el fracturamiento entre el agente de la producción y el miembro de la familia bajo la forma de la oposición entre razón y sentimiento. La primera es lo propio del individuo gobernado por la razón instrumental y competitiva que preside el mundo de las relaciones productivas; el segundo, el sentimiento, es lo característico del individuo del amor de los vínculos familiares y afectivos. El sentimiento se

²⁵² Georges Duby (1990, p. 19-24).

circunscribe al ámbito del núcleo familiar, negando el ingreso del cálculo y la previsión propios del agente privado en sus relaciones económicas. En la familia no es dable introducir la racionalidad calculadora, rasgo del individuo en lo productivo; en ella cobra cuerpo, de manera normativa, la lógica del afecto y el amor²⁵³.

Con la invasión del partido a la familia –tal como lo atestigua Lleras–, es decir con el asalto de lo público sobre lo privado, las colectividades ingresan al código de funcionamiento de lo íntimo invadiendo las matrices del universo emocional. De allí la fuerza del «*odio ancestral*» que rige la disposición imaginaria sobre la que discurre la vida de los años 40. Con toda razón expresaba *El Tiempo* en el momento de la entrega del mando: «*A más de la pena patriótica por la interrupción de una labor... que estaba ahora en el punto más interesante de su desarrollo, existe la ulterior circunstancia personal e íntima de ser el partido una segunda naturaleza en nosotros; algo que está vinculado a las más hondas entrañas de nuestras vidas, de nuestros recuerdos, de nuestras esperanzas; algo que constituye la razón de ser de nuestras luchas, la síntesis de todos nuestros pensamientos, un cálido resumen de todos nuestros amores*»²⁵⁴.

El partido, nadie lo duda a esta altura de nuestra reflexión, es «*una segunda naturaleza*», «*un cálido resumen de todos nuestros amores*». Sobre este libreto el sentimiento asciende a racionalidad desde la que es preciso comprender la armazón política y el conflicto de aquella época: «*La política entre nosotros ha sido un ejercicio sentimental y afectivo, más que una cuestión ideológica. Las gentes colombianas son liberales o conservadoras porque sí; porque lo llevan en la sangre y porque lo aprenden en el hogar, muchas veces sin entender cabalmente cuál es la íntima razón de ese sentimiento*»²⁵⁵. Es cierto, se pertenece al partido «*porque sí; porque lo llevan en la sangre y porque lo aprenden en el hogar*» a partir de un sentimiento que ni se llega a «*entender cabalmente*». Es pues sobre la gramática del sentimiento que el partido hace suyo el carácter patrimonial que rodea el ámbito familiar. La oposición entre lo privado y lo público habla de la concurrencia de dos poderes. Uno el familiar, que sigue las normas que dictan la tradición y la costumbre; otro el colectivo, regido por la prescripción que impone la ley. Con la colonización al último reducto de la esfera privada los partidos ingresan al poder que ordena la norma consuetudinaria del ámbito familiar; el colofón obligado será que la pertenencia partidista se toma patrimonial, constituye una herencia que se trasmite a las nuevas generaciones como el apellido y la propiedad.

Lo político queda inscrito en los registros de la herencia y el afecto, dos códigos no sólo reñidos sino proscritos de la lógica que preside la modernidad en sus relaciones con el poder. La herencia, reglada por la fuerza con la que se cargan en la familia las imágenes de los buenos ejemplos, determina que el carácter patrimonial del partido suprima la elección del sujeto entre diversas opciones de poder; en forma distinta en nuestra década los adherentes a la respectiva

²⁵³ Agnes Heller (1981).

²⁵⁴ "Respuesta de la Dirección Nacional Liberal a la carta del doctor Eduardo Santos", T: mayo 11 de 1946.

²⁵⁵ "Colombia conmemora 40 años de paz", T: noviembre 21 de 1942.

bandera ya están garantizados desde el nacimiento en la estructura normativa que porta consigo el poder familiar. Es la magia que hace posible en toda su extensión la pertenencia primordial.

Lo público ha invadido lo privado. «*Es inaceptable hacer distinción entre la moral privada y la pública*», apunta el conservatismo al comienzo de la década. Carlos Lleras lo ratifica en las postrimerías de 1949 cuando el enfrentamiento partidario alcanza uno de sus más recalcitrantes picos: «*Que las relaciones rotas en el dominio público lo sean también en el dominio privado*»²⁵⁶. Sobre la sombra de esta imagería los partidos políticos son los agentes cabales de la configuración de los sentimientos colectivos, la nación y la patria están mediatizados por el amor de bandería. El partido asaltó la configuración de los vínculos primarios y allí descansó su hegemonía sobre la sociedad civil. El código imaginario religioso está asegurado pues «*las gentes colombianas son liberales o conservadoras porque sí; porque lo llevan en la sangre y... lo aprenden en el hogar*». La sangre de ahora, que se recibe en el nacimiento pero cargada de la sangre de los antepasados «*por la cual más de una tumba se abrió en mi familia prematura y brutalmente*».

4. Tiranía cultural y revancha de lo privado

En cada recodo se veneran las mismas sombras tutelares

Los tentáculos de los partidos políticos tradicionales sobre la sociedad civil no tienen objeción. De buen modo las colectividades construyeron las correas por donde se ató el fragmentado país vinculando regiones y localidades con el ámbito ampliado de lo nacional. Su admirable capacidad de movilización brota en las páginas de la prensa, entre otras, a través de los monumentales “plebiscitos” que los tres periódicos estimulan al calor de variadas circunstancias. Ante momento álgidos los periódicos publican páginas enteras con misivas enviadas por los copartidarios de todos los rincones del país; los telegramas llegan de todos lados, a veces durante semanas enteras, revelando el modo como los partidos convocan una opinión pública no sólo de manera inmediata y espontánea, sino hasta en las localidades carcomidas por el olvido y el abandono²⁵⁷. Como afirma *El Tiempo* a comienzos del 49: «*Allí, en cada recodo de nuestra geografía, se veneran las mismas sombras tutelares, los mismos símbolos, los ideales perennes*»²⁵⁸.

Bajo la férula de este prodigioso poder de convocatoria pública, la producción y circulación cultural cayó bajo la tutela despótica de la simbólica partidaria. Lo muestran las censuras de libros, las rebatiñas sobre el aparato educativo, la mirada vigilante sobre el arte y la negativa a diferentes propuestas discursivas. «*Ese judío perverso de Freud, atentando contra la moralidad insigne de nuestro*

²⁵⁶ “Totalitarismo extranjero y criollo”, S: mayo 29 de 1942; Discurso del 29 de octubre de 1949 citado en Daniel Pécaut (1987, p. 524).

²⁵⁷ Entre la gran cantidad de los plebiscitos en los tres diarios podrían citarse a modo de ejemplo: “El nuevo gabinete despierta entusiasmo en toda la nación”, S: marzo del 48; “Cobra auge el gran plebiscito del liberalismo en tomo al doctor Turbay”, T: abril de 1946; “Todo el país reconoce el triunfo liberal”, J: abril de 1947.

²⁵⁸ “Una realidad nacional”, T: enero 8 de 1949.

país, ahora quieren llevarlo a las escuelas», decían los conservadores de unos conversatorios sobre psicoanálisis²⁵⁹. La tiranía cultural de lo político opera hasta en los más nimios comportamientos cotidianos²⁶⁰. «*Una niña que llevaba vestido rojo cruzó la plaza... Un tendero... tomó a la niña de un brazo y le gritó que le dijera a su madre que le quitara esos trapos porque en San Francisco no se permitiría el color rojo*». Historias de tenor parecido inundan la vida diaria. La bebida de una gaseosa puede convertirse en motivo de identificación partidaria, tal como cuenta la historia de un militante que se resistía airadamente a consumir, por «razones políticas», las gaseosas producidas por un industrial afiliado a las fuerzas adversarias: «*Es un rechazo del paladar a la oligarquía*». Abundan las narraciones de la imposibilidad de contraer matrimonio entre miembros de distintas coloraciones partidarias, al estilo de la tragedia entre Capuletos y Montescos descrita por Shakespeare en *Romeo y Julieta*. El partido cruza hasta la muerte: «*Duelo nacional por Gabriel Turbay. Sólo un conservador asistió en la cámara al homenaje*», se comenta en el momento del deceso del dirigente liberal. Como dijera una campesina conservadora, «*Los liberales no se juntaban con los conservadores y eso era lo que nos dividía. Se vive en paz donde no hay revoltura*»²⁶¹.

El despotismo de lo político se ejerce, entonces, desde el monismo cultural que impone la repulsión a cualquier dispositivo que se salga de los cánones imaginarios establecidos. El partido político no es una «máscara», un encubridor de la «*venganza de la sangre*» que no afecta «*niveles profundos de aprehensión de la realidad*», como afirma María Victoria Uribe. Lo político más bien, diríamos, invade la cultura y la despotiza bajo la mirada vigilante de la pertenencia primordial: «*En cada recodo... se veneran las mismas sombras tutelares*». Con la insidiosa invasión a lo privado se sella la condición naturalizada del partido: lo imaginario político de la sangre y el espíritu suprime los eslabones que la modernidad prescribe entre individuo, razón y partido. En su lugar instala la relación patrimonial entre hijo y colectividad ejerciendo, en un segundo momento, el traslado de los códigos de funcionamiento de lo privado a lo público. El carácter hereditario del bien doméstico se traslada a la sucesión consanguínea y familiar de la cosa pública, así como lo muestra la fuerza política de los apellidos ilustres; el sentido de apropiación particular que atraviesa los nudos filiales se transporta al espacio colectivo como usufructo personal de las arcas estatales, como dejar ver el empleo clientelista del erario público. Y cosa esencial, el amor, la reverencia y la fidelidad debidas a la autoridad consanguínea se trastocan en lo público bajo la forma de

²⁵⁹ Entre otros muchos ejemplos de censura de libros: S: julio 1º de 1942; S: marzo 8 de 1946; T: septiembre 24 de 1946. Los debates sobre la universidad a propósito de la escogencia del concejo de la Universidad Nacional en marzo del 48 reflejan una partidización que va más allá de la discusión en tomo a la educación. El caso de Débora Arango, las agrias discusiones sobre el premio del III Salón de Artistas Nacionales en octubre del 42, las críticas que desata la visita de Pedro Salinas en septiembre del 47, muestran el dominio imperial de lo político sobre el arte en particular y la cultura en general.

²⁶⁰ Carecemos de un estudio sobre los vínculos entre política y vida cotidiana. El tema ha sido objeto de la literatura como lo revela *Cien años de soledad*, el insigne libro de Gabriel García Márquez.

²⁶¹ "Danza de las horas", T: marzo 18 de 1948; "Las ideas y las bebidas gaseosas", S: marzo 4 de 1944; J: noviembre 18 de 1947. La frase de la campesina está en María Victoria Uribe (1990, p. 91). Se llegó al extremo de hablar de la formación de una «*iglesia católica liberal*», S: agosto 29 de 1943.

seguimiento incondicional a los jefes políticos, de adscripciones reverenciales al partido y de militancia pasional en sus filas.

Lo privado, invadido por el partido, practica su revancha sobre lo público. Apropiación privada, usufructo personalista y bien heredable configuran los signos de una fragmentación que haya su primera codificación imaginaria en la familia. Ante una herencia política que se impone a modo de código religioso agenciado en la sangre resulta impensable la configuración de una ética civil fundada en intereses ciudadanos genéricos. Antes que lo nacional, antes que un proyecto general «*se vive en paz donde no hay revoltura*».

CAPITULO XVIII

EL MOVIMIENTO GAITANISTA

No soy un hombre, soy un pueblo

La analítica de Daniel Pécaut sobre el gaitanismo está cerca de nuestro cometido. El discurso del líder es objeto central de su reflexión²⁶²; además es el trabajo que muestra las afinidades de Gaitán con el oficialismo liberal, más allá de esa perspectiva que lee al líder, sin más, como proyecto revolucionario abortado por la trágica muerte²⁶³. No obstante tomamos distancia de su análisis en dos puntos fundamentales.

Por un lado, según Daniel Pécaut, el populismo extrae su fuerza del planteamiento de tres «*parejas de oposiciones entre las cuales, a pesar de las reconciliaciones imaginarias, no hay síntesis posible*»²⁶⁴. Empero, las tensiones que atraviesan el conjunto de los discursos de las élites -tal como hemos mostrado a lo largo de estas páginas-, ¿no hablan de igual modo de oposiciones sin síntesis posible? La sacralización del partido instala a los actores políticos en un vínculo anterior a la historia y la cultura; sin embargo los partidos no renuncian a su vocación de regular e intervenir la configuración de lo social –por evocar la primera oposición que Pécaut adjudica a Gaitán–. Las imposibilidades de resolución son así una característica del discurso político de mediados de siglo y no una condición particular del movimiento gaitanista.

Por otra parte el gaitanismo termina convertido, en el análisis de Daniel Pécaut, en la encarnación liberal de la invocación tradicionalista y moralista de la política bajo la conversión del pueblo en pura biología. Por el contrario, según nuestro parecer, las matrices del discurso gaitanista están constituidas de antemano en el partido liberal que precede el ascenso del caudillo. Naturalmente Gaitán introduce sus innovaciones; pero sin que ellas signifiquen una ruptura con la simbólica política entonces vigente.

¿Dónde se halla entonces el gaitanismo en el escenario del discurso y lo imaginario puestos en escena en las páginas anteriores? Mostraremos que el movimiento gaitanista no sólo se inscribió en la curva del discurso político de mediados de siglo, sino que transportó sus implicaciones imaginarias hasta sus últimas consecuencias: Instalado en los libretos imaginarios llevó hasta el paroxismo la sacralización, condujo hasta el límite el enfrentamiento insuperable y arrastró hasta el éxtasis la reclusión del pueblo en los torrentes

²⁶² Pécaut (1987, capítulo IV).

²⁶³ Herbert Braun (1986, p. 195-232). David Moreno (1983).

²⁶⁴ Pécaut (1987, p. 368). La simultánea afirmación de la imposibilidad de la relación social – como muestra la mirada biologizante del pueblo– y la vocación del Estado de regular las relaciones sociales, es la primera. La conjunta invocación de la igualdad y la jerarquía la segunda. El planteamiento de una división insuperable en el seno de la sociedad y el papel unificador del Estado, la tercera.

de la sangre y la tierra. Con todo, de aquí no se desprende que el gaitanismo fuera una chata copia de los lugares de producción de sentido de lo político. El movimiento introdujo un nuevo desciframiento político sobre la base de la oposición entre el pueblo y la oligarquía. Por esa vía instituyó los cimientos de una nueva ciudadanía para los sectores populares encauzando las aspiraciones de justicia e igualdad social, un tema crucial en la época según se observó en la discusión de la política social y el pueblo –capítulos 3 y 14-. No obstante dicha oposición no logró quebrar la escisión partidista que, poco a poco, se fue convirtiendo en referencia que apresó al movimiento en sus lenguajes. El itinerario gaitanista, poco a poco inscrito en las toldas oficiales del partido liberal, cesó su llamado al pueblo sumergiéndose en los dispositivos de la guerra teológica.

Los años 40 no eran, en definitiva, el momento de la mutación de la cultura política de Colombia. El gaitanismo, la fuerza política que trastornó con su ímpetu los vínculos políticos de la década, arrastró las masas desde la exacerbación del capital imaginario en medio de la oposición entre el país nacional y el país político. Señalaremos primero los nexos con lo imaginario; luego nos ocuparemos de la renovación que indujo y los procesos que condujeron al resquebrajamiento del nuevo pacto.

1. La pertenencia primordial

Al pie de vuestras tumbas juramos vengaros

En la Parte II se mostró la participación del gaitanismo en lo imaginario religioso; como se dejó ver el discurso de Gaitán hace parte de las matrices presentes en las series de «*idea*», «*moral*», «*sentimiento*», «*mesianismo*» y «*espíritu*». Ahora corresponde dar cuenta de la exaltación que produjo el movimiento en dicho código mediante dos operaciones: el llamado a la «*moral*» y la imposibilidad de la extinción de las fronteras entre los partidos. Una vez puesto su lugar en el código religioso corresponde mostrar el comportamiento gaitanista frente a lo imaginario de la sangre.

El programa de gobierno de 1945 revela el lugar de la «*moral*» en la movilización: «*Nos ha bastado proclamar que aspiramos a la restauración moral... y esa fórmula diáfana y sencilla ha sido entendida por las gentes de Colombia*». A renglón seguido el líder argumentaba las implicaciones que entrañaba el enunciado: «*El primordial de los problemas que confronta la actualidad es el problema moral... No pueden tener carácter circunstancial, anecdótico o personal los síntomas del ambiente que contemplamos*». La crisis tiene entonces que ver, en esencia, con el relajamiento de los resortes morales; la deriva en la administración pública y el electorerismo son sus grandes síntomas. En esta tesis Gaitán recogía el mismo diagnóstico que hubiera podido enunciar cualquiera de las élites de la década; mas a diferencia de ellas Gaitán no se limitaba a enunciar una explicación de la coyuntura o a denunciar las acciones del gobierno. En un gesto radical hizo de la consigna eje de su accionar mediante la evocación del sentido sagrado de la moral: «*Ante todo tenemos un problema moral. Nosotros no tenemos y no queremos tener ninguna connivencia con aquellos pecados*». Fue preciso la simbólica del

pecador la que llenó de contenido el giro de la «*restauración moral*», emblema de la agitación gaitanista: «*Mientras no haya hombres puros... son mentiras todos los programas... Queremos purificar a Colombia por los caminos del bien y de la paz*». A partir de afirmaciones de este tenor se instaló la ética de cuño religioso en el corazón del movimiento: «*Todos nosotros aquí y en todas partes, a la calle por la purificación moral de Colombia*», solía gritar el jefe²⁶⁵.

El éxtasis introducido por Gaitán se refleja en toda su extensión a partir de la discusión alrededor de la imposibilidad de siquiera considerar las fronteras tradicionales entre los partidos. Es verdad que en ciertas ocasiones el líder se refirió a las colectividades en términos de un alimento insustituible de la democracia: «*La democracia reside esencialmente... a que existen unos partidos con sus ideas que gobiernan y existen unos partidos con sus ideas que están en la oposición*». Con todo, sus piezas más importantes colocan el enfrentamiento entre los partidos en otro orden de significación: «*Algunos... anhelarían la desaparición de los partidos, como si las divergencias entre los hombres no fueran anteriores a ellos y más fuertes que ellos*». Las divergencias «*anteriores*» a los hombres no aluden a los determinantes históricos de la cultura, apelan al historicismo naturalista: «*La existencia de las fuerzas contrapuestas de los partidos obedece a un proceso de razón y de lógica social tan profundo, [que] las divisiones políticas no han nacido en Colombia. Este hondo abismo entre las fuerzas en contraste tiene una progenie histórica que va más allá de la moderna civilización para encontrar sus raíces... en el comienzo de los tiempos*»²⁶⁶. En los términos de estas aseveraciones las colectividades partidarias se ponen en línea de continuidad con una anónima división enterrada en el pasado lejano y, en consecuencia, inaprehensible.

El argumento se exploya: «*Los partidos no son cosas improvisadas, como no es improvisado el temperamento... La constitución psicológica... debe su estructura no solamente a razones profundamente espirituales sino a la constitución íntima de las células... a las creencias que le enseñaron, al clima que le envolvió... Todo eso llamamos el clima psicológico y toda esa es la razón fundamental de la diferencia de los partidos*». El abigarrado cuadro pintado por el caudillo en este fragmento se debate entre la psicología y la biología, entre la naturaleza y la cultura. El corolario es uno, el origen de la escisión partidista está enterrado en un horizonte puramente imaginario. En otro discurso Gaitán expone, con la lucidez que quizás no fue posible encontrar en otro texto de la década, la naturaleza de las matrices que presiden la armazón imaginaria del partido: los códigos se habitan y se viven, se sienten y desde allí se piensa el mundo; pero es imposible dar cuenta de ellos. «*Hay ciertos procesos, hondos y profundos... como las primarias fuerzas de la vida, tan indefinibles como la vida misma y la muerte, que no se forman por programas, sino porque son expresión fundamental de la especie... Fuerzas formidables esas, como el amor, como la vida, como la muerte, como la fe. Si alguien nos demanda qué son y cómo son, nosotros no podemos definir las*;

²⁶⁵ "Discurso programa de su candidatura presidencial", 1945, en Jorge Mario Eastman (1979, pp. 157-169); "Venceremos a las camarillas que temen la elección directa del pueblo", S: marzo 15 de 1944.

²⁶⁶ "Los partidos políticos en Colombia", mayo de 1946, en Eastman (1979); "Gobernar no es esquivar los problemas", J: abril 26 de 1947.

pero si nadie nos lo pregunta, sabemos cómo son y qué son, porque las tenemos aquí adentro, muy adentro, para saber que son las pautas fundamentales de nuestro sino, de nuestro querer, de nuestra pasión, de nuestro deseo»²⁶⁷.

Los fragmentos son elocuentes. Esas «*pautas fundamentales*» del destino que amarran la «*pasión*» y el «*deseo*» al juego del partido son, preciso, los vínculos de la pertenencia primordial. Son «*procesos profundos*» que no se pueden definir pero que «*se sabe qué son*» porque se llevan adentro. Con esta argumentación Gaitán llevaba hasta su última consecuencia la naturalización de la guerra teológica: la depositaba en el orden de la biología y con ello la hacía todavía más impermeable a una concertación capaz de proponer nuevas alternativas a la tramitación del conflicto. El enigma moral que traía consigo la pertenencia primordial se conducía directo al fanatismo. «*Un [partido] con el temperamento tranquilo, que frena los impulsos y otro que integra el temperamento revolucionario... Por eso no es un pecado ni contra la vida ni contra la psicología, tener un temperamento conservador que conciba ideas conservadoras. Pero lo que sí es un pecado contra la psicología es decirnos que haya temperamentos liberales que sean iguales a los de los conservadores*»²⁶⁸, decía en 1946. El código imaginario religioso se enuncia sin dobleces, «*un pecado contra la psicología*». ¿Cómo se comportó el movimiento frente a la violencia, ese lugar del que siempre se le exime a causa de la inesperada muerte del caudillo?

A comienzos de 1947, cuando la violencia invade el discurso de los otros dos periódicos, *Jornada* se limita a publicar esporádicas noticias sobre hechos de sangre. La situación se modifica a partir de la victoria del movimiento en la gesta electoral del 16 de marzo de ese año. Las conversaciones emprendidas por el caudillo ya en su condición de jefe de la colectividad a propósito de la violencia ejercida sobre liberales, rematan en el envío del primer memorial de agravios al presidente Ospina. A partir de ese momento el gaitanismo será el portavoz del partido victimizado. No obstante no es sino hasta noviembre de ese año, tras agrios enfrentamientos en el congreso, cuando la violencia invade el discurso gaitanista copando los comentarios editoriales y asaltando las noticias de todos los días.

El movimiento no propuso una nueva comprensión del fenómeno; todo lo opuesto asumió la textura del doble rostro. «*La ola de sangre ahoga al régimen... Centenares de muertos caídos bajo el golpe de la barbarie oficial... Vivimos la etapa de la horda primitiva, del reinado de la bestia*», dice el vocero gaitanista *Jornada* haciendo suyo el rostro de la barbarie, al modo de un juicio implacable lanzado al adversario. Por ese conducto era inevitable su ingreso al texto del «*sacrificio*». En una alocución en Manizales Gaitán preguntó a las multitudes que le ovacionaban, «*pueblo! ¿estáis dispuesto a obedecer mi voz de mando, aún cuando ella sea una orden de sacrificio?*». Narra *Jornada* que un enfático ¡sí! se prologó por más de un minuto²⁶⁹.

²⁶⁷ "El pueblo sabrá imponerse a la oligarquía, dice Gaitán", S: marzo 4 de 1946.

²⁶⁸ "Los partidos políticos en Colombia", mayo de 1946, en Eastman (1979).

²⁶⁹ "Hacia la anarquía", J: marzo 19 de 1948; "El gobierno está obligado a cumplir el pacto", J: septiembre 7 de 1947.

Del mismo modo sus explicaciones sobre la violencia son réplica fidedigna del argumento sordo esgrimido por el oficialismo liberal: *«Para cohonestar la violencia se acuñaron dos teorías peregrinas. La de que la violencia es fruto del fraude, tesis política. Y la de que la violencia es el resultado de organizaciones económicas... Los hechos han comprobado lo contrario... La violencia es simplemente una política, una consigna de la oligarquía conservadora»*. El argumento cerrado y sordo, indiferente a nada distinto que no fuera la repetición de sí mismo, frente a la cooptación del gaitanismo no tenía la menor posibilidad ni tan siquiera de matizarse. A finales de diciembre profería el diario gaitanista: *«Son liberales las víctimas 'conservadoras' de El Siglo»*. No hay alternativa, el gaitanismo está inscrito en la codificación simbólica de la violencia. *«Este movimiento tiene un jefe que no teme jugarse la vida»* apuntará Gaitán en uno de sus discursos. Las implicaciones imaginarias se hacen entonces presentes. *«[Nuestros muertos] no los olvidaremos jamás... en esta radiante hora... que creció sobre su sangre seca... Por sus claras heridas alumbra el resplandor de... la vida que se alimenta de esta muerte y de estos huesos»*²⁷⁰.

«La vida que se alimenta de esta muerte y de estos huesos». El lazo entre la sangre, la memoria colectiva y la acción política ha sido sellado. La imposibilidad de ritualizar la violencia es su complemento inmediato. El mismo día de la convocatoria a la *«Marcha del Silencio»* aseveraba el editorial de *Jornada*: *«Los muertos: los nuestros son los que cayeron sobre la serranía... Juramos por vuestro sacrificio, por vuestra sangre... alzarnos sobre la injusticia con el puño cerrado»*. Los muertos, *«los nuestros»* que vienen guardando luto envueltos en la bandera del partido, los muertos cuyo *«sacrificio»* y cuya *«sangre»* se erigen en mandato sagrado. La muerte tiene color político, *«la manifestación desfilará en absoluto silencio como homenaje a los liberales sacrificados»*. Y en la perorata de Gaitán ante la multitud muda el silencio sufrió su transformación hacia una demostración más de fuerza: *«Señor Presidente: Os pedimos que no creáis que nuestra tranquilidad, esta impresionante tranquilidad es cobardía... Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes... Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar... la libertad de Colombia»*²⁷¹.

La exaltación del código de la sangre quedó expuesta de manera radical en la oración que Gaitán rezó encima de la tumba de los liberales caídos en Manizales a comienzos de 1948: *«El silencio de vuestras gargantas es ahora grito de justicia en nuestras gargantas... Compañeros de lucha: sólo ha muerto algo de vosotros, porque del fondo de vuestras tumbas sale para nosotros un mandato sagrado que juramos cumplir a cabalidad... Compañeros de lucha: Al pie de vuestras tumbas juramos vengarnos»*²⁷². La inscripción del gaitanismo en los lugares de producción de sentido de lo político carece de tacha. No sólo es convergente en el cruce de *«porque la sangre es espíritu»* sino que

²⁷⁰ "Cabildo abierto", J: febrero 10 de 1948; J: diciembre 21 de 1947; "Gran discurso de Gaitán", J: febrero 10 de 1947; "Muertos del pueblo", J: marzo 22 de 1947.

²⁷¹ "Elocuencia del silencio", J: febrero 7 de 1948; "La manifestación del sábado", J: febrero 4 de 1948; "Histórico discurso hizo Gaitán", J: febrero 8 de 1948.

²⁷² "Texto del discurso de Gaitán en el cementerio de Manizales", J: febrero 18 de 1948.

exacerba sus implicaciones imaginarias: lo sacro retrotraído en la imagen épica del «sacrificio» adquiere el mandato de la retaliación días antes de la muerte del líder. «*Al pie de vuestras tumbas juramos vengaros*». Varias condiciones del conflicto presentes en la década inflamaron el movimiento, se ha hablado de ellas; sin embargo, de buen modo, fue mediante la inscripción fulgurante en las matrices imaginarias en boga que Gaitán recogió sus volúmenes de adherentes en tan corto tiempo.

2. Los nuevos desciframientos

Hemos buscado el método directo, democrático

No obstante no todo es repetición febril y exacerbada, el movimiento introdujo también un nuevo desciframiento de los vínculos políticos. Empero, tanto sus mismas concepciones como su progresivo encuadramiento en las filas del partido liberal terminaron por arrastrar y neutralizar las innovaciones. Primero se mirarán las renovaciones; luego se contemplarán las circunstancias que llevaron al entierro de las nuevas formas de relación política.

Jorge Eliécer Gaitán inicia su convocatoria a un movimiento de masas sobre el transfondo de la crisis del proyecto liberal de los años 30. La decepción que produjo el aplazamiento de las anheladas reformas, junto a las expectativas de nuevas capas sociales urbanas, fueron el caldo de cultivo del llamado gaitanista; las aspiraciones de justicia social las canalizó bajo la forma del llamado al pueblo. Con dicha interpelación popular Gaitán no introducía un elemento nuevo en el concierto político, tal como se mostró en el capítulo 1 el diálogo con las masas ordenaba el discurso político del liberalismo; la gran innovación que introdujo fue más bien la instauración de una renovada forma de consulta popular mediante la instauración de tres procesos. Primero sacó la invitación a las masas de la oposición entre liberales y conservadores desbordando, al menos al comienzo de su trayectoria, el enfrentamiento partidario; segundo creó un lenguaje directo y sencillo; y tercero creó algunos procedimientos inéditos para la convocación democrática de las mayorías.

En el primer proceso el pueblo fue invitado a una oposición contra la oligarquía, en otros términos fue llamado a participar en la escena política mediante la oposición entre el país nacional y el país político. «*En Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político... Cuando en un país la política [está] de espaldas a los intereses de la nacionalidad... se ha implantado el régimen oligárquico [que sólo] piensa en función de mecánica electoral. Nosotros pensamos en función de agricultura, de sanidad, de trabajo*». La oligarquía es el minoritario grupo que compone el país político, concentra el poder económico y político y se limita al ejercicio de la politiquería; frente a ella está el pueblo, el país nacional hecho de las mayorías irredentas que trabajan. En el juego la oposición el discurso gaitanista propone una personería política al pueblo: «*Estamos en un gran proceso: una pequeña minoría ambiciosa que hasta ahora nos ha dominado y un pueblo que quiere declararse en mayoría de edad y que no se va a dejar dominar más*». La vieja consigna kantiana de «la

mayoría de edad» se erige en fórmula que anuncia la subversión de las formas de dominación: *«Este movimiento no está encabezado para la rapiña electoral. Es la revolución del pueblo contra sus amos»*²⁷³. El viejo esquema de las masas pasivas que reciben como una merced la solución de sus problemas ha terminado, la vida política es su asunto y el pueblo ha de regir la gestión de la vida pública.

La figura de una oligarquía laborando sólo en función de sus intereses, de espalda al pueblo, recoge la crítica que el liberalismo formulara sin descanso al conservatismo. Empero, en la medida en que Gaitán inscribe dicho enunciado en la oposición entre el pueblo y la oligarquía se pone por fuera del enfrentamiento secular. La interpelación de las fuerzas populares –hasta cierto momento de su trayectoria– se dirige al pueblo en general: *«Para nosotros... cuenta lo mismo el pueblo liberal que el pueblo conservador... Creemos que ha llegado el momento de crear una patria para todos, para el gran "país nacional" que sufre de la explotación de las minorías liberales y conservadoras»*. Días antes ha dicho, en el candente mayo del 1946: *«Estamos a la defensa de esas inmensas masas que constituyen el partido liberal, y esas masas todavía oscurecidas del partido conservador que no han visto la verdad»*²⁷⁴. Desde la contraposición pueblo y oligarquía más allá de la división tradicional, la invitación al pueblo encontraba una renovada fórmula de solución.

El segundo proceso dice de la adopción de un lenguaje político directo. Con él Gaitán rompió la tradición liberal del discurso adornado con los principios abstractos y las grandes reformas ajenas al ciudadano corriente. Siguiendo otra camino el gaitanismo interpeló los cambios que el país experimentaba y las dolencias cotidianas del hombre que trabaja y consume: *«El país no es lo que se imaginan los viejos políticos; se está transformando. [Y esa] revolución es la que ha captado el espíritu colectivo de las masas primero que muchos de sus dirigentes... El hombre colombiano va transformándose a pesar de las gentes que creen que el mundo no se transforma y no se transformará nunca»*²⁷⁵. En el contexto de la desaparición de las reformas lopistas y de las muchas voces que se levantaban en contra de toda transformación, la insistencia en un nuevo país, cuyo artífice venía a ser el pueblo, se erigía en palabra de aliento.

Sin embargo de mayor trascendencia resultan las enfáticas y permanentes referencias a las dolencias inmediatas, comenzando por las puramente biológicas: *«Lo fundamental no son los problemas económicos en el sentido abstracto de la palabra [como dicen los lopistas]. No puedo comprender... cuál sea la diferencia para la administración colombiana entre un palúdico, un sifilítico, un atacado de anemia tropical, un analfabeta hijo de un liberal, y un palúdico, un sifilítico, un atacado de anemia tropical, un analfabeta hijo de un conservador»*. Junto al pueblo flagelado y palúdico cobra importancia la

²⁷³ "El país político y el país nacional", mayo de 1946, en Eastman (1979); "El pueblo sabrá imponerse a la oligarquía, dice Gaitán", S: marzo 4 de 1946; "Gran discurso de Gaitán", J: febrero 10 de 1947.

²⁷⁴ "Hacia una nueva política", J: marzo 20 de 1947; "Los partidos políticos en Colombia", mayo de 1946, en Eastman (1979).

²⁷⁵ "López no es el partido liberal, declara Gaitán", S: enero 2 de 1946.

interpelación al pueblo consumidor²⁷⁶. «Frente a la situación de miseria que se contempla, con los artículos de primera necesidad a precios prohibitivos, con una masa de población urbana y campesina que va desnutriéndose día a día... solamente una intervención estatal podría solucionarla», decía el columnista de «Comentario trivial» en el diario *Jornada*. Siempre bajo su peculiar estilo, el gaitanismo hace su concluyente diagnóstico sobre el agitado ambiente social de mediados del 47: «El mayor y más grave de los problemas que está afectando al pueblo: el de la criminal y progresiva carestía de la vida... Queda el temor fundado de que mañana no pueda hervir en el puchero el pedazo de huevo que da sabor a la mísera ración»²⁷⁷.

Con el sello de este lenguaje el movimiento le proponía una nueva forma de intervención al Estado. En el programa para la candidatura presidencial enunciado en 1945 aseveraba: «El Estado fue un día teocrático y después metafísico. ¡Pero ahora tiene que ser humano! Bajo la montaña de los conceptos abstractos, la vida del hombre que ama, que sufre, que tiene ideales, necesidades fisiológicas y apetencias espirituales, ha sido olvidada». Las evocaciones del cambio social, de la biología y del consumo, todo dentro de un Estado que se pone de cara a ellos, fueron las piedras de toque de un lenguaje que se dirige de manera directa a las ansias de justicia social. Eduardo Caballero Calderón explicita el giro discursivo gaitanista en una entrevista concedida a *El Siglo* a comienzos de 1946: «[Las ideas de Gaitán] son elementales, triviales si usted quiere, a las que no pueden pedirse complicaciones psicológicas. Se trata de dar al colombiano lo que le falta... Lo demás vendrá cuando lo necesario esté cumplido»²⁷⁸.

Finalmente el tercer proceso a partir del cual el movimiento popular resignificó el llamado al pueblo consiste en una renovada imagen de la democracia. Lo dice la insignia del movimiento, «por la restauración moral y democrática»; Gaitán tenía multiplicidad de objeciones al ordenamiento democrático vigente. La plataforma ideológica formulada en enero del 47 rezaba en el numeral ocho: «El liberalismo reconoce que hoy resulta insuficiente, inoperante, el concepto de la democracia restringido solo al campo de la organización política del Estado y proclama la necesidad de extenderlo a las zonas económicas y sociales». Y más allá de las afirmaciones la ampliación democrática tomó cuerpo en un conjunto de ejecutorias. Naturalmente la más grandilocuente la constituyó el sinnúmero de marchas realizadas en múltiples ciudades del país. El caudillo veía allí una forma de diálogo directo con el pueblo. «Yo no vengo a saber de los odios ni las combinaciones electorales de los jefes, sino a saber qué piensa el pueblo», rezaba un epígrafe de *Jornada* haciéndose eco de una frase del líder en Barranquilla. Hablando de las movilizaciones afirmaba en una entrevista a comienzos de 1946: «[El país político] ha viciado el método democrático... Nosotros hemos buscado el método directo, democrático». En respuesta a las duras críticas que formulara el liberalismo oficial durante la campaña de 1946, motejando al movimiento de fascista, argumentaba el jefe

²⁷⁶ Daniel Pécaut (1987) señala la importancia del consumidor en el lenguaje político de la década, bien en la propuesta de los años 30, bien en la gestión de los gremios en los 40.

²⁷⁷ "El pueblo sabrá imponerse a la oligarquía, dice Gaitán", S: marzo 4 de 1946; "Comentario trivial", J: abril 9 de 1947; "La máscara del control", J: julio 29 de 1947.

²⁷⁸ "Gaitán no cederá sus fuerzas", S: enero 6 de 1946.

en un discurso en el Hotel Granada: «¿Que hay multitudes que se lanzan a la calles, a las plazas, a decir su voluntad sin el permiso reglamentario acostumbrado? ... Estamos entrando en el proceso normal de la verdadera democracia... Este desobedecimiento a los encuadramientos previstos... es el signo de que nosotros hemos adoptado el ritmo febricitante de una verdadera democracia»²⁷⁹.

Junto a la efervescencia de las grandes marchas, muchas de las cuales son memorables, Gaitán animó la primera convención popular del liberalismo. La iniciativa buscaba renovar la organización del partido y su plataforma doctrinaria mediante una convención constituyente compuesta por delegados de todos los municipios. La ampliación democrática era visible llegando a proponer en el numeral veinticuatro de la plataforma ideológica: «*El liberalismo es partidario de que el Vicepresidente o Primer Designado, los Gobernadores y los Alcaldes de las capitales y de las ciudades que tengan determinada población y determinado presupuesto, sean elegidos popularmente*»²⁸⁰. Las vías de participación y protagonismo popular buscaban convertirse en reformas institucionales que dieran piso al protagonismo popular. Con el gaitanismo es posible afirmar, en efecto, que «*hemos buscado el método directo, democrático*»

3. El naufragio del nuevo pacto

La transfusión de ideas

La animación de estos tres procesos había hecho posible la poderosa marcha del movimiento. Sin embargo, es preciso recordarlo, a la base de dicha marcha estaba también la particular fuerza que Gaitán imprimiera a los códigos imaginarios. La oposición entre el pueblo y la oligarquía, los renovados lenguajes y la participación democrática tenían como fundamento la invocación del espíritu del partido y su insignia de sangre. El nuevo pacto social se fundó en la pertenencia primordial, fue la condición que le llevó al fracturamiento. La quiebra del protagonismo político que asomó tras la movilización gaitanista no se operó repentinamente con la muerte del líder, ella venía inscrita en la trayectoria que tomó el movimiento a partir de 1947. Resulta ilegítimo hablar del gaitanismo como una experiencia siempre idéntica a sí misma; por el contrario las propuestas, lenguajes y estrategias tienen dos momentos diferenciados: uno el de la movilización social y otro el del ingreso a las toldas oficiales del partido liberal²⁸¹.

El movimiento obtiene dos resonantes victorias electorales en 1947, el 16 de marzo y el 5 de octubre. A partir de ellas el caudillo se convierte en jefe único de la colectividad liberal, primero con la oposición de las fuerzas santistas y

²⁷⁹ "Plataforma ideológica del Partido Liberal", J: febrero 28 de 1947; Epígrafe. J: febrero 10 de 1947; "López no es el Partido Liberal, declara Gaitán", S: enero 2 de 1946; "El pueblo sabrá imponerse a la oligarquía, dice Gaitán", S: marzo 4 de 1946.

²⁸⁰ "Plataforma ideológica del Partido Liberal", J: febrero 28 de 1947.

²⁸¹ Daniel Pécaut (1987, p. 440) señala los dos momentos. Hay rastros de un momento en el otro: algo del oficialismo en el primero y conatos de la movilización social en el segundo. Pero cada uno se caracteriza por la primacía de una u otra estrategia antes y después de 1947.

luego con la resignación incómoda de una buena cantidad de liberales que no veían con buenos ojos su jefatura. Sin embargo, aunque la dirección del partido no por fuerza tenía que significar el ingreso del movimiento en la lógica del gesto del enfrentamiento, poco a poco Gaitán se va encuadrando en las reglas del partidismo tradicional²⁸².

Su comportamiento frente a la política de unión nacional ilustra la marcha del encuadramiento. En un principio, cuando el conservatismo gana las elecciones de 1946, el jefe se apresura a rechazar la propuesta unionista: «*El partido liberal no va a entregarse... Hay gente que se apresura a hacer la unión nacional... ¿Qué quiere decir eso para el pueblo liberal o conservador?... Nada, absolutamente nada*». Los editoriales de *Jornada* no cesaban de lanzar sus dardos envenenados a la colaboración liberal, argumentando que allí sólo había un habilidoso engaño del conservatismo a fin de consolidar sus posiciones. «*[No hay] razón para que continúe por un día más esta mentira*», decían en febrero del 47. La unión nacional, claro, sólo tenía una posible solución: «*Es, pues, solo con Gaitán con quien la unión debe pactarse*». La negación rotunda se modifica, pese a todo, con el triunfo obtenido en la jornada electoral de marzo; la participación en el gobierno se acepta a título condicional: «*La colaboración, para poder efectuarse, necesita un viraje de rumbo del régimen*». Poco tiempo después la aceptación de la unión nacional es definitiva, una vez que el gobierno invitó a cuatro gaitanistas a formar parte del gabinete ministerial. El descontento de ciertos militantes, protocolizado con la renuncia de Jorge Uribe Márquez a la dirección de *Jornada*, exigió grandes esfuerzos retóricos a fin de no provocar una fractura en el movimiento: «*[Seguidores nuestros] hubieran querido un enfático rechazo de su jefe [a la colaboración]... Pero me parece oportuno recordarles que entre esa etapa fragorosa del gaitanismo de la primera hora, con sus muchedumbres beligerantes... y esta que estamos atravesando, hay un hecho de importancia considerable: el 16 de marzo... Jorge Eliécer Gaitán ha dejado de ser el jefe del gaitanismo para convertirse en el jefe del liberalismo... La sola noticia de un gabinete homogéneo desencadenaría la violencia sin cuartel del conservatismo [colocando] automáticamente a la república en estado de guerra civil*»²⁸³.

El columnista señala con claridad la tensión que empieza a experimentar el movimiento. El paso de la movilización popular, con sus expresiones públicas, al encuadramiento formal con sus estrategias institucionalizadas: «*Gaitán ha dejado de ser el jefe del gaitanismo para convertirse en el jefe del liberalismo*». La segunda gesta electoral de ese año, por su parte, se encarga de cerrar la tensión latente. La nueva victoria, mucho más clara, le lleva hasta a la exigencia de las acostumbradas cuotas burocráticas: «*El gabinete debe ser reorganizado de acuerdo con el resultado [electoral]... Sólo de esa manera, restableciendo el equilibrio de las fuerzas políticas en el gobierno, como reflejo*

²⁸² El partido liberal del segundo momento gaitanista no es exactamente el mismo de épocas anteriores. No obstante, lo importante es el modo cómo, aún con un partido liberal remozado, Gaitán termina por privilegiar las estrategias y los modos seculares.

²⁸³ "Los partidos políticos en Colombia", mayo de 1946, en Eastman (1979); "Balance de la unión", J: febrero 4 de 1947; "Solo alrededor de Gaitán", J: febrero 12 de 1947; "Memorias de hoy", J: abril 29 de 1947.

de las urnas, se pondrá fin a la barbarie»²⁸⁴. Ya no se trata de una simple colaboración, el antídoto contra la violencia reside en el hecho de que la composición del gobierno refleje la mayoría liberal –léase mejor la mayoría gaitanista-. Es el momento en que el movimiento comienza a expresar los mismos argumentos que viniera sosteniendo con total empeñamiento *El Tiempo*. A finales de 1947 *Jornada* exclama, «el liberalismo, la única base de la unión nacional»²⁸⁵. Ya no es Gaitán, como se dijera meses antes, la vía regia para la unión nacional; ahora es el partido liberal. El ingreso a la oficialidad y, con ello al enfrentamiento, clausura la construcción del movimiento de masas.

Del mismo modo el comportamiento frente al conservatismo pone de manifiesto la mutación. En un principio el llamado al pueblo en general puso en segundo plano el enfrentamiento con el partido azul: «*El peligro no está en el conservatismo sino en el caciquismo, en la inmoralidad, en la especulación, en los fraudes*»²⁸⁶. En el contexto de las elecciones de 1946 la división con respecto al liberalismo llevó a la complicidad entre el gaitanismo y el conservatismo²⁸⁷. No obstante, lo que en principio fuera nada más que crítica a las remociones de liberales de sus cargos administrativos y a algunas gestiones gubernamentales, sobre el lomo de las sucesivas victorias gaitanistas se transformó en la adopción del sordo lenguaje liberal. Oraba un epígrafe, «*estamos en plena hegemonía conservadora. El país regresa a las prácticas y a los sistemas que imperaron antes de 1930*». Poco a poco comienzan a pulular en *Jornada* los editoriales contra el régimen y el partido conservador. Pero no será sino hasta noviembre de 1947, junto con la invasión de la violencia, cuando la confrontación entre gaitanismo y conservatismo domine la escena política: «*La doctrina Montalvo... es la barbarie que muestra los colmillos afilados en cuyas fauces será yugulada la civilización*»²⁸⁸.

Al mismo tiempo que se inscribe en el enfrentamiento el gaitanismo renuncia al movimiento social. La imagen del pueblo que se ha tomado la escena política adquiriría su máxima expresión en el paro general. «*¿Si sigue la persecución estáis dispuestos a parar todas las actividades para contrarrestarla?*». Como en otras ocasiones la multitud respondió con un largo isí! El anuncio de un paro se convirtió en estrategia política radical: «*Los partidos modernos no necesitan lanzarse a la guerra civil, ni ir a los campos de batalla. Le basta con bajar los brazos para que se paralice el país y la injusticia deje de imperar*»²⁸⁹. Ante diversas coyunturas el pueblo fue llamado a prepararse para el momento final. Sin embargo justo en el instante en que las centrales obreras deciden lanzarse

²⁸⁴ "Viraje hacia el norte", J: octubre 8 de 1947.

²⁸⁵ J: diciembre 4 de 1947.

²⁸⁶ "El peligro para Colombia no es el partido conservador", S: marzo 19 de 1944.

²⁸⁷ Gaitán incluyó en sus peroratas las críticas que el conservatismo lanzó al gobierno de López Pumarejo: en los discursos de ese entonces desfilan los engañosos golpes militares, la persecución a la iglesia, el asesinato de Mamatoco y hasta la violencia liberal de los años 30.

²⁸⁸ Epígrafe, J: febrero 5 de 1947; "La trampa", J: julio 1 de 1947; "Doctrina Montalvo", J: diciembre 6 de 1947. Arsecio Montalvo fue el ministro de gobierno de la administración conservadora.

²⁸⁹ "Tremendo ataque de Gaitán contra el comunismo y CTC", S: mayo 8 de 1946; "Gran discurso de Gaitán", J: febrero 10 de 1947.

al paro general Gaitán no se pronuncia²⁹⁰: «*El paro que se había propuesto para el caso de que se hubiera falsificado la voluntad popular expresada en las últimas elecciones, es un fenómeno distinto del que decretaron posteriormente algunos trabajadores, con el cual no estuve de acuerdo*»²⁹¹.

El renovado desciframiento se diluye. El lenguaje ha perdido su vitalidad. Antes de que cayera el caudillo, durante los primeros meses de 1948, el discurso del país nacional y el país político desaparece de *Jornada*. El pueblo frente a la oligarquía, que sentara los elementos de un conflicto social vertical, se trastoca en la oligarquía conservadora: «*La oligarquía conservadora como expresión de una minoría no quiere trabajar para el país*». Las expresiones de minoría y de olvido de los problemas nacionales aplicados a la oligarquía conservadora suenan a simple remedo de una actitud política ya abandonada. El pueblo, frente a la minoría conservadora, no es el movimiento en ascenso tras la búsqueda de la «*mayoría de edad*» sino el partido liberal en marcha a la reconquista del poder²⁹².

En medio del viraje hacia el partidismo terminó asomando el rostro de la desconfianza hacia el pueblo. Así se deja ver en el empleo de la argumentación de «*finés ajenos a la organización sindical*» cuando Gaitán se ve forzado a explicar la actitud ante el paro general obrero del 47. La remisión a las miserias biológicas también lo deja traslucir. En el discurso de candidatura Gaitán hace de la dimensión biológica «*el primer objetivo del Estado*». En otras alocuciones su discurso antropológico se reduce igual a la simple biología: «*El hombre es una realidad, pero una realidad ante todo biológica y fisiológica. Sin nutrición de las células y sin funcionamiento equilibrado del organismo, es malo hablar de libertad, de democracia, de justicia*». El reduccionismo biologicista termina por afianzar la desconfianza hacia el pueblo en los mismos términos en que lo hace el resto de las élites: «*De ahí que la defensa de los salarios sea necesaria. ¿Pero creéis que basta la solución de ese aspecto? No. Puede suceder y yo lo he visto y observado, que se traduzca en mayor alcoholismo y mayor sífilis. Puede que el mayor o menor salario se liquide el sábado en las tabernas y en los prostíbulos*»²⁹³.

Conminado a reducto biológico, el pueblo es decapitado de cualquier protagonismo político real. «*No me habléis de voluntad en un organismo sin nutrición*», dice en múltiples ocasiones el caudillo. La voluntad, la conciencia y la libre determinación, los cimientos de la modernidad política, caen postrados ante las células desnutridas y sifilíticas. Las premisas negativas de la concepción del pueblo, aunque se las puede ver desde el principio, se aparecen desnudas y con toda su carga cuando cesa el llamado al pueblo. Para qué buscar formas de participación masiva, allí está entero el sagrado partido liberal.

²⁹⁰ Daniel Pécaut (1987, p. 450 y siguientes) desarrolla el punto del paro y la actitud vacilante de Gaitán en el preciso instante en que el movimiento obrero decide lanzarse a la desmovilización general.

²⁹¹ "Un gran discurso pronunció anoche el Jefe del partido", J: julio 12 de 1947.

²⁹² "De tumbo en tumbo", J: noviembre 14 de 1947.

²⁹³ "Discurso programa de su candidatura presidencial. 1945", en Eastman (1979); "El pueblo sabrá imponerse a la oligarquía, dice Gaitán", S: marzo 4 de 1946.

Gaitán nunca abandonó sus reticencias hacia la organización sindical, ni siquiera en su condición de jefe del partido liberal que le garantizaba la adhesión de la CTC. El sindicalismo, o cualquier otra forma de organización de la sociedad civil, no llegó a constituir un centro de su discurso político. Entre el líder y el pueblo no hay mediaciones organizativas: «*Lo que ocurre es que entre vosotros y yo hay una transfusión de ideas, una unidad de sentimiento y una misma decisión de combatir*». La «*transfusión*» y la «*unidad*» entre Gaitán y su pueblo, labradas mediante «*una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva*», vuelven innecesarias las expresiones organizadas: el líder habla y a través suyo lo hace su pueblo. La precariedad de las propuestas de ampliación democrática se revela en esta imposibilidad de asumir la movilización más allá de la persona del caudillo. El pueblo no debe hacer nada más que seguir la voz del jefe, seguro de que allí encuentra la segura reivindicación mesiánica: «*El pueblo... va en silencio, conducido por un misterioso llamamiento. Tenía una sola consigna: la de su capitán, la de su jefe*»²⁹⁵. La ampliación democrática terminó absorbida por la colectividad liberal, las grandes marchas se hacen ahora en su nombre. «*Un misterioso llamamiento*». En la expresión se resume la carga imaginaria que informó el itinerario gaitanista. El encuentro con el jefe, y por su intermedio con el mundo político, es un asunto del orden de lo misterioso, ese rasgo propio de lo sagrado que acompañó la división entre los partidos y que alumbró la mesiánica transmutación de «*yo no soy un hombre, soy un pueblo*».

El gaitanismo recogió los lugares de producción de sentido de lo político vigentes en su época. El código imaginario de la ciudadanía fragmentada lo proyectó por la vía de la remisión del pueblo a naturaleza biológica –el pueblo es un atado de células y no un agente político–, completando así su inscripción simbólica en el régimen de «*porque la sangre es espíritu*». El movimiento no se encontró ante el abismo de sus propias contradicciones insolubles, tal como propone Daniel Pécaut. Ello supone esperar del gaitanismo una coherencia que ninguna de las élites poseía, o atribuir una unidad de lo político anterior a sus mismos desarrollos. Gaitán se inscribió, con nuevos desarrollos exacerbantes, en la fuerza imaginaria que animaba la luctuosa guerra de dos espíritus irreconciliables. Para él, como para el resto de las fuerzas políticas, se trataba de lo mismo: «Un llamamiento misterioso».

²⁹⁵ "Contra el fraude y la violencia", J: marzo 4 de 1947; "Discurso programa de su candidatura presidencial, 1945", en Eastman (1979); "Palabras para el pueblo", J: marzo 16 de 1947.

PARA CONCLUIR

Detrás del tejido simbólico reconstruido aguarda la insuperable fragmentación que acompaña el tejido social de Colombia, vigente aún hoy mientras arranca el siglo XXI. Con todo, queda el último interrogante. A pesar de la fragmentación y de la presencia del gesto del enfrentamiento la institucionalidad democrática se impuso durante casi medio siglo de convivencia pacífica, desde la guerra de los Mil Días hasta mediados de la década de los 40. Durante esas cuatro décadas los conflictos encontraron cauces de tramitación institucional. Desde 1946 la situación es otra, desaparece alguna forma de solución y el edificio institucional se viene a pique. ¿Cómo explicar que para ese momento toda transacción resulte infructuosa, hasta el punto en que el gesto del enfrentamiento se transforme en la Violencia?

Daniel Pécaut, en la más penetrante reflexión, propone que la Violencia sobreviene en el contexto de la existencia de una nueva representación de lo político²⁹⁶. Dicha representación hace su primera aparición –afirma– en la oratoria gaitanista. El planteamiento de una abismal oposición entre el pueblo y la oligarquía y la tesis de una insuperable diferenciación entre los partidos, hacen del caudillo el formulador de la “división social radical”. El “‘fuera’ de lo social” toma consistencia: “Lo que se veía allí comprometido era la idea misma de la unidad de lo social”. También el conservatismo, desde su ascenso al poder, toma a su cargo la definición de la división social radical. “Para expresar una división absoluta, el conservatismo se ve obligado sin embargo a hacer uso de otros términos, extraídos de sus fuentes doctrinales”. La acusación de “comunismo”, la de “atentado contra la religiosidad” y la de una oposición entre la “parte sana y malsana del cuerpo social”, se erigen en esos “otros términos” desde donde el partido en el gobierno expresa tal división. Así surge una verdadera “representación de lo político como violencia [en donde la] división no designa de ninguna manera una oposición entre los valores que cada uno de los dos partidos representa, sino que denota dos tipos de naturaleza”²⁹⁷.

La referencia a un “fuera” de lo social –concluye Daniel Pécaut– hace surgir las divisiones sociales, no a la manera de antagonismos de clase, sino al modo de imágenes de exclusión social: “La lógica de la Violencia conoce un nuevo desarrollo: la representación de lo político como Violencia induce la producción de lo social como Violencia”. La “discriminación étnica”, el carácter de “pueblo incivilizado”, el “analfabetismo y la ignorancia”, el “regionalismo” y en general las formas de percepción de la heterogeneidad social prestan esta vez sus

²⁹⁶ El “‘fuera’ de lo social” remite a la constitución de los actores y los partidos como datos anteriores a la experiencia social concreta. Convertir el pueblo en sujeto medicalizado (analfabeto, sifilítico y desnutrido) y la confrontación partidaria en hecho naturalizado (como las fuerzas de la electricidad), significa enviar los actores a un sustrato anterior a su acontecer histórico y cultural. Las citas en p. 531.

²⁹⁷ La primera cita está en p. 531. El contenido de los ‘otros términos’ se encuentra en las p. 531-534. La segunda cita en la p. 535.

contenidos. En sus palabras, “la aparición de tales significaciones implica que la Violencia es remitida a una violencia originaria incomprensible”²⁹⁸.

Es verdad –como lo afirma el colombiano francés– que en la mitad de la década emerge una nueva representación de lo político. Pero su contenido no reposa ni en los temas del comunismo, lo religioso y la parte malsana de lo social, como tampoco en las referencias a lo étnico, la civilización y la ignorancia. Tales temas no son “otros términos” aparecidos a mediados de la década, capaces de expresar la división absoluta. Por el contrario dichas formulaciones tienen presencia permanente en el discurso político desde el principio de la década. Como se mostró la acusación de comunismo forma parte de una de las series críticas del conservatismo; el señalamiento de destrucción de la religión es el sentido donde convergen los ataques de la colectividad azul; la parte malsana del cuerpo social es núcleo de la guerra teológica y la función mesiánica del partido. Otro tanto acontece con la adopción de toda suerte de fórmulas de exclusión. Lo étnico permea los textos políticos; si las diatribas contra Gabriel Turbay por su ascendencia libanesa no son convincentes, están las permanentes alusiones a la condición étnica de la nación y las usuales suspicacias sobre la naturaleza del pueblo. **El tema de la civilización está en la antípoda de la barbarie que acompaña la marcha de la violencia.** Y la auto referencia de «*hombres rudos, fuertes e insaciables*» entre los alzados en armas, como bien lo ilustran los Bautista en el Llano, es la prolongación de un discurso en tomo a la masculinidad y la virilidad presente también en las élites²⁹⁹.

Es cierto que pasado el 9 de abril las arremetidas conservadoras se recrudecen; el motivo religioso, el tema del comunismo y la desconfianza hacia el pueblo se profieren sin cesar. Pero igual la diatriba comunista recalcitrante formó parte de la campaña presidencial de 1942 cuando se trataba de deslegitimar la reelección de López Pumarejo; la rabiosa acusación religiosa fue nervio de los debates del segundo semestre de 1942; las formas de desconfianza hacia el pueblo corrieron toda vez que el movimiento obrero comenzó a dar muestras de autonomía política.

Creemos entonces que la significación sobre la que se crea una nueva representación de lo político viene asociada a la invasión que practica la «violencia» sobre el discurso, operando la transformación del gesto del enfrentamiento en escisión insuperable. A partir de diciembre de 1946 la «violencia» se erige en ordenador semántico de la escena pública mediante la

²⁹⁸ Citas en p. 536 y 538 respectivamente.

²⁹⁹ Pécaut menciona el caso de los Bautistas (1987, p. 540). El discurso de las élites, en efecto, está bañado de referencias a lo «varonil»: «*Como exponentes magníficos, y al mismo tiempo como trasuntos raciales, Uribe y Reyes se destacan... Ambos varones tridimensionales*». (“Figuras heroicas: Uribe y Reyes”, T: agosto 4 de 1946). Los títulos de otros artículos ayudan a evocar la importancia de estos significantes en las representaciones del “hombre” político –que aquí es literalmente el hombre por la exclusión de la mujer de la actividad política–: “Reeducación de la hombría”, T: marzo 1 de 1942; “La República afronta una gran crisis de masculinidad”, S: julio 11 de 1948. El vínculo entre guerra y política tiene una fuente de sentido en esta representación del «varón» agenciada por las élites. No se trata sólo de una socialización temprana que prepara al campesino para la agresividad tal como supone María Victoria Uribe (1990, p. 31). Es más bien una figuración de lo político.

hegemonía del horror, la imposibilidad de comunicación entre las colectividades y la erosión del juego democrático –se afirmó en el capítulo 12–. No se trata de una lectura circular que pretende dar cuenta de la Violencia con una violencia que es siempre igual a sí misma. El hecho de muerte que ingresa al discurso político a finales de 1946 es una renovada versión de la «violencia», en tanto de ahí en adelante se rompe toda mediación institucional capaz de procesar la imagen del Otro inscrita en el ejercicio calculado de la muerte: se obtura la dinámica comunicativa y con ello se destruye el orden democrático. El tema de la división entre las colectividades, siempre presente bajo la forma de una guerra entre dos espíritus antagónicos, cobra ahora su carácter de real³⁰⁰. Gaitán se encargó de exacerbarlo y llevarlo hasta el éxtasis mediante las resonantes marchas: «*El hondo abismo entre las fuerzas [políticas] tiene una progenie histórica que va más allá de la moderna civilización para encontrar sus raíces... en el comienzo de los tiempos*», decía³⁰¹. El grito de «¡A la carga!» con el que en un inicio se convocó al pueblo contra la oligarquía, se trastocó desde mediados de 1947 en consigna de ataque contra el conservatismo. El partido azul, naturalmente, tomó el lugar de combatiente intensificando desde el poder sus demonizaciones.

En medio del fragor gaitanista y de la soberbia conservadora se volvió real «*el hondo abismo [nacido] en el comienzo de los tiempos*». Un «abismo» que las élites se habían encargado de definir y redefinir en su imposibilidad de repensar las fronteras entre los partidos; un «abismo» que a partir de 1947 adquirió la expresión de un desenfrenado pugilato entre Gómez y Gaitán. Sólo bastaba con abrir los ojos para encontrarlo ahí, a la puerta de la casa o en el parlamento (en más de una ocasión hubo tiroteos en el recinto del congreso). El abismo estaba allí, tal como lo revela una siniestra administración de la muerte que no logra romper el circuito de la intemperante acusación de partido a partido.

La progresiva invasión de la «violencia» deja al desnudo la textura imaginaria de lo político. Ya no resulta eficaz ninguna mediación. No funciona la negociación en tomo a la construcción de nuevas identidades políticas; tampoco opera la concertación alrededor de las políticas estatales; menos aún funciona un proyecto de construcción conjunta de la nación. Ninguna mediación es eficaz. Sólo queda, endurecido, lo imaginario político: el código religioso bajo la forma de dos espíritus fundados en naturalezas diferentes; el código de la sangre como la barbarie que configura el rostro del adversario y enardece hasta el sacrificio la acción del partido; y en medio del triunfo de «*porque la sangre es espíritu*», lo imaginario de la ciudadanía fragmentada se despoja de aquellos atributos que podrían hacer valer el vínculo genérico con la nación, dejando en firme la primacía de la colérica pertenencia primordial.

El cuadro de una escena política arrastrada imaginariamente por una violencia que lo copa todo se ha consumado a finales de 1947. El primer trimestre de 1948 no conoce otro ordenamiento posible, la violencia campea los diarios y

³⁰⁰ En este punto nos separamos también de Daniel Pécaut. La división absoluta no la plantea por primera vez el gaitanismo sino que ella está siempre latente en la construcción imaginaria sobre la que reposa la pertenencia primordial.

³⁰¹ "Los partidos políticos en Colombia", en Eastman (1979).

decide la suerte de hasta el último rincón de la vida colectiva. En este contexto sobreviene el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, la última comprobación que necesitaba la escisión partidaria. La muerte del caudillo se encarga de fijar la "realidad" de una matriz imaginaria que ya estaba despojada de sus mediaciones. Sin duda, la caída de Gaitán ratifica en los liberales su certeza de un conservatismo tiránico y despiadado; mientras el amotinamiento confirma en el conservatismo su conciencia de un partido antirreligioso y subversivo. De ese momento en adelante la imagería partidaria no necesita de más comprobaciones. El 9 de abril se instala en perfecta continuidad con una representación de lo político que no conoce otra mediación que la escisión sangrienta, en el lenguaje y en los actos³⁰². En ese viernes de abril del 48 se rubrica la ruptura simbólica que arrastra el derrumbe final del universo normativo, ya sólo quedan en pie las identidades partidarias de unas colectividades que han aniquilado toda referencia a lo público y lo universal. La torre de Babel está consumada.

La paradoja atraviesa la escena política. En el momento en que adquiere toda su evidencia la condición imaginaria que alimentaron los partidos desde su fundación en el siglo XIX, más precaria resulta la simbólica con que se venía adelantando la construcción de la nación desde la independencia. Mientras lo imaginario cobra su mayor fuerza nunca como antes resultan tan inadecuados sus desciframientos: en los años 40 la simbólica del partido resultó por entero bizarra para interpretar las nuevas realidades sociales que vienen surgiendo en el país desde comienzos del siglo XX. En el siglo XIX la imagen de los partidos en marcha tuvo el sentido de la guerra en defensa de una «*idea*». A mediados del siglo XX las evocaciones de los héroes epónimos y el llamado al sacrificio en defensa del partido revelan la impronta de una simbólica obsoleta que necesitó de la violencia para ser desterrada. Este contexto establece la diferencia entre los años 40 y el anterior cambio de régimen de los 30, cuando la alternación del partido en el poder generó de igual modo un episodio de elevada violencia. La hegemonía discursiva de la «*violencia*» en los 40 se teje sobre la fractura entre símbolo y hecho, esto es, sobre el abismo abierto entre los cambios sociales acumulados para ese entonces y las formas de representación de lo político. El país "real" va por un lado: los cambios sociales incluyen una vasta movilización social decapitada con la muerte de Gaitán; el país "imaginario" corre por otro lado, por el resorte imaginario de «*porque la sangre es espíritu*».

La fragmentación que portaban los lugares de producción de sentido de lo político presidió el avance de una Violencia que trastornó hasta la disolución el tejido social. La guerra simbólica antecedió y anunció la violencia real. Como afirmara *El Siglo* días antes de la ruptura de la unión nacional en 1949: «*Dos criterios opuestos no pueden gobernar a un mismo tiempo, porque se neutralizan y acaban por eliminarse recíprocamente*». Agonía de lo público y ejercicio privado de fuerza, la mezcla explosiva que gobierna la escena política. Alberto Lleras lo enunciará de manera premonitoria días antes de las elecciones del 46: «*Mientras subsista entre nosotros esta tremenda intolerancia, esta falta de fe en los sistemas democráticos, esta cotidiana*

³⁰² El primer trimestre de 1948 patentiza, hasta el extremo, el momento en que se diluyen las fronteras entre lo que pertenece al orden de la acción y lo que es del orden del discurso.

sustitución de las leyes por la fuerza... Colombia dará el espectáculo bárbaro de prepararse para una guerra civil»³⁰⁴.

Ocho años después del momento en que finaliza nuestro trabajo, en 1957, el pacto del Frente Nacional parece dar término al enfrentamiento entre los espíritus irreconciliables del liberalismo y el conservatismo. La armadura discursiva e imaginaria reconstruida a lo largo de estas páginas queda en suspenso. No obstante las huellas de esa cultura política, configurada alrededor de un gesto de guerra sostenido por encima de toda evidencia histórica, no cede en su inmovible hegemonía. Sí, precariedad de la simbólica de lo público y asociación estrecha entre guerra y política siguen gobernando la escena colombiana hasta los días presentes. Fue la herencia que dejaron en la cultura política los partidos tradicionales: «*Esta tremenda intolerancia, esta falta de fe en los sistemas democráticos, esta cotidiana sustitución de las leyes por la fuerza*». Este libro pone en escena los hilos simbólicos de esta falla geológica de la vida política nacional.

³⁰⁴ "Acabemos la farsa", S: abril 20 de 1949; "Alocución del Presidente de la República", T: mayo 1º de 1946.

BIBLIOGRAFIA

FUENTES PRIMARIAS

El Tiempo. Bogotá, 1942-1949.
El Siglo. Bogotá, 1942-1949.
Jornada. Bogotá, 1947-1948.

FUENTES SECUNDARIAS

- * Aguilera, Mario y Renán, Vega (1991). *Ideal democrático y revuelta popular*. Instituto María Cano: Bogotá.
- * Alvarez Gardeazábal, Gustavo (s.f). *Cóndores no entierran todos los días*. Biblioteca de Literatura Colombiana. Oveja Negra: Bogotá.
- * Anderson, Perry (1991). "Modernidad y revolución". En: Viviescas, Fernando y Giraldo, Fabio (compiladores). *Colombia. El despertar de la modernidad*, Foro Nacional por Colombia: Bogotá.
- * Archila, Mauricio (1989). "La clase obrera colombiana. 1930-1945". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo III.
- * --- --- (1991). *Cultura e identidad obrera. Colombia. 1910-1945*. Cinep: Bogotá.
- * Ayala, César (1990-1991). "Discurso de la conciliación. Análisis cuantitativo de las intervenciones de Gustavo Rojas Pinilla entre 1952-1959". En: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá, 1990-1991, No. 18-19.
- * Martín-Barbero, Jesús (s.f.). *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Mass Media: sin ciudad.
- * Barthes, Roland (1989). *Mitologías*. Siglo XXI: México.
- * --- --- *Lo obvio y lo obtuso* (1989a). Paidós: Barcelona.
- * Bejarano, Jesús Antonio (1989). "La economía colombiana entre 1930 y 1945". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo V.
- * --- --- (1989a). "La economía colombiana entre 1946 y 1958". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo III.
- * Bergquist, Charles (1986). "Los trabajadores del sector cafetero y la suerte del movimiento obrero en Colombia. 1920-1940". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * --- --- (1988). *Los trabajadores en la historia latinoamericana. Estudios comparativos de Chile, Argentina, Venezuela y Colombia*. Siglo XXI: Bogotá.
- * --- --- (1989). "Luchas del campesinado cafetero. 1930-1946". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo V.
- * Beriain, Josetxo (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Anthropos: Barcelona.

- * Betancourt, Darío y García, Marta (1990). *Matones y cuadrilleros. Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*. Tercer Mundo-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- * Bobbio, Norberto (1992). *El futuro de la democracia*. Fondo de Cultura Económica: Bogotá.
- * Braun, Herbert (1986). "Los mundos del 9 de Abril, o la historia vista desde la culata". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * Buci-Gluksmann, Cristine (1983). *Gramsci y el Estado*. Siglo XXI: México.
- * Bury, John (1971). *La idea del progreso*. Alianza Editorial: Madrid.
- * Canetti, Elías (1987). *Masa y poder*. Alianza Editorial: Madrid.
- * Cohn, Norman (1983). *Los demonios familiares de Europa*. Alianza Editorial: Madrid.
- * Colmenares, Germán (1984). *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Los Comuneros: Bogotá.
- * Comisión de Estudios sobre la violencia (1989). *Colombia: violencia y democracia*. Universidad Nacional de Colombia - Colciencias: Bogotá.
- * Cubides, Fernando; Olaya, Cecilia y Ortiz, Carlos Miguel (1998). *La violencia y el municipio colombiano. 1980-1997*. CES-Universidad Nacional de Colombia: Bogotá.
- * Deas, Malcolm (1986). "Algunos interrogantes sobre la relación guerras civiles y violencia". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * --- (1993). *Del poder y la gramática*. Tercer Mundo: Bogotá.
- * Deleuze, Gilles y Guattari, Felix (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos: Valencia.
- * Duby, Georges (1983). *Los tres órdenes o lo imaginario del Feudalismo*. Argot: Barcelona.
- * --- (1990). "Poder privado, poder público". En: *Historia de la vida privada. Poder privado y poder público en la Europa feudal*. Taurus: Madrid, tomo III.
- * Dumezil, Georges (1990). *El destino del guerrero*. Siglo XXI: México.
- * Duverger, Maurice (1976). *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económica: Bogotá.
- * Fajardo, Darío (1985). "La Violencia. 1946-1964: Su desarrollo y su impacto". En: Varios autores. *Once ensayos sobre la Violencia*. Cerec-Centro Gaitán: Bogotá.
- * Flórez, Antonio (1986). *Europa y el país de los Incas. La utopía andina*. Instituto de Apoyo Agrario: Lima.
- * García Canclini, Néstor (1989). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Grijalbo: México.
- * Geertz, Clifford (1990). *La interpretación de las culturas*. Gedisa: Barcelona.
- * --- (1994). *Observando el Islam*. Paidós Estudio: Barcelona.
- * Girard, René (1975). *La violencia y lo sagrado*. Universidad Central de Venezuela: Caracas.
- * González, Fernán (1989). "Aproximación a la configuración política de Colombia". En: *Un país en construcción. Estado, instituciones y cultura política*. Cinep: Controversia, No. 153-154, Volumen II: Bogotá.

- * --- --- (1989). "La Iglesia católica y el estado colombiano (1930-1985)". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta, Bogotá, tomo II.
- * Gruzinski, Serge (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. Fondo de Cultura Económica: México.
- * Guerrero, Javier (1991). *Los años del olvido. Boyacá y los orígenes de la violencia*. Tercer Mundo-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá.
- * Guillén, Fernando (1979). *El poder político en Colombia*. Punta de Lanza: Bogotá.
- * Guzmán, Germán; Fals Borda, Orlando y Umaña, Eduardo (1986). *La Violencia en Colombia*. Carlos Valencia: Bogotá, 2 tomos.
- * Habermas, Jürgen (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Taurus: Madrid.
- * --- --- (1991). "Modernidad versus posmodernidad". En: *Colombia. El despertar de la modernidad*. Foro Nacional por Colombia: Bogotá.
- * Heller, Agnes (1981). *Para cambiar la vida*. Crítica-Grijalbo: Barcelona.
- * Henderson, James (1984). *Cuando Colombia se desangró. Un estudio de la violencia en metrópoli y provincia*. El Ancora: Bogotá.
- * --- --- (1985). *Las ideas de Laureano Gómez*. Tercer Mundo: Bogotá.
- * Jaramillo Uribe, Jaime (1989). "La educación durante los gobiernos liberales. 1930-1946". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo IV.
- * Kalmanovitz, Salomón (1986). *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Siglo XXI: Bogotá.
- * Laplantine, François (1977). *Mesianismo, posesión y utopía: Las tres voces de la imaginación colectiva*. Gedisa: Barcelona.
- * Leal, Francisco y Dávila, Andrés (1990). *Clientelismo: el sistema político y su expresión regional*. Tercer Mundo: Bogotá.
- * Londoño, Rocío (1989). "Crisis y recomposición del sindicalismo colombiano. 1946-1980". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo III.
- * López, Fabio (1989). "El análisis cultural aplicado a la ciencia política". En: *Un país en construcción. Estado, instituciones y cultura política*. Cinep: Bogotá, Controversia, No. 153-154, Volumen II.
- * --- --- (1990). "Cultura política de las clases dirigentes en Colombia: permanencias y rupturas". En: Fabio López (compilador). *Ensayos sobre cultura política colombiana*. Cinep: Bogotá, Controversia, No. 162-163.
- * --- --- (1993). "Tradiciones de cultura política en el Siglo XX". En: Miguel Eduardo Cárdenas (coordinador). *Modernidad y sociedad política en Colombia*. Fescol-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional de Colombia-Foro Nacional por Colombia: Bogotá,.
- * Laureau, René (1988). *El análisis institucional*. Amorrortu: Buenos Aires.
- * Lozano, Jorge; Peña-Marín, Cristina y Gonzalo Abril (1993). *Análisis del discurso. Hacia una semiótica de la interacción textual*. Rei: México.
- * Medina, Medófilo (1989). "Obispos, curas y elecciones. 1929-1930". En: *Anuario colombiano de historia social y de la cultura*. Departamento de Historia. Universidad Nacional de Colombia: Bogotá, Números 18-19.
- * Melo, Jorge Orlando (1989). "La Constitución de 1886". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo I.

- * Molano, Alfredo (1985). *Los años del tropel. Relatos de la violencia*. Cerec-Cinep-Estudios Rurales Latinoamericanos: Bogotá.
- * Molina, Gerardo (s.f.). *Las ideas liberales en Colombia*. Tercer Mundo: Bogotá, III tomos.
- * Moreno, David (1983). *Trayectoria del pensamiento político de Gaitán*. Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán: Bogotá.
- * Museo de Arte Moderno de Medellín (1986). *Débora Arango*. Villegas Editores: Medellín.
- * Ocampo, José Antonio (1984). *Colombia y la economía mundial. 1830-1910*. Siglo XXI-Fedesarrollo: Bogotá.
- * Oquist, Paul (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Instituto de Estudios Colombianos-Banco Popular: Bogotá.
- * Ortiz, Carlos Miguel (1985). *Estado y subversión en Colombia. La Violencia en el Quindío Años 50*. Cerec-Cider: Bogotá.
- * Paz, Octavio (1991). "La búsqueda del presente". En: *Colombia. El despertar de la modernidad*. Foro Nacional por Colombia: Bogotá.
- * Pécaut, Daniel (1982). *Política y sindicalismo en Colombia*. La Carreta: Bogotá.
- * --- (1985). "Reflexiones sobre el fenómeno de la violencia", En: Varios autores. *Once ensayos sobre la Violencia*. Cerec-Centro Gaitán: Bogotá.
- * --- (1986). "De las violencias a la violencia". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * --- (1987). *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Cerec-Siglo XXI: Bogotá, II tomos.
- * --- (s.f.). *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*. Siglo XXI: Bogotá.
- * --- (1991). "Colombia: violencia y democracia". En: *Análisis político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá, No. 13, mayo-agosto.
- * Restrepo, Luis Alberto (1990). "Relación entre la sociedad civil y el Estado". En: *Análisis político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá, No. 9, enero-abril.
- * Sáenz, Javier (1993). "Raza, examen, método y sociedad: El saber pedagógico y los saberes modernos en las reformas pedagógicas en Colombia. 1903-1946". Proyecto Saber Pedagógico y Educación Pública en Colombia-Foro Nacional por Colombia-Colciencias: Bogotá.
- * Sánchez, Gonzalo y Meertens, Donny (1985). *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la violencia en Colombia*. El Ancora: Bogotá.
- * Sánchez, Gonzalo (1985). *Ensayos de historia social y política del Siglo XX*. El Ancora: Bogotá.
- * --- (1986). "Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * --- (1989). "Violencia, guerrillas y estructuras agrarias". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo II.
- * --- (1990). "Guerra y política en la sociedad colombiana". En: *Análisis político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Universidad Nacional: Bogotá, No. 11, septiembre-diciembre.

- * Sierra, Rubén (1989). "La filosofía en Colombia". En: *Nueva historia de Colombia*. Planeta: Bogotá, tomo IV.
- * Todorov, Tzvetan (1989). *La conquista de América. El problema del Otro*. Siglo XXI: México.
- * Tovar, Bernardo (1984). *La intervención económica del Estado en Colombia. 1914-1936*. Banco Popular: Bogotá.
- * --- (1986). "Modernización y desarrollo desigual de la intervención estatal. 1914-1946". En: Sánchez, Gonzalo y Peñaranda, Ricardo (compiladores). *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Cerec: Bogotá.
- * Uribe, María Victoria (1990). "Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la violencia en el Tolima. 1948-1964". Cinep: Bogotá, Controversia, No. 159-160.
- * --- (1990). "El bipartidismo como encubridor de la venganza de la sangre". En: Fabio López (Compilador). *Ensayos sobre cultura política colombiana*. Cinep: Bogotá, Controversia, No. 162-163.
- * Varios autores (1985). *Once ensayos sobre la Violencia*, Cerec-Centro Gaitán: Bogotá.
- * Vovelle, Michel (1985). *Ideologías y mentalidades*. Ariel: Barcelona.
- * Weber, Max (1985). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Orbis: Barcelona.
- * Zambrano, Fabio (1988). "Contradicciones del sistema político colombiano". En: *Análisis. Conflicto social y violencia*. Cinep: Bogotá, Documentos Ocasionales No. 50, septiembre.
- * --- (1989). "La invención de la nación". En: *Análisis 3. Conflicto social y violencia*. Cinep: Bogotá, Documentos Ocasionales No. 56, noviembre.

INDICE DE CUADROS

Discursos de condena entre las colectividades

Código imaginario religioso: *el espíritu*

Código imaginario de la sangre: *la violencia*

Código imaginario de la ciudadanía fragmentada: *la modernidad*